

LAS AVES Y SU ENTORNO NATURAL

**PASEOS GUIADOS POR
LA COMARCA DE TARAZONA
Y EL MONCAYO**

Manuel Mercadal Ferreruela

Javier Gomollón Pérez

LAS AVES Y SU ENTORNO NATURAL

PASEOS GUIADOS POR LA COMARCA DE TARAZONA Y EL MONCAYO

Manuel Mercadal Ferreruela

Javier Gomollón Pérez

“””” ANAGRAMAS ””””

Comarca

Asociación Casas Rurales

Asociación Territorios Vivos

Otros

Edita: Comarca de Tarazona y el Moncayo

©

©

©

Coordinación y textos: Manuel Mercadal Ferreruela

Fotografías: Jorge Martínez Giménez (JMG), Juan Roberto Mora Romeo (JRM), Francisco Ventura Pérez (FVP), Raúl Ayala Domingo (RAD), Félix Herrero Lozano (FHL), Daniel Beltrán Cardona (DBC), Manuel Mercadal Ferreruela (MMF)

Mapas: Andrés Cabrerizo Arpa

Dibujos: Javier Gomollón Pérez

Paisajes acuarelizados y retoque fotográfico: Rogelio Lacruz López

Maquetación:

I.S.B.N.:

Depósito legal:

Imprime:

Índice.

Presentación.

Introducción.

Itinerarios ornitológicos y de naturaleza.

Itinerario nº 1: La ciudad de Tarazona.

Itinerario nº 2: Pinares y barranco de Valdearcos.

Itinerario nº 3: Valcardera: en bicicleta por la estepa.

Itinerario nº 4: La Diezma y la Valluenga.

Itinerario nº 5: El bajo Queiles.

Itinerario nº 6: Por las huertas de Trasmoz y Litago.

Itinerario nº 7: Los valles del Val y el Queiles.

Itinerario nº 8: Alrededores de El Buste y La Muela.

Itinerario nº 9: De Añón a Morana y Horcajuelo.

Itinerario nº 10: Bosques de acebos y rocas calizas.

Itinerario nº 11: El encinar de Valdeabeja.

Itinerario nº 12: El encinar de Maderuela.

Itinerario nº 13: Lituénigo: huertas, encinas y robles.

Itinerario nº 14: Por el robledal de la Mata.

Itinerario nº 15: El hayedo de Peña Roya.

Itinerario nº 16: En el Cabezo de la Mata.

Itinerario nº 17: En bicicleta por el Moncayo

Itinerario nº 18: Al Circo de Morca.

Itinerario nº 19: Ascensión al Moncayo.

Itinerario nº 20: Las zonas húmedas de la comarca.

Casas Rurales de la Comarca de Tarazona y el Moncayo.

Bibliografía recomendada.

Presentación.

Conocer el Moncayo y su comarca es un privilegio. Desde siempre ha despertado interés esta montaña, pero ha sido desde hace unos pocos años cuando los estudios sobre distintos aspectos de su naturaleza se han desarrollado de forma más intensa. Hoy, el Parque Natural del Moncayo es uno de los Espacios Naturales Protegidos mejor estudiados de toda la Península Ibérica, con numerosos informes y publicaciones técnicas que avalan ese conocimiento.

Además de la superficie de la comarca que forma parte del Parque Natural, tienen cabida en este territorio otros espacios naturales: el Refugio de Fauna Silvestre de “El Val”, la Zona de Especial Protección para las Aves o ZEPA “Sierra de Moncayo - Los Fayos - Sierra de Las Armas”, y los Lugares de Importancia Comunitaria LIC de “Maderuela” y LIC “Moncayo”.

Pero la Comarca de Tarazona y el Moncayo es más. Es más en superficie. Y la Comarca es también sus pueblos, sus casas, sus gentes, sus costumbres. Por eso, para conocer esta tierra, no hay que pasar por sus pueblos. Hay que parar en ellos, conocerlos y disfrutarlos.

En primavera de 2006 surge la idea ofrecer en una sencilla publicación lo que para la mayoría duerme en algunos estudios. Así, por iniciativa de la Comarca de Tarazona y el Moncayo, la Asociación de Casas Rurales del Moncayo y la Asociación Territorios Vivos, todo empieza a tomar forma.

Y son las aves las elegidas como anfitriones naturales para nuestras excursiones, y llenarán nuestros cuadernos de apuntes, colores y sonidos en un sinfín de paisajes que hacen de esta pequeña comarca en superficie, grande en diversidad. Cultivos y huertas, sotos ribereños, eriales y estepas, matorrales diversos, bosques de encinas, robles, hayas y pinos, acebales, piornales, pastos de montaña y zonas acuáticas, todos caben en unos pocos kilómetros.

Son veinte, la mayoría a pie, alguno en bicicleta y uno en coche, los paseos propuestos en las páginas siguientes, aunque hay muchos rincones más que se pueden descubrir poco a poco. Cada paseo tiene la información gráfica y escrita suficiente para pasar una mañana, o una jornada completa, conociendo un paraje natural diferente, pero recomendamos añadir a la mochila un mapa topográfico de calidad y, si se dispone de él, un GPS.

A los textos de cada itinerario se añaden algunos textos complementarios, mapas del recorrido, gráficos altitudinales, fotografías, dibujos y láminas de aves de los ambientes más característicos. La mayoría de los dibujos que se exhiben han sido elaborados de propio para esta guía y son publicados aquí por primera vez.

Salid al campo, a la montaña, disfrutad de la Naturaleza, de los bosques y de sus aves, de los recorridos y las excursiones y, si es posible, de esta publicación y de sus contenidos.

Los autores.

Introducción.

A orillas del río Queiles, Tarazona es cabecera de una pequeña comarca que aglutina a 16 municipios y otras entidades menores, en una superficie de 450 km², que asciende desde los 385 metros de altitud en Valcardera o en el curso bajo del Queiles hasta los 2.315 de la cima del Moncayo.

Este rango altitudinal de casi 2.000 metros deja patentes diferencias en otros elementos que conforman el paisaje natural de la comarca, manifestándose en el tipo de suelo, composición o pendiente que encontramos en cada recorrido, en la precipitaciones y temperaturas de cada paraje, en la vegetación característica de cada bosque o matorral, de manera que cada uno de los paisajes naturales que encontramos en la comarca encierra comunidades vegetales y animales características.

La variedad de paisajes es espectacular, desde matorrales bajos y estepas desérticas, pasando por cultivos, de secano y regadío, arbolados o de cereal, contemplando diferentes matorrales más o menos densos, bosques de encinas, robles, hayas o pinos de diferentes especies, ocupando cada una de estas masas forestales un altitud en la montaña o una orientación que le es más adecuada, hasta los matorrales de altura, piornales y pastos alpinos.

Y la montaña es el Moncayo, naturalmente estructurada, con los pisos bioclimáticos y las bandas de vegetación, visibles, sobre todo, en otoño o al principio de la primavera.

Las zonas más bajas las ocupan la estepa, cultivos diversos, coscojares, carrascales y algunas masas de pino carrasco, pertenecientes estos ambientes al piso mesomediterráneo, con bajas precipitaciones y un ombroclima entre seco, en las zonas más bajas, y subhúmedo, a una cierta altitud.



Paisajes áridos en las estepas de Valcardera. (Foto MMF).

En el piso supramediterráneo, con un ombroclima entre subhúmedo y húmedo en el que se dan la mayor parte de los bosques de la zona, primero los rebollares o marojales, sobre ellos los robledales de roble albar, más arriba los hayedos, e intercalados entre ellos, o a mayor altitud, los pinares de pino silvestre y de pino negro, éste último en las cotas más elevadas.

Por último, el piso oromediterráneo está representado por la vegetación que, a partir del límite del bosque, compuesta por matorrales rastreros y pastos naturales, alcanza la cumbre, con un ombroclima húmedo.



Mosaico natural, los campos de cultivo, las zonas de matorral y los valiosos ribazos para la fauna. (Foto MMF).

La zona árida que ocupa gran parte de la mitad norte de la comarca muestra un matorral bajo de plantas adaptadas a suelos yesosos y salinos, con presencia de albada o asnallo entre albardines, aliagas, romeros, lastón y otras plantas con una altura de vegetación de centímetros formando masas que alternan con zonas desprovistas de vegetación.

Las aves más características de la zona son aquellas propias de estepa y de medios abiertos, como el cernícalo vulgar, el aguilucho cenizo, la perdiz roja o la codorniz, la ganga ortega, la ganga ibérica, numerosos aláudidos, representados sobre todo por la calandria común, la terrera común y las dos cogujadas, el alcaraván o el bisbita campestre.

Ambiente cercano a los matorrales bajos de la estepa, los cultivos de secano tendrán una composición similar en avifauna, aunque algunas de las aves exclusivas desaparezcan. Serán más comunes el triguero, los pardillos y jilgueros y, en un montón de piedras, escondiendo su nido, el mochuelo común o la abubilla, los taludes de tierra serán colonizados por los abejarucos y tras la labor de un tractor acudirán las lavanderas.

Algunas áreas conservan matorrales más altos, con romeros, coscojas, escambrones y otros arbustos, ambiente predilecto de varias especies de currucas, desde la tomillera o la rabilarga a la carrasqueña o la mirlona, además de las tres collalbas y los tres alcaudones.

Estos matorrales de porte alto presentan en algunas zonas un mosaico de carrascas, retamas, enebros, sabinas, acebos, rosales y otros arbustos que también dan cobijo a mosquiteros, petirrojos, pinzones, pardillos, mitos y un sinfín de pequeños pájaros.



Matorrales altos, resultado de la degradación de los bosques que les precedieron. (Foto MMF).

Los encinares ocupan una superficie relativamente pequeña en la comarca, destacando, entre todos, el encinar de Maderuela, declarado LIC. A la encina o carrasca, donde el suelo es más húmedo y fresco, le acompaña el quejigo, y en los claros del bosque aparecen majuelos, endrinos, rosales y jaras. Las aves características serán el verdecillo, el pardillo común, el petirrojo, el pinzón, el mosquitero papialbo, el herrerillo común, el escribano soteño, el zorzal charlo, el mirlo común, el cuco común, la paloma torcaz o la tórtola común. El ruiseñor común será más o menos abundante según el encinar.



Aspecto sombrío y húmedo bajo las copas de los robles albares. (Foto MMF).

La especie de roble más característica es el rebollo o marojo, aunque en el Cabezo de la Mata existe un bosque de roble albar muy interesante, propio de zonas de montaña. En algunas áreas, el rebollo se entremezcla con pino silvestre, al que le va ganando terreno, recuperando sus antiguos dominios. Aparecen en el robledal sus aves más características, el petirrojo, el carbonero común, el herrerillo común, el mirlo común, el mosquitero papialbo y el chochín. Les acompañan currucas, zorzales, arrendajo, y, en invierno, reyezuelo listado y gran cantidad de mitos.



Vista general del Moncayo, con los pisos de vegetación muy visibles durante el otoño. (Foto MMF).

El haya aparece en las de zonas de elevada humedad atmosférica y suelos bien drenados. El del Parque Natural del Moncayo el hayedo se asienta entre los 1.300 y los 1.800 metros, en las laderas de su vertiente norte, donde la condensación de nieblas crea unas condiciones más favorables para esta especie. En laderas pedregosas las hayas presentan un porte pequeño, rastrero y achaparrado.



La orientación norte o sur de la ladera de la montaña hace que se den unos bosques u otros. (Foto MMF).

Ocupan el hayedo especies como el reyezuelo sencillo, el mito, el carbonero común, el reyezuelo listado, el herrerillo común, el carbonero garrapinos, el trepador azul y el pinzón vulgar. También aparecen mosquiteros comunes, agateadores, petirrojos y chochines, arrendajos y pico picapinos. Será el reino del cárabo, el abejero europeo o la chocha perdiz.



Rojos troncos del pino albar entre los tonos verdes de las copas y del sotobosque. (Foto MMF).

Los pinares han sido introducidos en el Moncayo, por lo que llama la atención la ausencia de herrerillo capuchino, pero lo reciente de estas repoblaciones y el aislamiento de esta montaña parecen ser su explicación. Además de pinares de carrasco o rodeno en zonas más bajas, y de negral en otras áreas, los pinares más característicos de la comarca son los que el Moncayo tiene en sus faldas, compuestos por pino silvestre y, a mayor altitud, pino negro.

Los habitantes más característicos, azor, gavilán o aguililla calzada, rapaces forestales las tres, están acompañados de los pájaros propios del pinar: el carbonero garrapinos, el carbonero común, el piquituerto, el petirrojo, el verderón serrano, los reyezuelos, especialmente el reyezuelo sencillo, el chochín, el pinzón vulgar o el acentor común.

Conforme ganamos altitud, las condiciones de la montaña se hacen más duras y las densidades de aves son, en general, menores, desapareciendo alguna de las especies más mediterráneas y apareciendo, o dominando la comunidad, otras.

El bosque cerrado y umbroso da paso a masas de pinos cada vez más aclaradas, y, poco a poco, va desapareciendo, para dejar el espacio a los matorrales y pastizales de montaña. Aparecen piornos y enebros enanos en los terrenos silíceos y erizones y sabinas rastreras en los terrenos calizos. A altitudes mayores serán gramíneas densas las que cubran el suelo, compartiendo el espacio con el endemismo *Saxifraga moncayensis*, abundante a partir del Santuario. En invierno toda la zona más elevada quedará cubierta de nieves.



En las cotas más elevadas del Moncayo, el bosque se aclara, los últimos pinos se hacen más escasos y dan paso a matorrales y pastizales de montaña y a la roca desnuda. (Foto MMF).

Aparecen en este ambiente las aves más características de la montaña: el bisbita alpino, el colirrojo tizón, el pardillo, el roquero rojo, el acentor común, el bisbita campestre, la collalba gris, el escribano montesino, la alondra común y, en invierno, el acentor alpino.

Pero quedan muchos enclaves especiales en los que se dan condiciones singulares, como en los cortados de roca de las Peñas de Herrera, en la Muela del Busto o en Los Fayos, con buitres y otras rapaces rupícolas, córvidos, roqueros, gorriones chillones, aviones, vencejos o treparriscos.

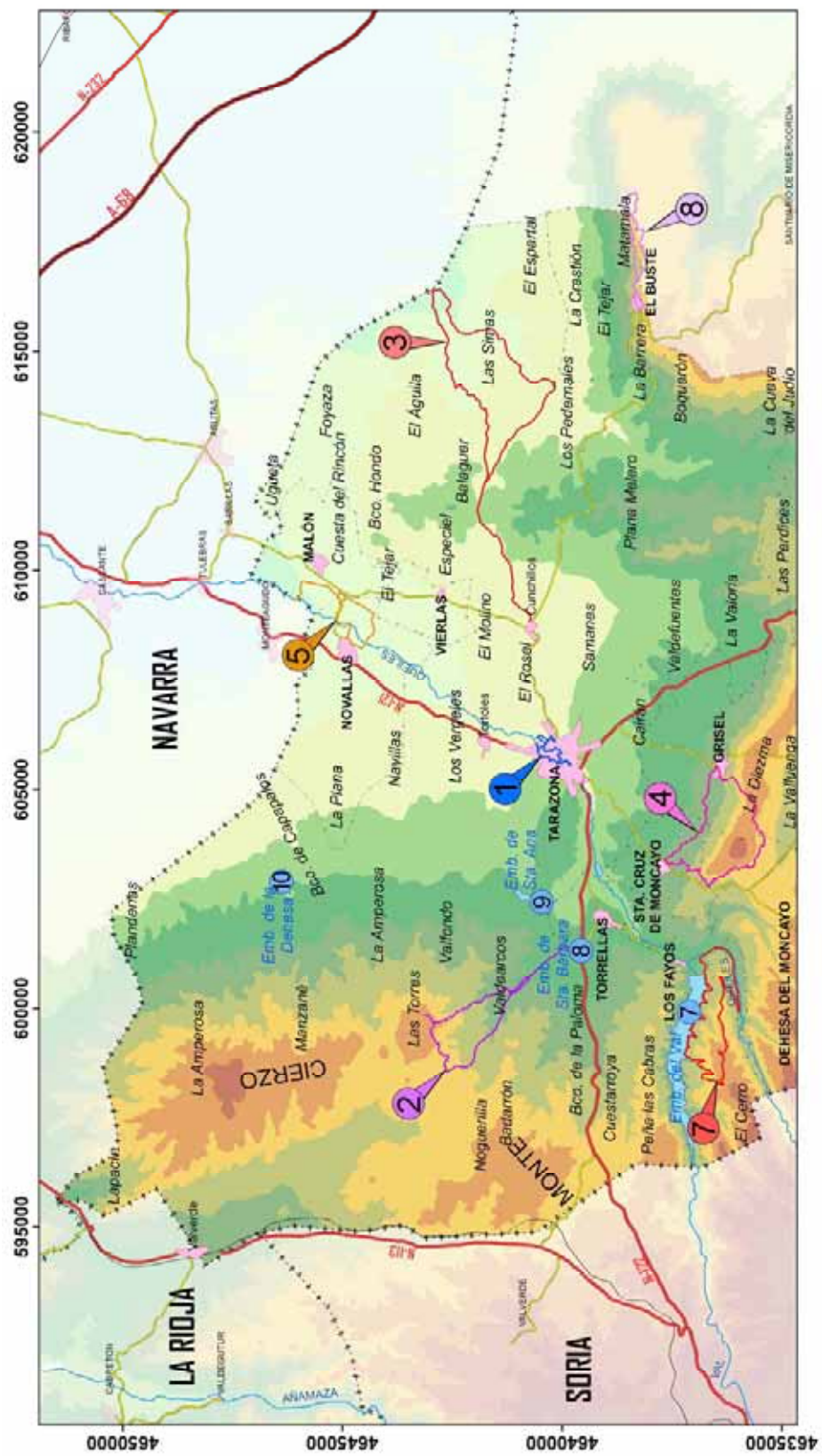


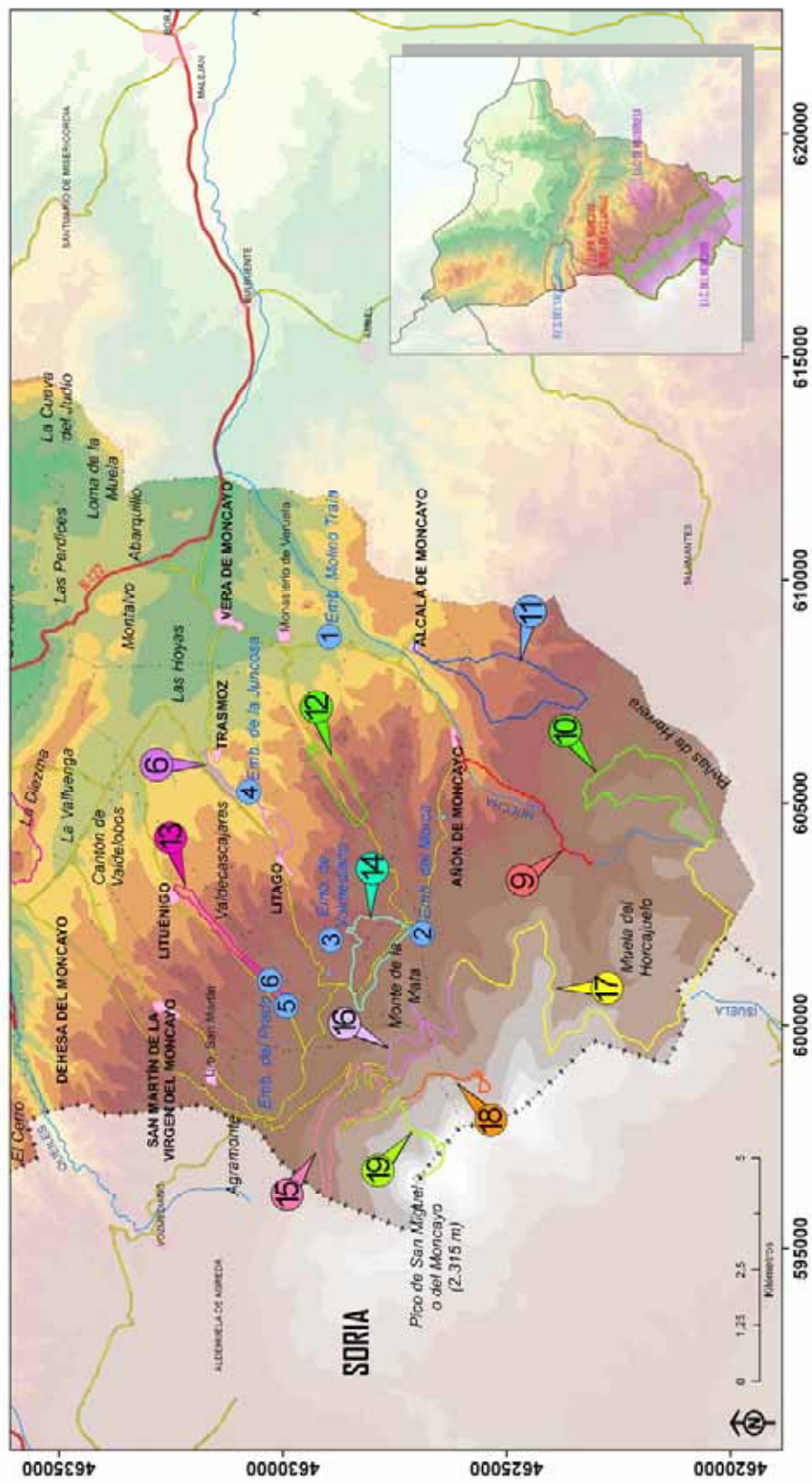
En el valle del río Val, pinares, roquedos, sotos, matorrales y el embalse se combinan en un solo paisaje. (Foto MMF).

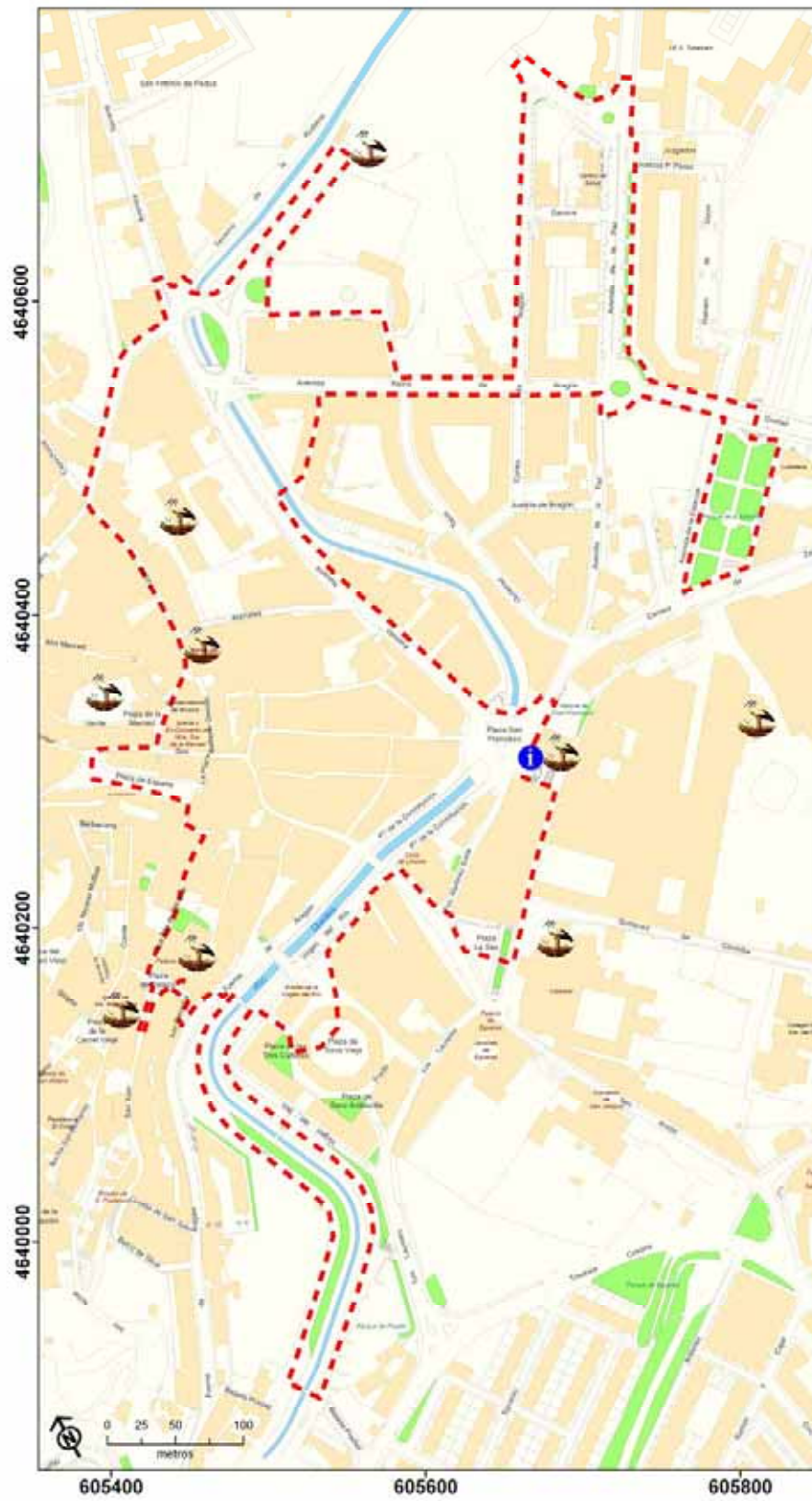
Por último, quedan todos los ambientes creados por la red hidrográfica de la comarca, modificada por la mano del hombre. No es el Moncayo padre de grandes ríos, y en su cara nororiental, en la que se asienta esta comarca, tan sólo el Queiles y el Huecha, con sus pequeños afluentes, y algunos “sangreros” en la estepa, cruzan su territorio. Crearán bosques de ribera en los que el martín pescador, el mirlo acuático, el ruiseñor bastardo, el buitrón, el pájaro moscón o algún carricero cederán el espacio a las aves acuáticas propias de aguas más abiertas allí donde el hombre las ha embalsado, en La Dehesa, Santa Ana, El Val y otros, donde aparecen fochas, gallinetas y rascones, diversos ánades, alguna limicola, garzas, garcillas y martinetes, zampullines y somormujos, gaviotas y cormoranes.



*Embalse del Val,
la masa de agua
más importante
de la comarca.
(Foto MMF).*







Itinerario nº 1: La ciudad de Tarazona.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
4,4 km	480 m.s.n.m.	505 m.s.n.m.	25 m

Tarazona, ciudad mudéjar. Y es que, amen de su prehistoria y de su historia antigua, su rasgo más característico, su arquitectura urbana, destaca por los edificios de factura mudéjar en todo el casco antiguo.

Sus iglesias, y entre ellas, la Catedral, otros edificios como el Palacio Episcopal o el Ayuntamiento, pero también las estrechas calles, las Casas Colgadas de la Judería, la Plaza de Toros Vieja y, en definitiva, todo el conjunto de la ciudad, es mudéjar.

Mudéjar es la combinación armónica de lo cristiano y lo musulmán, el perfecto ensamblaje de oriente y occidente, de cultura y arte de pueblos que conviven, la dualidad romántica en las artes, el espíritu de frontera de sus habitantes y de su naturaleza.

Y es que si hay un ave mudéjar, esa es la cigüeña blanca, pasando su vida en dos continentes, Europa y África, en dos sociedades, cristiana y musulmana, en dos mundos, el natural y el urbano. Tarazona constituye un ejemplo del carácter urbano de ésta y otras aves y de la evolución que la cigüeña ha tenido la especie en los últimos años.

Iniciamos el paseo en la Oficina Municipal de Turismo, en la plaza de San Francisco, donde podemos solicitar un plano urbano que nos ayudará a recorrer la ciudad. A sus espaldas, queda la Iglesia y exconvento de San Francisco. Una pareja de cigüeñas ya ha ocupado sus alturas para construir su nido.

Por unas escaleras subimos a la calle Iglesias. Próxima queda la Catedral, de obra gótico-mudéjar, también ocupada por otro nido de esta misma especie. En los jardines próximos de la Plaza de La Seo son los pájaros más urbanos los que ocupan sus árboles.

Nuestros pasos nos llevan hasta el Queiles, para remontarlo, por su margen derecha, hasta la Ermita de la Virgen del Río. Encajado en muros de piedra, el río ofrece aquí poco espacio de ribera natural, y son algunos patos cimarrones los que ocupan sus orillas.

Detrás de la Ermita está la Plaza de las Tres Culturas y la Plaza de Toros Vieja, construida por iniciativa particular a finales del siglo XVIII y constituida por treinta y dos viviendas, en una de las cuales se encuentra el taller “El Arrendajo”, del artista y escultor José Manuel Val, que sueña con ofrecer sus hoy todavía bocetos de aves imaginarias en un museo al aire libre sobre arte y naturaleza, donde se transformarán en inmortales tallas de madera.



El Queiles a los pies del casco antiguo de Tarazona. (Foto MMF).

Continúa nuestro recorrido al lado del río, por el paseo de Los Laureles, hasta el Complejo Deportivo, para cruzar, por un puente peatonal, a la margen izquierda del Queiles y descender por el Parque de Pradiel. Verderones, verdecillos, currucas capirotadas, lavanderas blancas o andarríos chicos ocupan, desde la copa de los árboles hasta la orilla del agua, toda la zona de parque.

A la salida, junto a la calle Fueros de Aragón, la subida de Los Recodos nos dirige hacia el Palacio Episcopal, antigua zuda musulmana y residencia de los reyes de Aragón, y a la Iglesia de Santa María Magdalena, de torre mudéjar, ambos edificios con nidos de cigüeña.

Hemos entrado en el corazón de la ciudad, entre la morería y la judería, con calles estrechas y casas apiñadas. El ladrillo lo envuelve todo. Las Casas Colgadas parecen haber aprendido de los aviones comunes a aprovechar el espacio.

Por las calles de la judería llegamos a la Plaza de España, donde, delante de la fachada del Ayuntamiento, compiten aviones, golondrinas y vencejos por mostrar su vuelo más rápido.

Enfrente, a través de un pequeño callejón a espaldas del monumento al Cipotegato, la torre de la Iglesia de la Merced soporta un nido de cigüeña que compite con la veleta por el espacio.



La cigüeña blanca.

Tal vez sea el ave más popular y de mayor arraigo en nuestra sociedad, y cualquier aspecto de su biología y su comportamiento ha interesado al hombre a lo largo de la historia.

“Por San Blas la cigüeña verás”. Ya en febrero comienza su comportamiento reproductor, con el regreso al mismo nido tras una ausencia de meses. La hembra se siente tan ligada a su nido que peleará por él con otras hembras que hayan llegado antes y, si ha perdido su pareja, aunque visite otros nidos para aparearse con algún macho, siempre regresa a su antiguo nido.

La cigüeña está desprovista de siringe y, por lo tanto, no puede cantar como sí hacen muchas aves. Para comunicarse, golpea el pico produciendo un sonido, el crotoreo, como el golpear de unas castañuelas. Hay diferentes tipos de crotoreos: de saludo, defensivo, de alarma, de miedo y de cortejo.

Tras una incubación de 33-34 días eclosionan los cuatro huevos de media que suelen poner. En 22 días se ponen en pie y a los dos meses ya son capaces de volar. El número de jóvenes que vuela está en torno a 2,5 pollos por pareja, y, algún día, alguno de ellos llegará a ser adulto reproductor, incrementando el número de nidos y la población total de cigüeñas.

A mediados del siglo XX, la población española de cigüeña blanca disminuyó drásticamente. Tras un periodo de estabilización en la década de los 80, su población ha aumentado en los últimos años. El Valle Medio del Ebro y la Comarca de Tarazona no han sido ajenos a este fuerte incremento. Hace quince años, había un solo nido de cigüeña en Tarazona. En la actualidad son veinte los nidos repartidos por sus edificios y torres. (Foto FVP).



De todos los pájaros de los jardines de la ciudad, llama la atención el verdillo, de color amarillo y canto largo y abigarrado en notas, que marcará así el territorio y atraerá a la hembra con la que criará entre tres y cinco pollos. (Foto JRMR).

Muy cerca, saliendo de la plaza, en un amplio solar en obras entre las calles Alta Merced y Verde, otra pareja de cigüeñas ha elegido una grúa como o apoyo de su nido. Antiguos o modernos, los soportes elevados les sirven por igual, como la torre de telecomunicaciones que se observa entre la calle Tudela y el colegio Joaquín Costa, donde son varias parejas las que se han agrupado para nidificar.

Bajamos ahora hasta el río Queiles para observar sus riberas junto al recinto ferial. La maraña de vegetación acuática protege de la vista a currucas y ruiseñores, de los que el canto es lo más notorio. Pero también ocupan este rincón la garza real, la garza imperial o el martinete.



Catedral de Tarazona, de estilo gótico-mudéjar. De ella destacan exteriormente la torre, de varios cuerpos, y el cimborrio, visibles sobre las copas de los árboles de los parques de la ciudad. El edificio ha sido también elegido por la cigüeña blanca para construir su nido y sacar adelante a sus cigoñinos. (Foto MMF).



Seres vivos a tamaño natural, rapaces grandes, tan grandes como el buitre negro, el quebrantahuesos o la arpía sudamericana, u otras más pequeñas, como cernícalos, primillas o falconetes, aves acuáticas y pájaros pequeños, pero también mamíferos de todos los tamaños, desde un murciélago hasta un oso, y lagartos y culebras, salamandras, ranas, sapos, peces, incluso insectos, todo este tipo de animales sale de la mano de Paco Ventura en su taller de Tarazona, que trabaja con diversos materiales para hacer viva su escultura y escultura de la vida, convirtiendo su gran afición en su dedicada profesión. Todo por la divulgación de la naturaleza. (Foto FVP).



Presente en diferentes ecosistemas forestales y arbolados, el carbonero común, el más característico representante de la familia de los páridos, frecuenta los parques y jardines del medio urbano

Saliendo de esta explanada a la Avenida Reino de Aragón y por la Calle Cortes de Aragón nos podemos acercar a la orilla del Queiles aguas abajo, en su salida de la ciudad. La arboleda que flanquea el río y el sonido de las oropéndolas anuncia un ambiente más natural.

Nuestros pasos nos llevan hasta el Parque de la Estación y el inicio de la Vía Verde del Tarazonica. Son varios los pequeños parques que permiten la observación de las aves comunes, pero es el río, atravesando toda la ciudad, el que nos depara alguna sorpresa todavía.

Bajando de nuevo por la Avenida Reino de Aragón, la calle peatonal Milagrosa lleva al taller de Paco Ventura, otro artista turiasonense apasionado por la naturaleza, escultor y moldeador de animales a tamaño natural, especialmente de aves, que ocupan hoy numerosos centros de interpretación de naturaleza de España y algunos rincones naturales en la montaña, como dos quebrantahuesos en el Parque Natural del Moncayo.

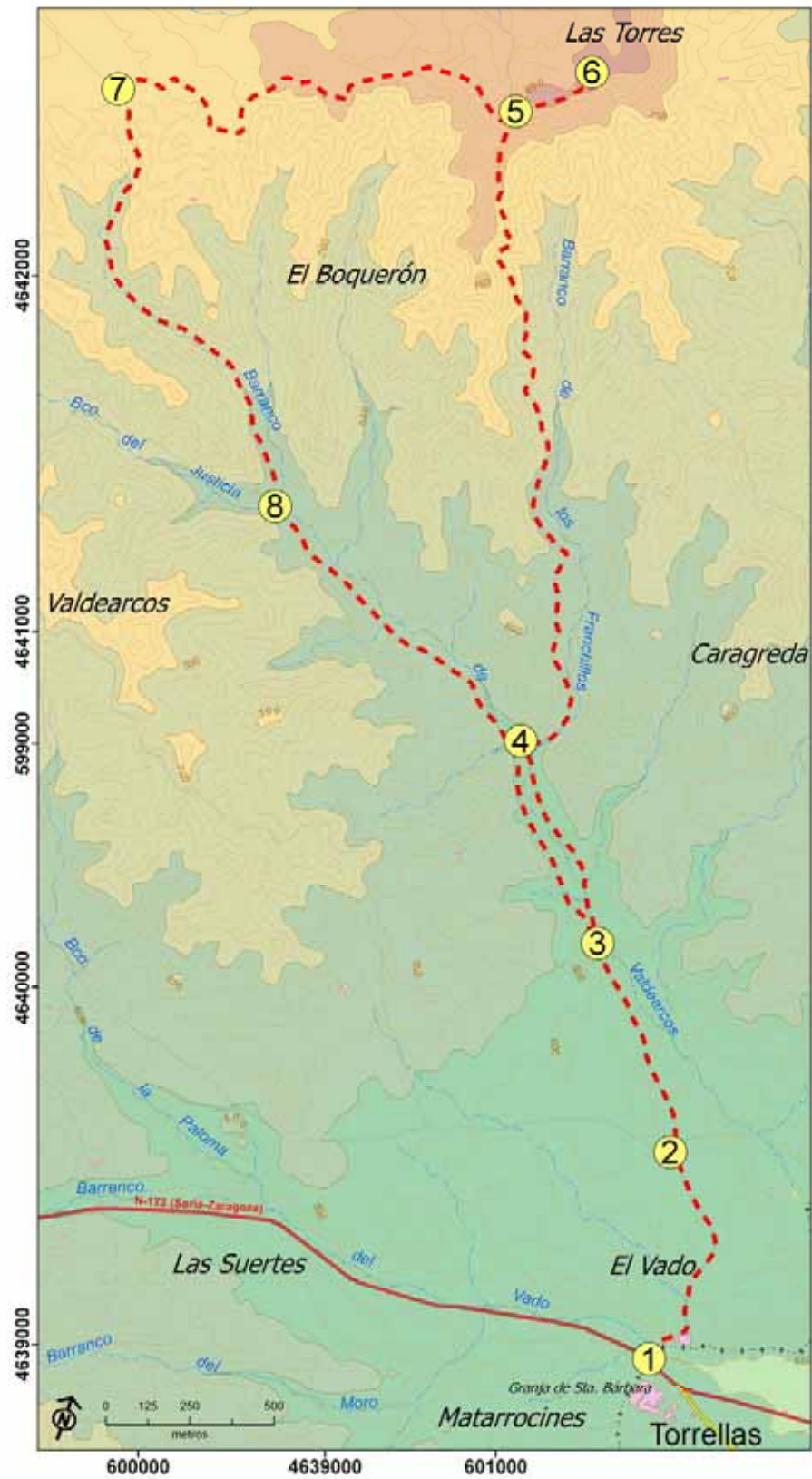


La rapaz diurna más común, tanto en la ciudad y los pueblos como en campo abierto, es el cernícalo vulgar, que aprovecha los agujeros en la fachada de edificios antiguos, en torres de iglesias y en corrales para hacer allí su nido y poner cuatro o cinco huevos de color rojizo que incubará durante 28 días.

Es además en este tramo del río donde los aviones zapadores ocupan orificios en los muros del cauce constituyendo una colonia urbana fuera de lo común. Desde este punto, por un puente peatonal cruzamos a la margen izquierda para contemplar mejor todo el cajero del río.

Alzando la vista, sobre el colegio que tenemos enfrente, volvemos a ver la torre de telecomunicaciones elegida por las cigüeñas para reunir sus nidos. La Avenida de Navarra, algo más ruidosa que muchas de las calles tranquilas por las que hemos caminado, nos conduce hasta la plaza de San Francisco, final de nuestro paseo.





Itinerario nº 2: Pinares y barranco de Valdearcos.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
11 km	547 m.s.n.m.	817 m.s.n.m.	270 m

Torrellas es un pueblo tranquilo, de calles silenciosas y casas arregladas. Algunas de ellas, respetados por los vecinos, conservan los nidos de avión en sus aleros. Un paseo por sus calles y plazas nos permite observar de cerca las aves urbanas más características, paseo que se puede completar con una visita a los parques del pueblo y al Jardín Aromático.

La Casa Rural Villahermosa, en medio del pueblo, con vistas a la Plaza Porticada de esta localidad será nuestro lugar de descanso y punto de partida para nuestro paseo. Ocupa una Casa Palacio del siglo XVII con cuatro habitaciones dobles con baño que se alquilan por separado.

Un recorrido autoguiado, el del Parque de "Los Lombacos" señalado con paneles indicadores, nos permite recorrer el pequeño término municipal visitando rincones como las Cuevas de La Dula o la Mesa del Gigante Caco, contemplar el valle desde el Mirador de los Embalses o recorrer las huertas de este pueblo a orillas del Queiles.

Sin embargo, nos vamos a dirigir, por la calle de San Juan, rodeando el pueblo, para salir a la carretera nacional 122, en dirección a Soria, junto a la Granja de Santa Bárbara. A unos 150 metros hacia el este, cruzando la carretera, una pista de tierra inicia nuestro recorrido al lado del embalse (1).

En el inicio del camino un grupo de cipreses sirven de refugio y oteadero a pájaros diversos que acuden a beber en este pequeño embalse, mientras en los cables próximos se posan los abejarucos y por su orilla encementada pasean andarríos chicos. Se oyen las currucas capirotaadas y los ruiseñores comunes entre las zarzas mientras las golondrinas comunes sobrevuelan la lámina de agua.





Vista del pinar de Valdearcos y Las Torres al fondo. (Foto MMF).

El camino principal discurre entre campos de olivos y ribazos de matorral bajo con taludes verticales en los que los abejarucos aprovechan para hacer sus nidos hasta llegar a un doble cruce (2) en el que dejaremos de lado un camino a la derecha y, a los pocos metros, otro a mano izquierda, para seguir de frente por el camino que se dirige a Valdearcos.

Al poco, tras una subida que nos da vista al barranco, el matorral da paso a un pinar de pino carrasco de repoblación que cubre la mayor parte de la vertiente sur de Las Torres. Llamarán nuestra atención los sonidos regañantes de las tarabillas o de los alcaudones, que ocupan el espacio de campos y arbolado abierto antes de adentrarnos en el bosque. Excepcionalmente se pueden escuchar entre los arbustos los sonidos de algún zarcero pálido de paso por la zona.

Avanzamos barranco arriba hasta llegar a una bifurcación del camino en la que cogemos el ramal de la derecha (3), que desciende paulatinamente y cruza en barranco. Unas junqueras nos indican de la presencia de agua y de la importancia de este rincón como bebedero natural. En este punto el camino gira (4), abandonando el barranco principal, para ganar altura y subir por el barranco de Franchillos.

Por encima de las copas de los árboles sobresalen los resaltes rocosos que coronan los cerros. En las cárcavas terrosas buscarán agujeros los mochuelos o los cernícalos para sacar adelante a sus crías.



En un charco formado tras una tormenta o en el barro acumulado en el fondo de una vaguada podemos reconocer las huellas de diferentes aves de la zona que han acudido allí a beber. (Foto MMF).

Así, encontraremos aquí tanto comunidades de aves de pinares mediterráneos como aquellas que prefieran el medio rupícola y hagan sus nidos en las oquedades de la roca.

La pista zigzaguea para superar la pendiente y ganar la diferencia de altitud que nos separa de la cima de las Torres. Y así seguimos durante un par de kilómetros hasta alcanzar, al final de la cuesta, el Plano (5), llano cerealista que dará lugar a otras condiciones, otra avifauna de estepas abiertas.

A nuestra derecha, con un esfuerzo más, alcanzamos la cima del recorrido (6), desde la que la vista nos permite contemplar toda la masa forestal de sus laderas. Bajo nuestros pies, acercando su vuelo a la pared rocosa, los aviones roqueros regresan incesantemente a sus nidos para alimentar a sus pollos.



Desde que sale del nido hasta la muda parcial de verano, el joven gilguero volantón muestra en su rostro un color pardo crema, menos llamativo que el rojo de los adultos, muy similares entre sí en cuanto al color de sus plumas. (Foto FVP).



Desde lo alto de Las Torres, mirando bajo nuestros pies, es posible contemplar el vuelo de los aviones roqueros, que construyen sus nidos en forma de taza aprovechando los resaltes que forman los sustratos de roca en cortados verticales.

Descendemos esta última subida hasta la pista para cruzar, en dirección oeste, entre los campos de cultivo y el límite del pinar, hasta llegar a una nueva pista de descenso por Valdearcos. Este paseo en llano dejando a nuestra derecha los campos de cultivo, nos permite observar y escuchar diversos aláudidos, fringílidos, trigueros y codornices.



Presente en diversos ambientes que tengan arbolado, el búho chico habita en bosques de ribera, carrascales, olivares y pinares de repoblación, pasando muy desapercibido a la vista del observador, y ocupando algún nido viejo de otras aves, especialmente de urracas o de cornejas, en el que pondrá 4 ó 5 huevos blancos en días alternos

¿Cómo empezar?

Las grandes aficiones siempre empiezan cerca, en casa, o en el entorno más próximo. En el caso del interés por la ornitología también. Los primeros paseos de observación se realizan en lugares próximos, donde se observan las especies más comunes: nuestro pueblo o ciudad, con sus casas apiñadas o sus espacios abiertos, sus parques y sus jardines, y, como colofón extraordinario si lo tiene, su río.

Serán compañeros necesarios en estas excursiones, unos prismáticos, una guía de aves para su identificación, un cuaderno de campo para tomar notas y, si es posible, la compañía de un amigo experimentado que nos enseñe al principio. Los prismáticos, preferentemente de 8 ó 10 aumentos y sin zoom, han de ser de una mínima calidad para que no dañen la vista. Un catalejo es interesante para la observación en zonas acuáticas o en el caso de aves coloniales, pero resulta más caro, y pesado en excursiones por el monte. Nuestra guía de pájaros, mejor de dibujos que de fotografías. Actualmente hay muchas guías buenas entre las que poder elegir.

El cuaderno de campo, imprescindible, ha de ser resistente al uso cotidiano, de manera que permita conservar nuestros apuntes durante mucho tiempo, en el que se incluirá la fecha de nuestra salida, anotaciones sobre las especies vistas y dibujos que puedan completar la información.

Tanto si caminamos solos como en compañía, incluso en el casco urbano de un pueblo o en el parque de una ciudad, nuestros gestos y ademanes serán tranquilos, permitiéndonos un mejor acercamiento a los pájaros. Asimismo, la ropa ha de ser de colores poco llamativos y huiéremos de llevar complementos brillantes o elementos sonoros que puedan asustar a las aves que vamos a observar.

El ornitólogo experimentado, especialmente cuando realiza estudios de campo, camina a una velocidad constante que le permite ver y escuchar todas las aves y calcular sus abundancias en una zona. Caminaremos, por lo tanto, a no más de dos kilómetros por hora, deteniéndonos las veces necesarias para observar mejor o consultar la guía.

Es un rasgo característico del observador de aves contar su número. Si anotamos este dato en nuestros recorridos, sabremos cuáles son las especies más comunes de un paraje y, a lo largo del tiempo, podremos detectar cambios en su composición.

Los científicos utilizan numerosos índices para caracterizar una comunidad de aves según la densidad o abundancia de cada especie. Uno muy sencillo, y que hemos utilizado en esta obra para caracterizar algunos paseos, es el establecido por Purroy en 1975, que asigna una categoría a cada ave en función del tanto por ciento que representa en la comunidad. Así, es "dominante" una especie que suma más del 5% del total de pájaros vistos, "influyente" aquella que suma del 2% al 5% de los contactos y "recesiva" si los ejemplares vistos suponen menos del 2%.

Al llegar a la pista principal (7), giramos a la izquierda, para descender, aprovechando la sombra de los pinos, en dirección a nuestro punto de partida. Al cabo de un trecho, a nuestra derecha se incorpora el barranco de Justicia (8). Si disponemos de tiempo podemos completar nuestro recorrido ascendiendo un kilómetro por este barranco hasta llegar, ya en el límite del pinar, hasta una balsa de agua que concentrará diferentes especies de aves que salen del bosque para beber.

La pista de descenso nos hace pasar junto a la Fuente del Sastre. Tal vez veamos, volando o posada, al águila culebrera, rapaz característica de este ambiente forestal mediterráneo. Paulatinamente descendemos la pista hasta el final del pinar, junto a la bifurcación de pistas que habíamos cruzado anteriormente. A partir de este punto regresamos sobre nuestros pasos hasta nuestro punto de partida en el embalse de Santa Bárbara.



aves de estepa y campos de cultivo



cernícalo
vulgar



abejaruco
europeo



cogujada
montesina



bisbita
campestre



ortega



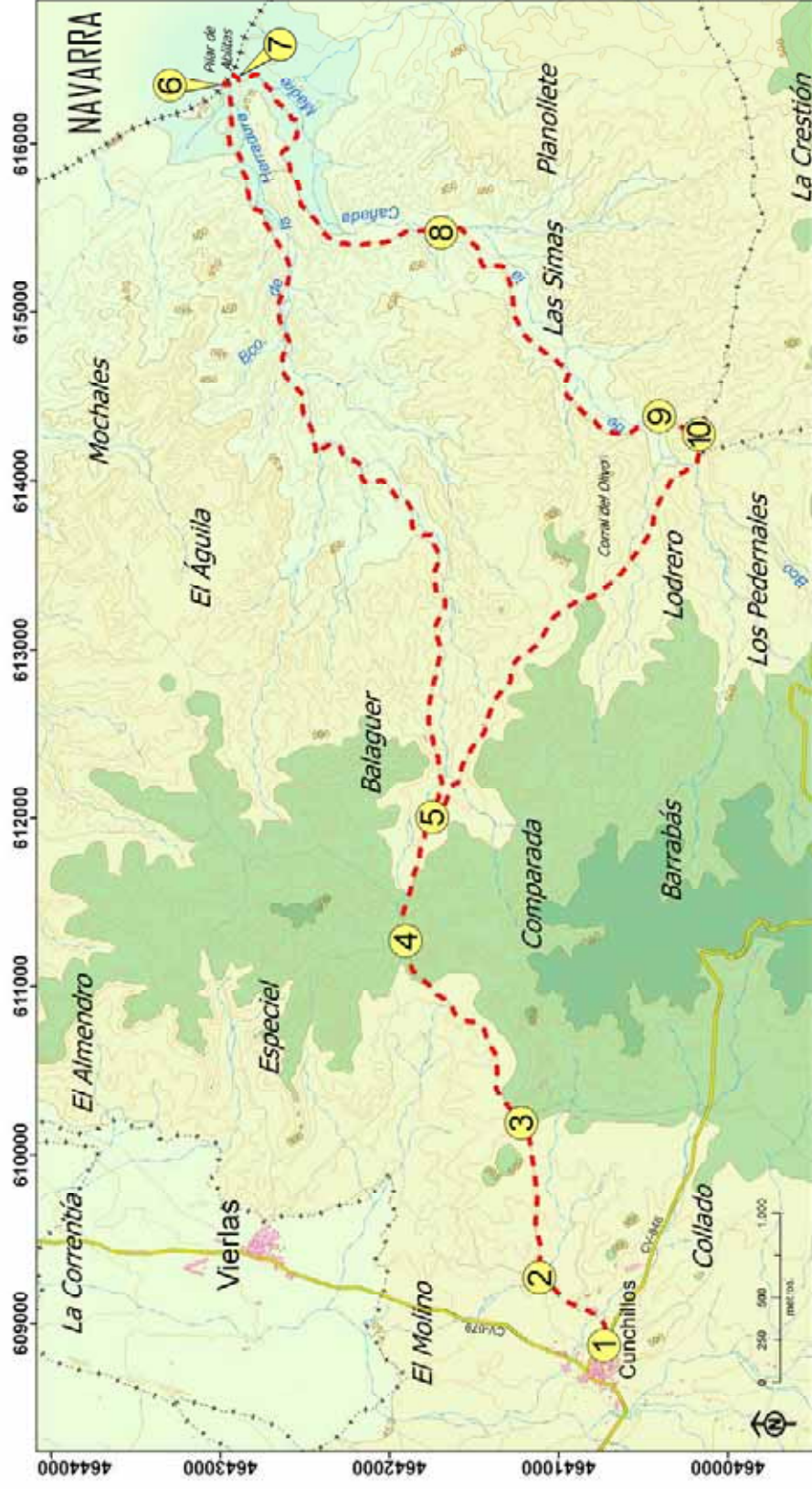
aguilucho cenizo



mochuelo europeo



triguero



Itinerario nº 3: Valcardera: en bicicleta por la estepa.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
20,1 km	376 m.s.n.m.	516 m.s.n.m.	140 m

Grisel es un pequeño pueblo cercano a Tarazona, situado en la falda de La Diezma, mirando al norte, a los paisajes esteparios que ocupan la zona noreste de la comarca, donde se dan las condiciones de mayor aridez y se encuentran los terrenos a menor altitud.

En Grisel podemos pernoctar en la Casa Rural “Los Girasoles”, en acogedoras habitaciones que se alquilan por separado en una vivienda del siglo XVIII compartida con los propietarios. Nos indicarán los caminos de la zona y nos resolverán dudas, y podremos contratar con ellos algunas visitas guiadas por la comarca.

Para recorrer la zona elegida hemos de desplazarnos a Cunchillos, barrio de Tarazona situado a tres km de la ciudad en dirección norte. Al llegar a Cunchillos, y una vez atravesado el pueblo, tomamos la carretera de El Buste y, a la salida del pueblo iniciamos nuestro recorrido en bicicleta. Un camino de tierra ancho (1) que sale a mano izquierda, enfrente del cementerio, inicia nuestro recorrido hacia la zona más seca de la comarca. A la salida del pueblo gorriones, estorninos y picarazas, como especies ligadas al hombre, son las más comunes.

Nos encaminamos en dirección norte, para, a unos 500 m, en un pequeño alto desde el que se observa el paisaje estepario, girar a la derecha (2) y dirigirnos, entre campos de cereal, pastos, viñas, olivos y almendros, hasta un nuevo cruce (3), un kilómetro más allá, en el que tomamos el ramal que de frente nos lleva en la dirección noreste. Se observa el paisaje estepario con cerros testigo, de cumbre blanquecina y tonos rojizos en sus faldas.

Si elegimos el atardecer para pasear, se destacan los colores rojizos en el paisaje, y tendremos ocasión de ver más activos alcaravanes en los campos, y algún mochuelo en los majanos de piedras.





Colorido paisaje de la estepa al atardecer. (Foto MMF).

El camino asciende paulatinamente hasta un collado en el que describe una amplia curva (4). Aquí se incorporan tres caminos que bajan a la pista principal por nuestra izquierda. Seguimos esta pista en dirección oeste, ya descendiendo a terrenos que vierten al barranco de la Herradura. Estamos en la zona más árida de la comarca.



Perteneciente al amplio orden de los caradriformes, que agrupa a las aves limícolas, más propias de zonas húmedas, el alcaraván está presente en zonas llanas y campos de cultivo de los ambientes más áridos de la mitad norte de la comarca. (Foto JRMR).

El terreno muestra ahora un aspecto más blanquecino. Sobre este sustrato de yeso crecen ontinas, albadas, asnallos, romeros, aliagas, capitanas, jarillas, lastón y albardín, y se ven y oyen collalbas gris y rubia, cogujagas, alondras y calandrias, bisbitas campestres y otros pájaros de espacios abiertos, de zonas abiertas.

En menos de un kilómetro dejamos dos ramales que salen a mano derecha para seguir el camino principal (5) y pasar al lado de un aljibe circular y una construcción agrícola. Pasada ésta, en una nueva bifurcación, seguimos el principal, ahora a la derecha, por el fondo del barranco, hasta llegar a la frontera con Navarra (6), en un cruce de caminos con una pequeña construcción rodeada de olivos y dos mesas. Vuela cerca el águila real, aprovechando de posadero u grueso árbol.



Una balsa de agua, bebedero excepcional para las aves. (Foto MMF).

Nos encontramos en la unión del barranco de la Herradura y el Barranco de la Cañada Madre, punto en el que las aguas de ambos forma una amplia charca que constituye un auténtico oasis en la zona y al que acudirán las aves a abreviar. Se aprecia en esta cañada una mayor humedad, con cantidad de cardos y cachurreras, tamarices y carrizo que aquí crecen.

Junto a esta masa de agua, en su margen izquierda (7), tomamos la pista que, en dirección suroeste, asciende por la Cañada Madre, por un valle paralelo al que hemos recorrido, más abierto y con amplias zonas de matorral bajo.

Sobre cómo se censan los pájaros: El itinerario de censo y el taxiado.

Para el estudio de las comunidades de aves, el ornitólogo utiliza métodos que le permiten conocer la estructura de la comunidad y los factores que intervienen en la composición de la misma.

Fundamentalmente se usan para el estudio de passeriformes durante la época de reproducción, cuando la relación del ave con su medio es más estrecha, pero también se puede utilizar durante todo el año.

El método más habitual es el del itinerario de censo. Es un método de los llamados directos. El observador recorre un trayecto de longitud conocida, anotando todas las aves vistas u oídas. Del itinerario de censo se obtienen valores expresados en IKA (índice kilométrico de abundancia), es decir, el número de ejemplares por cada kilómetro de recorrido.

El taxiado es un itinerario de censo en el que se delimitan bandas de 25 metros a ambos lados y se anotan solamente las aves vistas u oídas dentro de la banda. Así, se censan las aves en un área de 50 metros de anchura y de longitud variable. Del taxiado se obtienen valores relativos a la densidad de aves expresada en número de ejemplares por cada 10 hectáreas.

La velocidad a la que se realizan los censos es de 1,5-2 km/h, y, si es necesario realizar alguna pequeña parada o desplazamiento lateral para comprobar la posición o el número de aves contactadas, se vuelve siempre al lugar del desplazamiento para continuar con el recorrido.

Estos muestreos se han de realizar en condiciones óptimas de observación. El horario favorable, periodo de máxima actividad de las aves, suele ser las primeras cuatro horas de la mañana. Los días de viento o de lluvia no son apropiados para censar y deben ser evitados, ya que en estas condiciones meteorológicas, disminuyen mucho las posibilidades de que el observador detecte pájaros, y éstos no suelen estar tan activos como de costumbre.

Para censar aves nidificantes las fechas favorables son entre el 15 de abril y el 15 de junio. Los taxiados del mes de abril dan buenos resultados para especies indígenas (páridos, trepador azul, mirlo, etc.) pero deben completarse con otros más tardíos que cifrarán la población de aves estivales (currucas, zarceros, etc.) cuya llegada al área de cría es posterior.

Para censar aves invernantes las fechas favorables son entre el 15 de noviembre y el 15 de febrero. El horario favorable, periodo de máxima actividad de las aves, queda desplazado hacia horas más tardías que en el caso de los censos de nidificantes, con condiciones más cálidas.

Para un estudio más detallado, en la temporada de reproducción, los ornitólogos ya experimentados consideran en sus censos que cada macho con canto territorial se contabiliza como una pareja, lo mismo que el hallazgo de un nido o un grupo familiar. Los demás contactos visuales o auditivos con un ave se cuentan como un individuo.



Son seis especies de aláudidos presentes en la comarca, la alondra común, la calandria común, la terrera común, la totovía y las dos cogujadas, común y montesina, con citas próximas de terrera marismeña y alondra ricotí. La cogujada montesina es la que presenta una distribución más amplia en el territorio, ocupando diverso tipo de matorrales y faltando tan solo en las zonas altas del Moncayo.

El camino discurre paralelo al barranco por su margen izquierda. Aparecen algunas masas de carrizo sobre encharcamientos de agua: suenan los carriceros. Las ruinas de los corrales sirven de refugio y lugar de nidificación a abubillas y gorriones chillones mientras que los abejarucos aprovecharán los taludes. A unos dos kilómetros, una bifurcación a nuestra izquierda cruza el barranco. Seguimos el ramal de la derecha, ligeramente ascendente (8).



Más escasa que la ganga ortega, su congénere, la ganga ibérica, está presente en las zonas más áridas de Valcardera y ocupa el área con más de 13°C de media anual y con menos de 400 mm de precipitación.

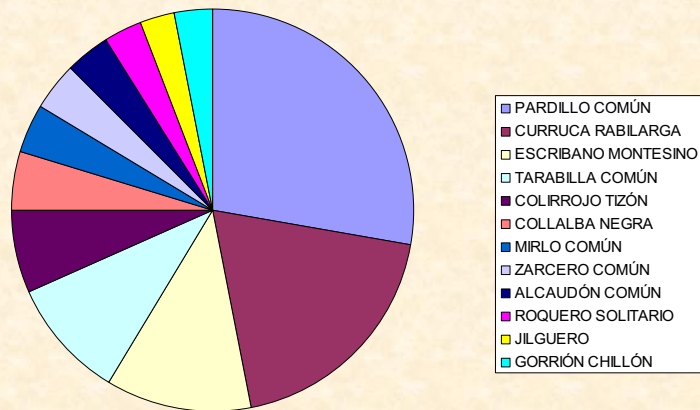
Se ve desde aquí el resalte de la Muela de Borja y El Buste y, al fondo, la dominante mole del Moncayo. Al poco, a nuestra izquierda, en el fondo del valle, un almendro y un viejo aljibe cuadrado nos sirven de como referencia. A partir de aquí, y en menos de un kilómetro, hemos de prestar atención a varios cruces. Pasamos por debajo de una línea eléctrica alta tensión y el camino cruza el barranco junto a un gran tamariz (9). En este punto giramos a mano derecha. Es una zona de matorral más alto y accidentado, con barrancos secundarios que convergen en la cañada principal y la humedad se mantiene en el fondo a lo largo de todo su recorrido.

El camino asciende ligeramente hasta otro cruce en el que tomamos el ramal de la derecha (10) y, a 200 metros, junto a unos arbustos espinosos, de nuevo a la derecha al lado de para tomar un camino ascendente que nos lleva a un collado a través de un valle de horizontes más amplios.

Al otro lado del collado el camino pasa al lado de una ermita con cipreses y nos conduce al cruce que dejamos anteriormente (5), al lado del aljibe de agua. Desde aquí regresamos sobre nuestros pasos hasta Cunchillos.



Comunidad de aves nidificantes del matorral bajo



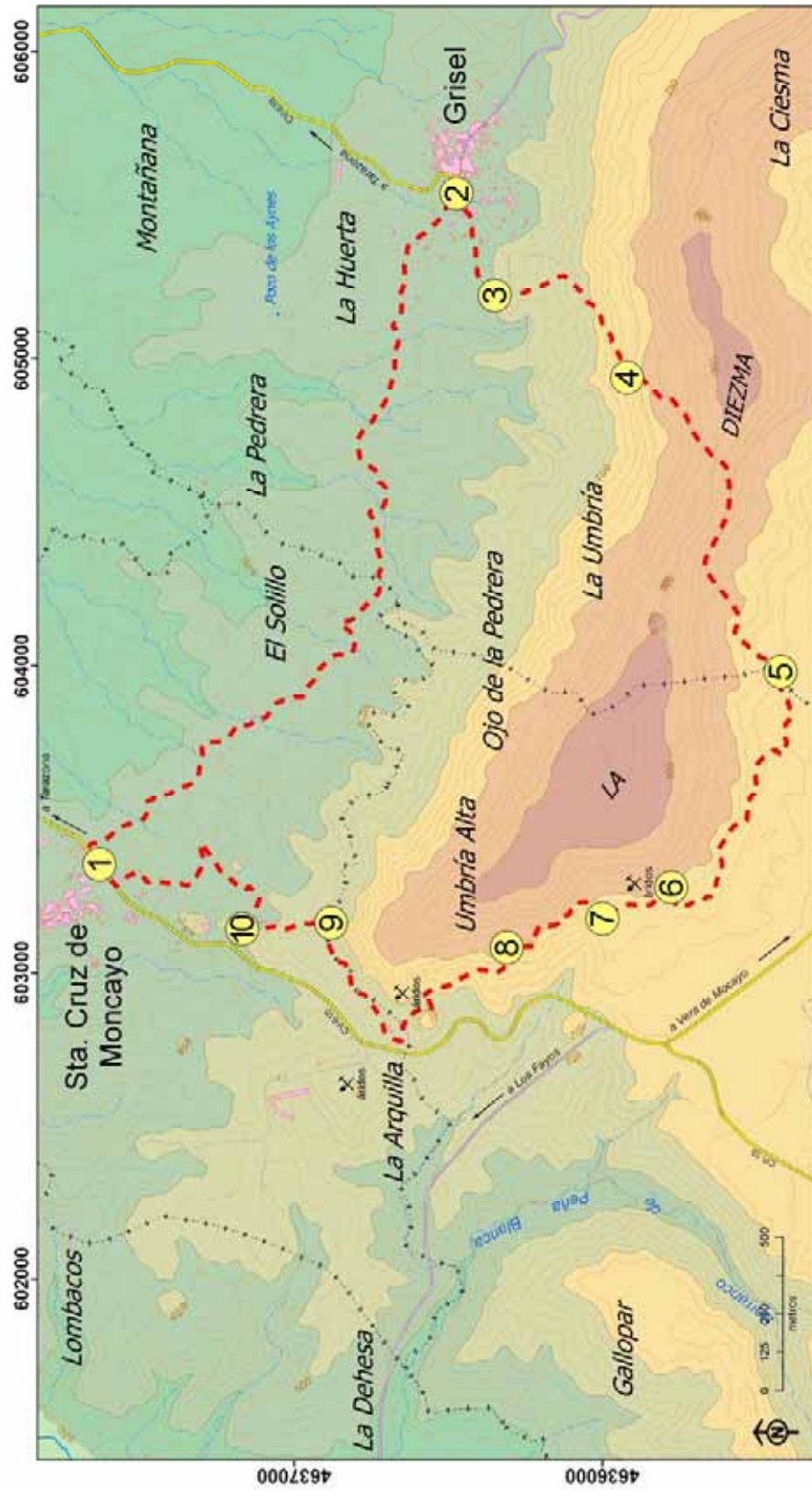
Los matorrales bajos de la comarca arrojan valores altos de densidad de aves, si bien dependiendo su composición del tipo de matorral, la altura del mismo, presencia de arbustos de mayor porte, características del terreno, altitud, clima, etc. Así, los valores de densidad de 95,7 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 73,6 aves/km durante la época de nidificación, para un matorral del somontano del Moncayo pueden ser diferentes en cada caso. Intercalados con zonas de cultivo crean un área de ecotonía que favorece una mayor diversidad.

A los bandos de pardillos comunes podemos sumar los de jilgueros, que recorrerán las zonas de cardos para recolectar sus semillas. Verdecillos, colirrojos tizones, tarabillas comunes, escribanos montesinos, gorriónes chillones, trigueros y muchos más.

En zonas más áridas y abiertas, al norte de la comarca, los aláudidos se prodigarán, y alondras, calandrias, terreras y cogujadas llenarán el cielo de cantos acelerados. No estamos lejos del área más seca, ya en Navarra, donde pervive la alondra ricotí. Con ellas, totalmente mimético, el bisbita campestre, y, más llamativas, las collalbas gris y rubia. Será en zonas de cárcavas donde se muestre la collalba negra.

Las curruacas más características de zonas de matorral bajo, especialmente la curruca rabilarga y la curruca tomillera, suman densidad a esta comunidad tan variada. De su misma familia, el zarcero común, esta presente allí donde un poco más de vegetación recrea su hábitat.

Pequeños predadores alados, en zonas con arbustos espinosos, están presentes tres especies de alcaudones, el real, presente todo el año, el común y el dorsirrojo, de presencia estival. Y allí donde hay un montón de piedras o un corral en ruinas, otro pequeño predador acecha: el mochuelo.



Itinerario nº 4: La Diezma y la Valluenga.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
9,6 km	606 m.s.n.m.	796 m.s.n.m.	190 m

La Diezma o, como la suelen llamar en la zona, la Ciesma, constituye un relieve que separa la comarca en dos grandes cuencas, la del Queiles y la del Huecha, y, al mismo tiempo, sirve de mirador, tanto hacia las tierras bajas, al norte, como hacia el impresionante relieve del Moncayo.

En Santa Cruz de Moncayo, la Casa Rural El Mirador ofrece, en el interior de sus habitaciones abuhardilladas y a través de sus ventanas, una hermosa vista de la comarca. Será lugar de merecido descanso y tranquilos pensamientos. En el pueblo hay también un museo dedicado a la alfarería.

En la carretera de Tarazona, justo enfrente del restaurante El Labrador, una pista agrícola sale en dirección a Grisel (1). Discurre el camino por las faldas de la umbría de la Diezma, atravesando pequeños barrancos y zonas de huertas, cultivos, frutales y olivos, herbazales húmedos y matorrales más secos. La alternancia de cultivos y la conservación de los ribazos favorecen a la fauna, y la perdiz roja marca el terreno con su canto.

Una cuesta pedregosa marca el límite de término municipal. Dejando siempre los ramales secundarios, avanzamos por el camino principal hasta Grisel. Hemos dejados tras nuestros pasos el embalse de Grisel, a la derecha, y el Pozo de los Aynes, a la izquierda, que ha creado, por hundimiento del terreno, un ecosistema húmedo entre estos campos.

A la entrada del pueblo, tras pasar unas bodegas y un peirón, sale a la derecha un camino ascendente (2), que pasa por la última casa del pueblo en dirección a la cima. Tras pasar este chalet, dejamos, en un cruce, dos caminos a la derecha, para tomar el ramal de la izquierda (3) hasta el próximo cruce, a unos 100 metros de distancia. Aquí tomamos el camino de la derecha, que nos permite ganar altura sobre el pueblo y ascender rápidamente. Desde lo alto, un parque eólico nos marca la línea de cumbre de la Diezma.





La Valluenga y, coronada por molinos, la Diezma. (Foto MMF).

A media ladera encontramos un cruce (4), que deja un ramal a la derecha y, a pocos metros, otro a la izquierda, para continuar ascendiendo de frente hasta la pista que recorre los aerogeneradores. De repente, este mirador natural nos ofrece una inmejorable vista del Moncayo. Bajo nuestros pies, la Valluenga, hondonada plana de cultivos cerealistas y terreno especial del aguilucho cenizo o del cernícalo vulgar. Varios barrancos descienden desde el Moncayo, hasta esta planicie dando vida a cada pueblo.



Es la collalba negra, de mayor tamaño que las otra especies, la que permanece todo el año en la península, y elige cortados de tierra como los del extremo oeste de la Diezma, para preparar su nido en un agujero o pequeña cueva. (Foto JMG).

En las zonas de matorral bajo y en la linde de los campos de cultivos se observan alaúcidos, currucas zarcera y rabilarga, collalbas gris y rubia y, donde se levanta algún arbusto espinoso, el alcaudón real.

Iniciamos el descenso hacia el oeste, por el ancho camino que conduce a Lituénigo y San Martín, entre estrechos bancales ya abandonados, hasta llegar, recorridos unos 800 metros desde la cumbre, a una curva con una entrada a los campos que aún se cultivan (5).

Dejamos el camino momentáneamente para cruzar, por encima de la linde de los campos cultivados, hasta una cantera de arcilla blanca (6) con una balsa de agua y aneas. Al otro lado del arcillar continua el camino en dirección norte, hasta una bifurcación, a 200 metros, en la que tomamos el ramal derecho (7).

Paseamos ahora por un tramo escarpado que mira sobre la carretera. Al fondo, al oeste, se ven los valles del Val y del Queiles, con las formaciones rocosas de conglomerados donde se asientan las colonias de buitres.

El camino nos lleva a un campo de secano del que, aproximadamente a mitad de su recorrido, sale una trocha a la izquierda (8), antigua y en mal estado, que desciende rápidamente hasta una cantera de arcilla roja y unas construcciones. Estamos en el extremo noroccidental de la Diezma.

Un camino ancho y cómodo discurre por la base de las cárcavas hasta el embalse de Santa Cruz. En la presa de este embalse (9) giramos a la izquierda y pasamos por debajo de la misma, en dirección norte.



Extremo occidental de la Diezma, con características cárcavas. (Foto MMF).



Especie característica de matorrales espinosos, se puede detectar a la curruca rabilarga por su canto característico en diferentes matorrales, desde aquellos que presentan una menor altura, con aliagas y romeros, a los que muestran arbustos de mayor porte, en áreas de coscoja o en matorrales de encinares. En zonas más áridas y matorral más pobre podremos encontrar a la curruca tomillera.

Antes de llegar a la carretera, el camino presenta un desvío a la derecha (10) que pasa bajo una granja y recorre el barranco de la Nava hasta llegar a la pista de vuelta al pueblo y al punto en el que habíamos iniciado el recorrido.



El aguilucho cenizo es una de las rapaces características de los llanos cerealistas. Ha experimentado un fuerte descenso en las últimas décadas al sufrir los avances de la agricultura y sus nuevas técnicas

aves del soto y de la ribera



oropéndola



carbonero común



pito real



autillo



curruca capirotada



mirlo acuático



andarrios chico



martín pescador



Itinerario nº 5: El bajo Queiles

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
6,6 km	385 m.s.n.m.	430 m.s.n.m.	45 m

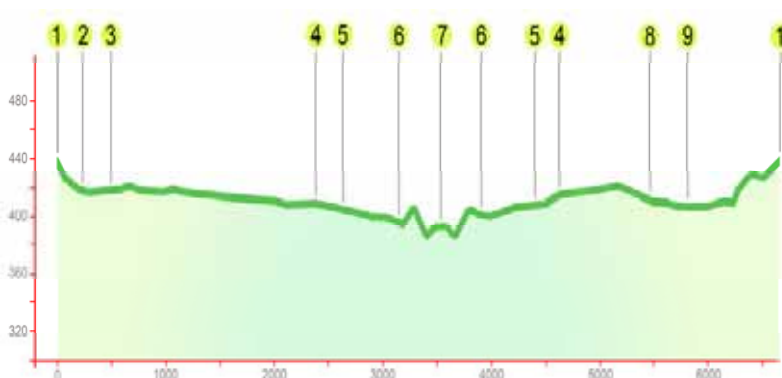
Antes de abandonar la comarca para entrar en tierras navarras, el Queiles cruza las tierras de regadío de tres pequeños pueblos en población y en territorio. Son Malón y Vierlas, en su margen derecha, y Novallas, en su margen izquierda. Esta última población aloja la interesante Exposición Permanente de la Casa de Novallas, que presenta numerosos objetos de la cultura tradicional de la comarca.

Para iniciar el recorrido, nos desplazamos desde Tarazona hasta Novallas y, en la primera calle de entrada, tomamos a la derecha una pista, primero asfaltada y luego de tierra, que nos lleva a la salida del pueblo, junto a varios álamos blancos y una pequeña huerta con cipreses y un pino, al principio de la pista que desciende a la zona de huertas del curso bajo del Queiles (1).

Arranca esta pista ancha en dirección sur para describir, recorridos algo más de cien metros, una curva a la izquierda en la que, a continuación, sale el camino de la Rambla, a mano derecha, hacia el sur, y continúa de frente el principal, por el que continúa el recorrido (2).

Las pequeñas huertas, separadas por ribazos e hileras de cañas, se suceden en las inmediaciones del pueblo. A mayor distancia, amplios campos de cultivo, dedicados a frutales, maíz u otros cultivos de regadío, ocupan la vega del río. Llamam la atención las numerosas higueras. Una hilera de doce chopos nos lleva hasta un puente de piedra sobre el Queiles.

Cien metros más adelante, en una nueva bifurcación (3), dejamos a la derecha el camino de Prado Mayor y seguimos de frente, para tomar, al poco, en sucesivos cruces, el camino de la izquierda y después el de la derecha, para llegar al otro lado de la planicie de aluvial del río hasta cruzarnos con la vía del tren del antiguo "Tarazonica", hoy recuperada como "Vía Verde" en todo su recorrido.





Choperas y cultivos ocupan la llanura aluvial del Queiles. (Foto MMF).

El trazado de la línea, de pendiente casi imperceptible y elevado sobre la llanura de huertas, nos permite una panorámica de esta zona de cultivos y nos ayuda en la observación de las aves. Escribanos soteños, verderones, pardillos, jilgueros, verdecillos, gorriones molineros, currucas mosquiteras y capirotadas, carboneros, trigueros, lavanderas y muchos más.



Recorremos hacia el norte un trecho de la vía, en dirección a Malón, para cruzar la carretera por un pequeño túnel y atravesar la estación de Malón, ya fuera de la vía, hasta el cruce con una pista de tierra (4).

La propia estación y las edificaciones que la rodean albergan especies más urbanas, como estorninos o gorriones comunes. Ahora giramos a la derecha hasta el cruce de la pista con la Vía Verde (5) y, sin cruzar la vía, seguimos por la pista que discurre paralela a la vía del tren, hacia el norte.

Vía Verde del Tarazonica hacia la estación de Malón. (Foto MMF).



A partir de marzo, el pájaro moscón aprovecha diferentes materiales, especialmente la pelusilla que dispersa las semillas del álamo blanco, para construir un nido que inicia con un lazo, continúa cerrándolo como una bolsa y lo termina con una entrada en forma de tubo, y en el que puede emplear hasta varias semanas. Es, quizás, el nido más elaborado de todos los pájaros de Europa. Colgado en la rama más externa de un árbol de ribera, a veces sobre el propio río, asegura que los seis u ocho pollos de la nidada queden a salvo de los posibles predadores. (Foto JRMR).

Hemos de recorrer unos 500 metros para llegar a un campo, ocupado por un pequeño pinar, en el que un ramal sale a mano izquierda (6). Desde aquí el camino vuelve a cruzar toda la huerta hasta llegar al río.

El curso meandriforme del río en este tramo deja en cada curva una masa de arbolado de ribera y numerosas zarzas en la orilla del río. Hemos llegado a un tramo del río en el que un azud toma parte de sus aguas y las deriva hacia una acequia.

Este rincón con vegetación más exuberante invita a pasar unos minutos en silencio para detectar las aves por sus cantos: oropéndola, pito real, ruiseñor común, curruca capirotada, ruiseñor bastardo, autillo, agateador común, mirlo común, pájaro moscón, etc.



El río Queiles discurre por un valle amplio aguas abajo de la ciudad de Tarazona. Al fondo, el pueblo de Novallas, entre huertas y frutales. (Foto MMF).



El anillamiento científico de aves silvestres.

Dentro de la gran afición que constituye la observación de los pájaros, unos pocos ornitólogos utilizan algunas técnicas especiales para el estudio de las comunidades de aves. Entre ellas destaca el anillamiento científico, que permite, mediante la captura, la obtención de información adicional de cada pájaro y su marcaje con una anilla metálica para una posible recaptura.

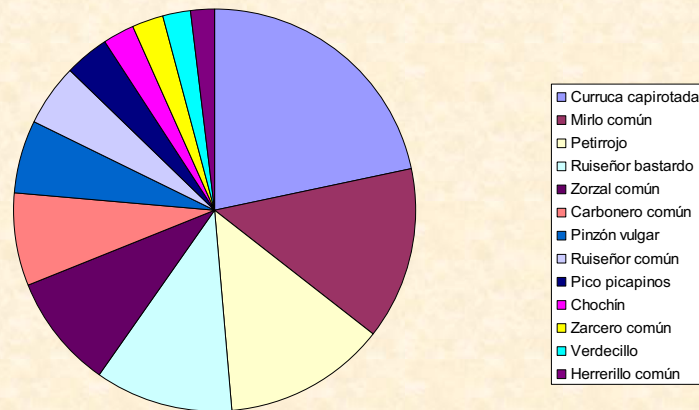
Unos pocos minutos en las manos de un anillador proporcionan una información valiosa sobre un ave, sus medidas, la edad y el sexo, el estado general del pájaro, su engrasamiento para la migración o si está mudando el plumaje y cómo lo hace. El ave es liberada enseguida y en buen estado.

No sólo es esa la información que da el ave al anillador. Al estudiar la comunidad de aves de un paraje se puede obtener información sobre las tendencias poblacionales de las aves de ese paraje. Las variaciones de un año a otro en el número de ejemplares capturados, la proporción entre jóvenes y adultos o las recapturas de un año para otro permiten detectar cambios poblacionales, obtener índices de productividad de una especie o conocer la supervivencia entre años.

Una recaptura en otra localidad permite saber más sobre su ruta migratoria y si la recaptura sucede al cabo de los años, conocer su longevidad. Un mejor conocimiento de una especie permite establecer estrategias para la conservación de sus poblaciones y de sus hábitats. Un carricero común anillado el 4 de mayo de 2005 en Los Fayos, fue recapturado el mismo día de 2006 en Alemania, tras un invierno en África subsahariana.

Pero lo más importante de todo es la integridad del propio pájaro, por lo que en el manejo prima siempre la seguridad del ave sobre la obtención de información, y algunos son liberados de inmediato. (Foto RAD).

Aves nidificantes más frecuentes anilladas en el bosque de ribera



El valle del río Queiles y los bosques de ribera que forma poseen una comunidad de aves característica que aprovecha las condiciones que encuentra, tanto por el ambiente fresco de la zona como por las características de los cultivos, diversidad de los mismos, tamaño de sus parcelas, presencia de zarzas y otros arbustos que les proporcionen tanto refugio como alimento, etc.

En el curso bajo de este río en la comarca, aparecen algunas especies más termófilas, muy características del valle medio del Ebro, como el pájaro moscón, ya mencionado en el texto general. Pero conforme subimos río arriba, las condiciones de mayor humedad y frescura y la mejor conservación de la vegetación natural hacen que aparezcan otras especies nidificantes más propias de ambientes montanos, como el petirrojo.

Así, en el curso alto de este río en la comarca, el espectro de aves obtenido en las jornadas de anillamiento muestra cuáles son las especies más comunes detectadas por esta técnica. Destacan, sobre todas las demás especies, aquellas más características y que pueden ser también identificadas por la vista o por el canto.

Están presentes curruca capirotada, mirlo común, petirrojo, ruiseñor bastardo, zorzal común, carbonero común, pinzón vulgar, ruiseñor común, pico picapinos, chochín, zarcero común, verdecillo y herrerillo común. También aparecen otras especies como pito real, agateador común, verderón común, curruca mosquitera, mito, carricero común o reyezuelo listado.

Algunas de ellas, como el pico picapinos o el pito real, nos revelan el estado de conservación del bosque de ribera en esta zona.



Característico de zonas llanas y despejadas, con cultivos de cereal, alfalfa y pastos, o en aquellas áreas de matorrales junto a los huertos y los barbechos, el triguero es una de las aves más fáciles de detectar por el canto.

Tras cruzar la acequia, hemos llegado al fondo de un campo que no tiene salida (7). Iniciamos aquí el regreso hacia Novallas por el camino por el que hemos venido hasta la estación de Malón (4). En ese punto seguimos la pista de tierra que conduce, entre huertas, hacia el oeste.

La pista llega a la carretera y, por un tramo abandonado de la misma tras las obras de ampliación, llega hasta el puente sobre el Queiles (8). El puente supone un punto elevado y un buen mirador, aguas arriba y aguas abajo, de todo el valle. Al otro lado de la carretera y sin cruzar el puente, una pista se dirige hacia el sur, volviendo hacia el pueblo de Novallas.

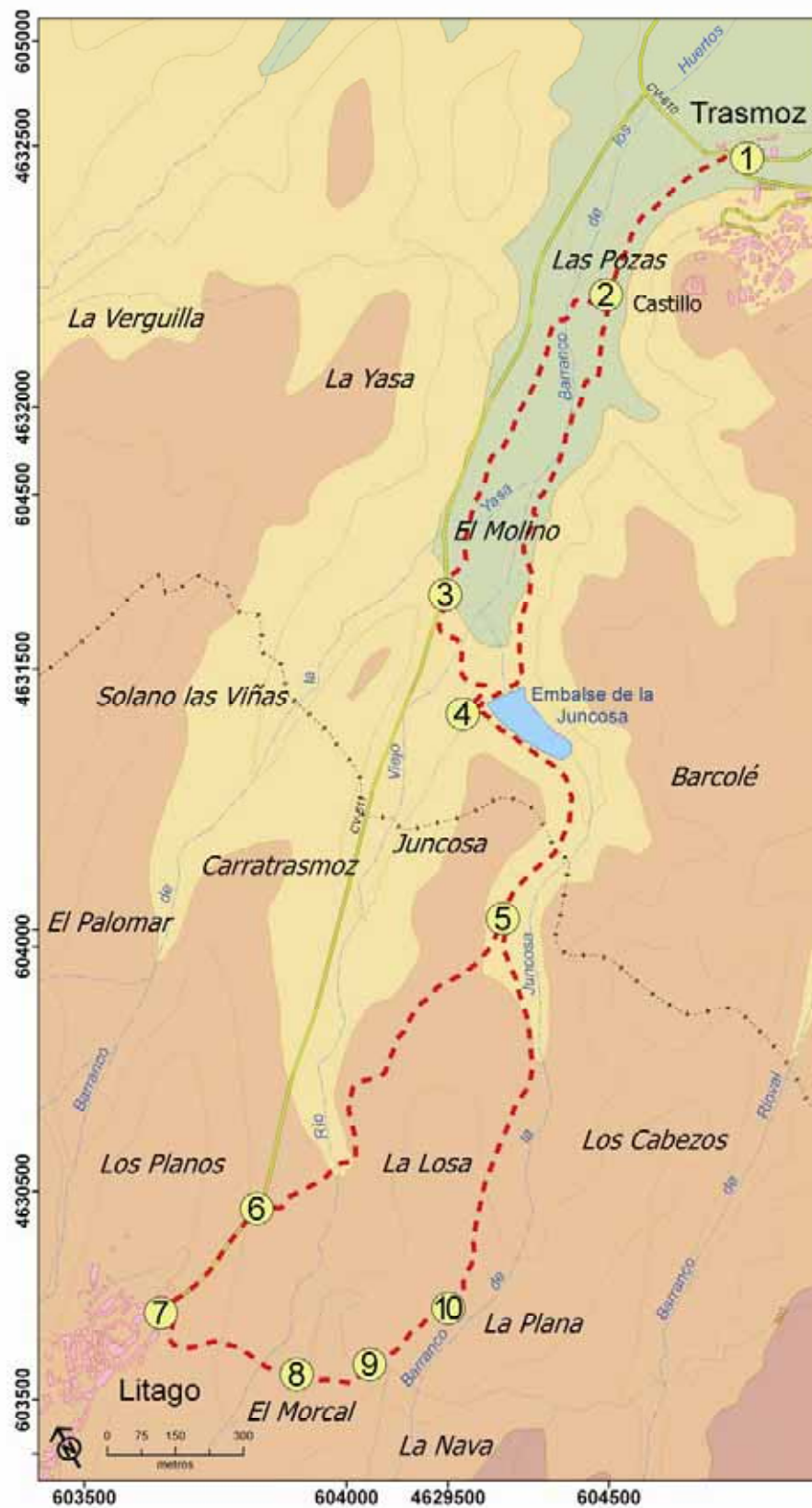


A principios de la primavera empieza a llegar a la zona la rapaz nocturna más pequeña de las presentes, el autillo, también muy fácil de identificar por el agudo sonido de reclamo que emite desde el anochecer. Prepara su nido en el hueco de un árbol de la ribera sin añadir material alguno, y en el que pone 4 ó 5 huevos.

Dejando un ramal a mano izquierda, nuestro recorrido continúa en dirección sur y pasa por una fuente y un merendero en el que los chopos proporcionan sombra (9). Un poco más adelante el camino describe una curva a la derecha y se dirige al pueblo.

Al llegar al casco urbano, unas escaleras dan acceso a sus calles y, por la que rodea el pueblo por su costado este, volvemos hasta los álamos blancos que marcaban el punto de salida.





Itinerario nº 6: Por las huertas de Trasmoz y Litago.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
7,4 km	680 m.s.n.m.	780 m.s.n.m.	100 m

Del Moncayo descienden las aguas de sus manantiales por numerosos barrancos, al principio de manera impetuosa, después más calmadamente, regando los terrenos aluviales que rellenan sus fondos y donde el hombre ha establecido sus huertas. El barranco del Apio o de la Nevera pasa a llamarse barranco de los Huertos al llegar a Litago y a Trasmoz.

Salimos de la pista asfaltada de ascenso al pueblo, junto a un monolito de Ruta Bécquer Trasmoz, por un ramal de tierra que sale a mano derecha, hacia el oeste, paralelo a la carretera y por encima de ella (1).

Avanzamos por el camino de hierba sobre una acequia que da riego a los campos de cultivo cercanos, rodeando la loma en la que se asienta en pueblo y el castillo, hasta llegar, pasado un antiguo lavadero, a una bifurcación en la que un camino a mano derecha cruza la acequia y baja a las huertas (2). Higueras, nogales, frutales y huertos, alternan con campos labrados, con yermos y con los chopos del río.

Al llegar al cauce del río, cruzamos un viejo puente de raíles y, dejando el camino principal, que sale a la carretera, ascendemos por la margen izquierda del río, a la sombra de los chopos. Al poco, nos separamos del barranco. Una acequia de tierra separa el fondo del valle más húmedo, a nuestra izquierda y cultivos de secano y olivos, a nuestra derecha.

El camino asciende y cruza una acequia encementada y un grupo de chopos hasta llegar a la carretera (3). Sin cruzarla, volvemos a descender al valle, encarando la pista que cruza de nuevo el río y nos lleva, tras un giro de 90 grados y una cuesta en zigzag, con taludes llenos de zarzas y clemátides, al embalse de La Juncosa (4). Una garza real o un cormorán grande pueden ser una sorpresa en este pequeño embalse.





Barranco de los Huertos, embalse y pueblo de Litago, al fondo. (Foto MMF).

Avanzamos hacia la cola del embalse y continuamos por la pista, ascendiendo el barranco de la Juncosa. A nuestra derecha, matorrales de aliaga, alhucema, tomillo, lastón y encinas pequeñas darán cobijo a pájaros de zonas secas, mientras que el fondo del barranco, más húmedo, y la cola del embalse, ofrecen un cortejo de aves propias del soto ribereño: mirlos, carboneros, ruiseñores, currucas capirotadas y escribanos soteños. Se oyen currucas carrasqueñas, algún cuco, y las cornejas graznando.

Aparecen encinas abundantes con algunas coscojas y romeros en la ladera que tenemos a mano derecha y, más adelante, al otro lado del barranco, se ve un encinar más tupido, de mayor porte y mucho mejor conservado.

El camino amplio discurre por el fondo del valle, llegamos a unas encinas gruesas a pie de camino ya en el término municipal de Litago.

Cuando estamos a punto de dejar atrás el encinar, llegamos a un cruce de caminos, en el que tomamos el ramal ascendente a mano derecha, que se adentra en la vegetación de secano (5).

Este camino nos lleva por una zona de matorral bajo hasta un cambio de rasante. Vemos ahora el barranco de los Huertos, el pueblo de Litago y, al fondo, el Moncayo, los circos, los bosques y los colores del otoño. Los pinzones jóvenes vuelan en bandos en esta época por los campos de almendros.

El camino desciende por la ladera paulatinamente hasta el barranco y traza una curva para cruzar la chopera y el río. Siempre lleva agua y la vegetación aquí es más tupida. El sendero, lleno de hierba, continúa por encima de los huertos y campos y asciende hasta la carretera (6). Desde aquí recorreremos un tramo por la cuneta, de unos 300 metros, hasta llegar a Litago (7).

Tranquilo en todas sus calles, con casas antiguas y otras rehabilitadas o totalmente nuevas, este pueblo tiene tres viviendas rurales. La Casa Rural Peña de nueva construcción, amplia y acogedora, con capacidad para doce personas, podrá ser lugar de pernocta para las excursiones cercanas.

En la entrada del pueblo, junto a la primera casa, un ramal encementado sale a mano izquierda. Descendemos hasta cruzar de nuevo el barranco por un puente de barandilla metálica, nada más pasar junto a un aljibe circular. El camino es ahora de tierra y nos lleva, en unos pocos metros, a una cuesta pedregosa muy pronunciada que lo abandona en este punto (8).



Cormorán grande sobre las aguas del embalse. (Foto JRMR).



El macho de tarabilla común, de plumaje más colorido que la hembra, adopta una posición vertical en lo alto de un arbusto o de cualquier otro oteadero para emitir su reclamo de alarma similar al golpear de piedras. Desde el posadero que ocupa observa su territorio en busca de presas que cazar.

Al final de esta cuesta, en la parte superior, nuestros pasos se vuelven a unir al camino principal (9). Cruzamos la pista y, dejando una granja a mano izquierda, nos encaminamos hacia el barranco de La Juncosa. Vemos al frente el castillo de Trasmoz, que guiará nuestros pasos de regreso.

El camino cruza una pequeña acequia y se encaja entre campos para descender por el valle. Un poco más adelante, en un cruce, un camino ancho, a mano derecha, se dirige al barranco de Rioval, en el valle contiguo, con un pequeño embalse del mismo nombre. Nuestro camino continúa hacia el de La Juncosa (10).



También el alcaudón común, típico pájaro de las masas de arbustos espinosos y de márgenes de bosque, utiliza una rama como oteadero para capturar sus presas, sobre todo insectos, pero, en ocasiones, también algún vertebrado.

En el talud terroso del camino hacen nido los abejarucos. En las zonas de matorral se oye el reclamo de la perdiz, frecuente en estos cabezos. El fondo del barranco delata su humedad por la presencia de junqueras en algunos de los campos. Algunas latas brillantes en los huertos ahuyentan a las aves para que no coman de sus plantas.

En un cruce de caminos, un ramal asciende a la izquierda y se pierde, pero tomamos el de la derecha, que desciende acercándose al fondo del barranco. Al rato volvemos al cruce de caminos que dejamos en la subida (5) y pasamos de nuevo por el encinar.

Petirrojos, pinzones, carbonero común y otros páridos en el barranco, tórtolas, zorzales, picapinos, papamoscas, escribano soteño, mirlo mosquiteros, herrerillos, mitos, escribano montesino, todos aprovechan las zonas de ecotonía que ofrece este tranquilo rincón. Un ratonero sale del encinar o un águila culebrera vuela sobre los cabezos.

Al llegar al embalse cruzamos a su orilla derecha por encima del muro de tierra que hace de presa y, descendemos por un sendero, mal marcado, por una zona de aliagas y matorral bajo, hacia el regadío.

Las marcas blancas y amarillas de un sendero PR nos acercan, paulatinamente, a la base del cabezo sobre el que Trasmoz y su castillo dominan el valle. También podemos descender, junto a unas rocas y una tubería de cemento, al fondo del valle, para recorrer la zona de huertos. En la margen derecha, una torre eléctrica y una pequeña edificación nos conducen a unas escaleras de piedra que ascienden encima de una acequia y un campo de almendros y nos devuelve al camino de inicio, de vuelta al pueblo.

Podemos completar el recorrido con una vuelta por el pueblo, por sus calles y por los alrededores del castillo, en el que buscan refugio y lugar para ocultar sus nidos y criar a su prole gorrones comunes y chillones, estorninos, colirrojos tizones, vencejos comunes y algún mochuelo.



Sobre cómo se censan los pájaros: La estación de escucha.

Otra forma que tiene el ornitólogo de conocer algo más que la presencia de las aves de una zona es realizar escuchas de cantos de aves, preferentemente en la época de reproducción, en estaciones de censo fijas en la zona de estudio: son las estaciones de escucha.

Para ello se seleccionan una serie de puntos a lo largo de un itinerario que se puede recorrer en coche o en bicicleta. Estos puntos deben de estar entre sí, al menos, y siempre que sea posible, de un kilómetro a un kilómetro y medio, para obtener datos de la presencia y abundancia de aves en la zona característica de cada estación.

En algunos estudios se recomiendan 20 ó 30 estaciones de escucha para obtener resultados, pero como ejercicio de aprendizaje en el campo, nuestro número puede ser variable.

Como en el caso de los itinerarios de censo, los días elegidos serán aquellos con condiciones meteorológicas adecuadas, descartando los días de lluvia intensa, niebla o fuerte viento, así como cualquier circunstancia que reduzca notablemente la detectabilidad de las aves.

El tiempo dedicado a cada estación de escucha es de unos pocos minutos, cinco en la metodología que se aplica para el programa SACRE (Seguimiento de Aves Comunes Reproductoras de España), y otros tiempos en otros programas, en el horario de mayor actividad de las aves, es decir, en las cuatro primeras horas de la mañana.

En esos minutos de permanencia se anotan todas las aves, vistas u oídas, que se corresponden con ejemplares diferentes. Se establece una diferencia entre las aves contactadas dentro de un radio de 25 metros y las que lo eran fuera. A partir de un cierto tiempo, no tenemos seguridad de que un ave no se haya registrado ya anteriormente en otra posición desde la que se ha desplazado, y es por lo que la estación tiene un tiempo de escucha limitado.

Las estaciones de escucha se visitan varias veces, al menos dos, dependiendo del método, en fechas diferentes, con el objetivo de registrar las aves en sus momentos de mejor detectabilidad. Así, una primera visita, del 15 de abril al 15 de mayo, permite detectar los reproductores tempranos (sedentarias) y una segunda visita, del 15 de mayo al 15 de junio, para reproductores tardíos (migrantes). La abundancia de cada especie se expresa como número de individuos por cada 10 estaciones. Se pueden obtener índices más complejos.

A lo largo del tiempo, estos programas de seguimiento, realizados con metodologías relativamente sencillas y poco esfuerzo por parte del observador, aportan una información importante sobre cambios en las poblaciones de aves, y permiten establecer estrategias de conservación de sus poblaciones y de sus hábitats.

aves de cortados y roquedos



avión
roquero



roquero
rojo



chova
piquirroja



alimoche



águila-azor perdicera



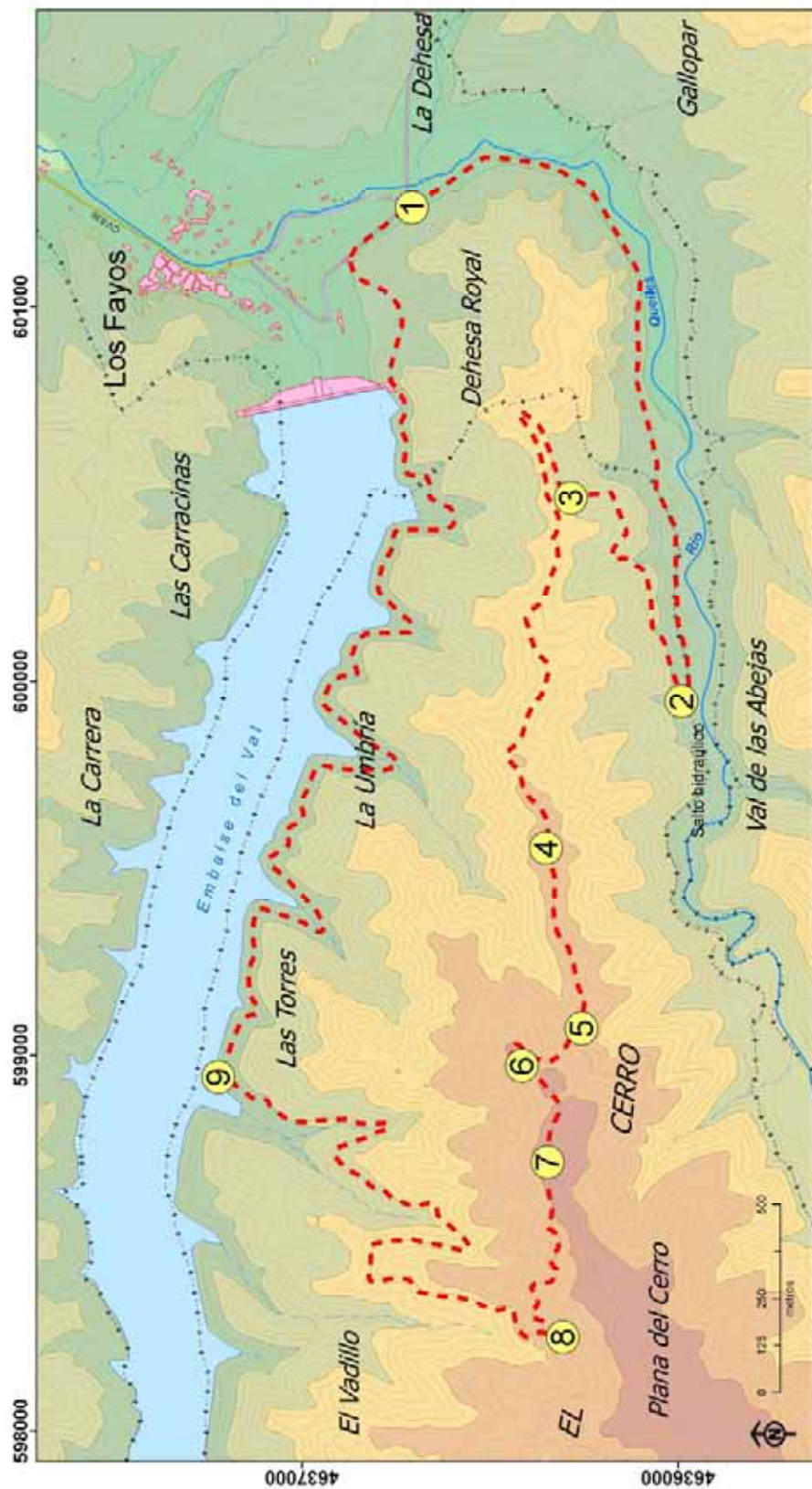
halcón peregrino



buitre leonado



búho real



Itinerario nº 7: Los valles del Val y del Queiles.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
11,6 km	578 m.s.n.m.	828 m.s.n.m.	250 m

Los Fayos es uno de los pueblos más pintorescos de la comarca, al pie de espectaculares formaciones rocosas y en la confluencia de los ríos Queiles y Val, con las casas apiñadas alrededor del monasterio de San Benito y la Cueva de Caco y bajo la presa que embalsa las aguas de estos ríos.

Pintoresca es también la Casa Rural “El Cantón”, no muy grande, con su cuidada decoración y ambiente acogedor, regentada por Milagros, que lleva también el bar del pueblo y prepara unas succulentas comidas.

Salimos a la carretera frente al consultorio médico, con nidos de avión en su alero. Un paseo por el pueblo nos permite, mirando hacia el cielo, observar diferentes aves rupícolas, buitres, tal vez alimoche, halcón peregrino, cernícalos, vencejos, etc.

Por la carretera que discurre paralela al río, nos acercamos al puente de los Cubillos sobre el río Queiles, punto de arranque de la pista de las centrales e inicio de nuestro recorrido (1). Desde aquí se ven dos formaciones rocosas a modo de torres conocidas en el pueblo como las “Dos Hermanas”.

Avanzamos por esta pista asfaltada, en parte excavada en la ladera de la montaña, de manera que deja ver los materiales de conglomerado que componen estas formaciones rocosas, y pasamos por debajo de una auténtica ciudad de roca, asiento de una colonia de buitres. Junto a ellos, aves rupícolas, desde el pequeño avión roquero hasta el alimoche, ocupan las oquedades que les ofrecen estas paredes naturales.

Pasada la colonia de rapaces, la pista avanza hacia el oeste, dejando a la derecha zonas de matorral bajo y a la izquierda el bosque de ribera, en una zona en la que el valle está menos encajado. Una central hidroeléctrica abandonada, a orillas del río, se oculta entre los árboles del soto.





Al norte del Moncayo, y a sus pies, el valle del Queiles. (Foto MMF).

Avanzamos por la pista hasta una segunda central y el túnel que conduce las aguas del Queiles, a través de la montaña, hasta el embalse del Val. Aquí se encuentra el punto de captación de aguas para el pueblo, junto a un vallado al que podemos entrar por una puerta que accede a la pista forestal de subida al monte (2).

El camino vuelve hacia el este y salva un desnivel importante en un corto tramo de recorrido, para alcanzar, tras unas curvas, un cruce de pistas (3), en el que, a nuestra derecha, podemos acercarnos a una zona desde la que se ve la presa y el pueblo de Los Fayos.



Durante los censos que se realizaron en el año 2006 fue localizado en la colonia del Queiles fue localizado un ejemplar de buitre leonado albino. (Foto FHL y DBC).



Las numerosas oquedades que ofrecen a la fauna las paredes de conglomerados y la tranquilidad y vigilancia de la zona en la que se ubican determinan la estabilidad de las colonias de buitres y la conservación de otras especies. (Foto MMF).

Enseguida volvemos hasta ese cruce para continuar, por la cresta de toda esta montaña, en dirección oeste.

Paseamos entre pinares de repoblación, aunque todavía quedan, testigos de otro tiempo, algunas encinas, aisladas o en pequeños grupos. El camino avanza siempre hacia el oeste, dejando algún ramal secundario que conduce a algunos cortafuegos. Hemos de elegir siempre el camino que nos lleva en la misma dirección (4).

En un cruce muy marcado (5), una pista de vehículos que sube desde el valle del Queiles, aguas arriba de las centrales, alcanza la pista que recorre esta loma. Ahora elegimos continuar por nuestra derecha, describiendo una curva que nos lleva hasta el vértice geodésico Barrera, a algo más de 800 metros de altitud, cima de nuestra excursión (6).

El camino gira bruscamente a la izquierda y continúa hacia el oeste, hasta un cruce en el que ya no continuamos por la cresta, sino que tomamos el ramal de la derecha, que inicia una pista de descenso hacia el valle contiguo (7).



Conocidas en la zona como las Peñas Royas, estas formaciones de conglomerados situadas en la cola del Embalse del Val forman parte del Refugio de Fauna Silvestre de "El Val", un espacio natural protegido de gran valor paisajístico y faunístico. (Foto MMF).



Los censos de rapaces.

Cuando se realizan censos de algunas especies como los buitres y otras rapaces, es de gran interés obtener algunos índices reproductivos que puedan aportar información sobre su evolución y que permitan establecer medidas de protección.

Los índices más utilizados se calculan a partir de los datos de campo obtenidos por observación directa. Dependiendo de la especie estudiada, se ha de conocer el número de nidos y su evolución, o también el número de pollos volados en un nido.

Así, podemos calcular la productividad, o número de pollos volados dividido por el número de parejas detectadas, el éxito reproductor, o número de pollos volados dividido por el número de parejas que inician la reproducción, y la tasa de vuelo, que es el número de pollos volados dividido por el número de parejas en las que vuelan pollos.

El Alimoche común es una de las especies sobre las que se realiza un seguimiento continuo. El declive generalizado de esta especie en la mayor parte de Europa también se presenta en la Península Ibérica, con descensos del 25 al 50 por ciento en una década según zonas. La colocación de los prohibidos cebos envenenados, la muerte por disparo, los cepos y la colisión con tendidos eléctricos parecen ser las causas principales.

Con dos territorios en la zona, esta especie es, con el águila-azor perdicera, con un solo territorio, una de las que presenta una situación de conservación más preocupante, y cualquier molestia debe de evitarse a toda costa, para que ésta y otras rapaces tengan garantías de un éxito reproductivo.



El halcón peregrino comparte el roquedo con otras rapaces.

Se aprecia en esta otra vertiente una repoblación más tupida, a la que ayudará el que se corresponda con zona de umbría.

A los 500 metros de ese cruce, cuando ya hemos descendido una cierta altitud, y nada más dejar atrás un cortafuegos, un nuevo cruce (8) gira bruscamente a la derecha buscando el descenso hacia el valle del río Val. Este será el camino que tomemos para llegar, después de algunas curvas muy marcadas, hasta la pista principal que recorre el valle del Val, junto al embalse que forma este río (9).



Distribuido en la época estival por el Pirineo, el treparriscos es un visitante invernal en las paredes verticales de la comarca, aunque también existe alguna cita de esta especie en época de paso y en fechas excepcionales para la fenología de esta especie.

Los nombres de los pájaros.

Una baraja sobre la mesa es la compañera de juego de los clientes del pequeño y acogedor bar del pueblo. Mientras toman un café, los más mayores recuerdan sus experiencias en el campo. Dicen que antes había más pájaros y conocen a muchos de ellos por su nombre local.

Los pájaros más vistosos tienen nombres bien conocidos por todos. Así, a la abubilla le llaman “galluelo”, al abejaruco le llaman “picabejero” y a la urraca le llaman “picaraza”.

Naturalmente, al pito real le llaman “carpintero”. El pico picapinos también es otro “carpintero” o “picatroncos”. Pero la oropéndola, sin ningún parentesco con ellos, también recibe el nombre de “carpintero”, y curiosamente, al roquero solitario se le llama, tal vez por confusión, “torcecuellos”.

En el pueblo, el avión común se llama “reviruelo”, nidificante común en los aleros de algunas casas. También son bien conocidos el pinzón vulgar o “rinchinchín”, el colirrojo tizón o “tordica”, el carbonero o “primavero”, el jilguero o “cardelina” y el ruiseñor común o “culirrojo”.

Distinguen bien las diferentes especies de zorzales, llamándose “torda parda” si es un zorzal común, “torda negra” si es un mirlo común, “guión de torda” al zorzal charlo y “royuela” al zorzal alirrojo. El estornino negro, como en muchos pueblos, es también llamado “tordo”.

En el río, a las lavanderas, bien conocidas por todos, se les llama “andarríos”, y al mirlo acuático, más desconocido, por su característico babero o papo de color blanco, se le llama “paparda”.

Entre los pájaros más pequeños, el chochín es el “caracolico”, el reyezuelo es el “luel”, el herrerillo es el “curica” y el verdecillo es el “tarín”. En invierno, también se le llama “tarín” al lúgano. El acentor común será el “patatero”.

De paso se ven “aliteadores” o papamoscas cerrojillos, pero al papamoscas gris se le llama “mosquitero”. En cambio, un agateador es un “subitroncos”.

En el monte llaman la atención las diferentes collalbas, a las que se les llama “coliblancas”. Las calandrias son “caliandras” y las cogujadas son “caliandras moñudas”.

La curruca rabilarga recibe el nombre de “allaguero”, por vivir por las aliagas, y los alcaudones son conocidos como “picapuercos”. A la bien conocida curruca capirotada y a otras curruacas, que no lo son tanto, como la mosquitera, por su gran afición a los frutos de la zarzamora a finales del verano, les llaman “moralicas”.

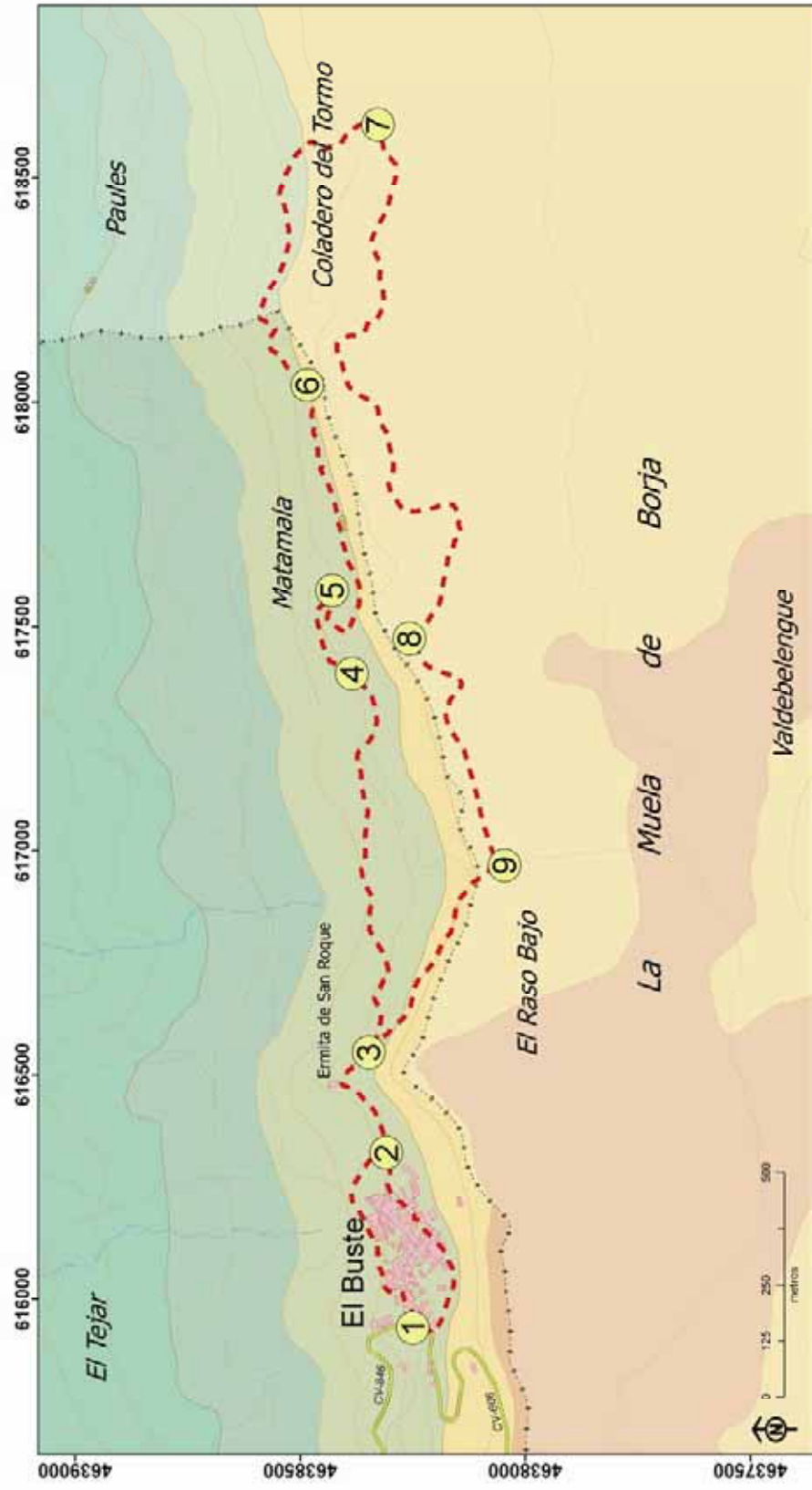
En los inviernos duros llegan avefrías o “quinceas”. La chocha perdiz es la “becada” y una agachadiza, sin precisar si es la chica, parece que recibe el nombre de “becardín”. Pero también es “becardín” el andarríos chico.

Al buitre común tan solo se le llama buitre, pero al alimoche le llaman “milopa” y, en ocasiones, “buitre blanco”.

Encara la pista la direcció este para volver hacia Los Fayos. Cada vuelta del camino rodea un entrante del embalse, y en su superficie podemos descubrir las aves que, desde hace pocos años, han empezado a ocupar sus aguas: garzas reales, garzas imperiales, ánades reales, cucharas comunes, porrones moñudos, zampullines chicos, somormujos lavancos, cormoranes grandes, águila pescadora, andarríos chico, chorlitejo chico, y alguna gaviota de paso.

El final de esta pista de tierra nos lleva a la asfaltada de acceso a la presa, que desciende hacia el pueblo de Los Fayos y hacia el puente de los Cubillos, desde donde habíamos iniciado el paseo.





Itinerario nº 8: La Muela de El Buste.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
7,1 km	660 m.s.n.m.	740 m.s.n.m.	80 m

Sobresaliendo de la comarca del Campo de Borja, y a caballo de la de Tarazona y el Moncayo, la Muela de Borja o Muela de El Buste es el relieve más característico después del propio Moncayo. Para llegar a El Buste, y recorrer esta zona de la comarca, hemos de tomar la carretera de acceso en el barrio de Cunchillos, en Tarazona.

El Buste es un pequeño pueblo, muy tranquilo, alejado de todo bullicio ciudadano, al que se llega tras unos pocos kilómetros de curvas que cruzan un paisaje árido. Ya en pueblo, en el cruce de la carretera, hay, junto a la parada de autobuses, un merendero y una fuente, punto en el que iniciamos el recorrido (1).

Desde aquí, al otro lado de la carretera, la calle de entrada a pueblo nos dirige hacia el este. Pasamos al lado de una escalera sobre la roca y la calle que queda a mano izquierda, pasando bajo el frontón, nos lleva, al lado de un surtidor de gasolina, hasta la salida del casco urbano. En este recorrido urbano se ven las casas apoyadas en las rocas. El ambiente umbrío y húmedo recrea pequeños huertos, campos de frutales, y rincones de zarzas y hiedra que dan refugio a muchos pájaros.

La calle desciende hasta llegar a la parte baja del pueblo, junto al antiguo lavadero y unos abrevaderos. Junto al depósito de agua del pueblo hay un gran plátano de sombra. Aquí tomamos hacia el este y en sentido ascendente, el camino asfaltado, que, tras una empinada cuesta, nos lleva a las últimas casas del pueblo (2).

El camino gira a la izquierda y encara hacia la ermita de San Roque, dejando a mano derecha la cresta rocosa caliza de la Muela. Algunos pinos ocupan los huecos del terreno. Al cabo de 200 metros llegamos a la ermita, en un saliente a modo de proa que constituye un extraordinario mirador sobre las tierras áridas que se extienden al norte.





Casco urbano de El Buste, apiñado al pie de la Muela. (Foto MMF).

Campos pequeños y huertas destacan en un primer plano. Un poco más lejos, campos de olivos y, más allá, el terreno árido y blanquecino, alternando zonas de matorral bajo y de yesos con los campos de cultivo. A nuestra espalda, los molinos de viento se destacan en la parte superior de la Muela.



Caótico roquedo calizo cubierto de hiedras en la cara norte de La Muela de El Buste. (Foto MMF).



Rastros, huellas y plumas.

En nuestro pasear silencioso, una huella en el barro, una piña comida o una pluma rota a pie de camino también nos da información sobre las aves de una zona, su dieta y sus modos de vida.

Si es una huella impresa en el barro, nos fijaremos en su tamaño, la forma y posición de los dedos, la longitud del dedo central y si marca o no el primer dedo, dirigido hacia atrás. También podemos observar el ángulo que forman los dedos exteriores con el dedo central y cualquier detalle llamativo.

Los restos de comida presentan un aspecto característico dependiendo del comensal que los ha abandonado. Un zorzal común golpea las caracolas contra algo duro para poder comer su carne una vez rota la cáscara. Un alcaudón empala sus presas, escarabajos y algún pequeño vertebrado, para almacenar comida. Un piquituerto abre las escamas de las piñas de manera que queda una marca longitudinal muy característica. En cambio, un pico picapinos utiliza las gruesas grietas de un tronco para sujetar las pinas y poder acceder a sus semillas.

Los restos de plumaje de un ave comida por un predador nos hablan tanto de la presa como del cazador. Unas plumas barreadas, con colores azules y negros alternos nos permiten identificar la especie a la que pertenecen. En este caso son de un arrendajo común. Si además observamos cómo han sido arrancadas, podemos saber si el predador fue un mamífero, porque corta la pluma con los dientes y falta en ella el principio del cañón, o si fue una rapaz diurna, que pinza con su pico la pluma para poder arrancarla entera y deja una marca característica en la base del cañón. (Foto MMF).



En la Muela de El Buste se pueden observar las dos especies de roqueros, el roquero rojo, especie migradora de presencia estival e invernante en África tropical, y el roquero solitario, especie residente todo el año, aunque con movimientos de dispersión y de trashumancia. Las dos especies muestran en la época de celo cantos llamativos, posados o en pleno vuelo.

El camino, ahora de tierra, nos lleva a una bifurcación (3). Un camino asciende hacia las rocas, a mano derecha, y otro, el que tomamos, sigue de frente, avanzando a la misma altitud. Queda a nuestra derecha toda la muralla natural de roca caliza que separa la planicie superior de esta ladera. Es el territorio de los dos roqueros, el roquero rojo y el roquero solitario.

Pasamos al lado de unos chopos. Muchos pequeños campos están abandonados, otros conservan frutales, almendros u olivos. Pasamos al lado de una higuera y un pequeño rodal de pinos. La variedad de frutales, matorral, zarzas, hiedras, rosales, en contraste con el matorral bajo, con labiadas, ontinas y lastón, ofrece diversidad de rincones para diferentes pájaros. En un corto recorrido se detectan mirlos o petirrojos junto a escribanos montesinos o currucas rabilargas.



La curruca mirlona es, entre las más mediterráneas, la más dependiente del arbolado. Ocupando masas poco densas de pinar, de encinar o de olivar.



Las rapaces de la comarca.

Son las reinas del aire y la atracción del ornitólogo. Catorce especies de rapaces diurnas se reproducen en la zona, y algunas más vuelan ocasionalmente sus cielos.

Hay buitreras interesantes en los farallones rocosos de la comarca, y se les puede ver volar aprovechando los vientos ascendentes de ladera en muchos de los montes. Junto a ellos, en las cuevas y repisas de la roca, el halcón peregrino, el alimoche, muy escaso, y el águila-azor perdicera, con tan solo una pareja en la comarca, se reparten el espacio.

El águila real, con pocas parejas y nidos más aislados, se puede ver volar por las zonas más ricas en presas, especialmente en zonas abiertas y de matorral, donde el conejo será más abundante.

En el bosque, el azor y el gavilán, en ambientes parecidos, el halcón abejero, restringido a las laderas boscosas del Moncayo, especialmente en hayedos y rebollares, o la aguililla calzada, la más forestal de las águilas, eligen sus territorios.

El águila culebrera alterna zonas boscosas con áreas más abiertas de matorral y cultivos. El busardo ratonero ocupa gran variedad de hábitats, mientras que el aguilucho cenizo prefiere zonas de campo abierto, como en La Valluenga. El alcotán europeo, no muy común, ocupa alguna pequeña arboleda, mientras que el cernícalo vulgar aprovecha incluso construcciones humanas.

Además de estas especies, se han citado, con mayor o menor frecuencia, elanio azul, los dos milanos, quebrantahuesos y águila pescadora

Ganamos un poco de altura y nos alejamos de los campos, para cruzar una zona de matorral de aliagas con un aspecto más seco, nos vamos acercando a la zona de rocas, los últimos chopos aparecen en una vaguada en la que el camino traza una curva para salvarlo.

En la ladera hay algunas encinas dispersas y en la cresta asoman los pinos. Un camino baja a los campos, pero otro sigue, a la derecha, hacia nuestro horizonte (4).

Las paredes de piedra caliza que cierran los campos se apoyan en la roca madre de la montaña, ofreciendo oquedades para la nidificación y refugio de la fauna.

Al llegar a un cruce de caminos, un ramal desciende y otro, a la derecha, continúa hacia el este, hasta llegar bajo un nogal cubierto por zarzas, un aljibe con agua y un manantial. En los árboles cercanos se posan pinzones, carbonero, incluso torcaes, que acuden a este rincón.

En este punto (5), el cruce de caminos nos invita, a mano derecha, a trazar un zigzag que nos permite ganar altura, hasta un llano con aliagas en el que volvemos la vista hacia el este para encarar hacia la muela e ir a pie de las rocas. El camino pasa ahora elevado sobre el nogal y el manantial.

Ahora el camino ancho se transforma en una senda estrecha, que nos lleva entre una ciudad de rocas con muchas hiedras y numerosas cuevas hasta un cruce poco marcado (6), en el que un ramal sube a la cima a nuestra derecha y otro nos conduce, por terreno llano, de frente, hacia el este.



Olivos, pinares y barbechos entre La Muela y la estepa. (Foto MMF).



Gorrión chillón, especie característica de cortados y taludes. (Foto FVP).

La senda zigzaguea hacia la masa de pinos que tenemos enfrente, en un rincón muy umbroso en esta zona, con zarzamoras y aladiernos. Están presentes el carbonero garrapinos, el mito y otros pájaros de pinares.

Nuestra senda asciende ahora hacia una gran roca y se pierde entre los pinos. Intuitivamente buscamos el paso a través del pinar y de la hierba, hasta llegar a un gran claro que se forma en una vaguada que baja de la muela. El matorral bajo, con rosales silvestres y algunos pinos, ocupa los antiguos bancales ya abandonados.

Giramos a la derecha para iniciar el ascenso a través de coscojas, aliagas y prados muy herbosos, por una senda ya perdida, hasta llegar al terreno llano, en la parte superior (7). Aparece aquí una gran masa de encinas, de la que, a distancia, sobresalen los molinos de viento.

En este punto giramos hacia el oeste para iniciar el regreso, cruzando campos de cultivo yermos por los que aún se adivina la antigua trocha. El carrascal autóctono da paso a pinares de repoblación. A lo lejos se ve el Moncayo.

A la vista de los aerogeneradores y sin alejarnos del cortado rocoso, avanzamos hasta llegar a una amplia vaguada con algunos campos no cultivados y rodeada de encinas. Nuestro itinerario continúa al otro lado, junto al primer molino de una alineación de aerogeneradores (8).

Avanzamos ahora por la pista de servicio del parque eólico, de anchura suficiente para el paso de vehículos. Los pinos carrascos tienen un porte de unos 5-10 metros de altura. Hemos pasado debajo de seis aerogeneradores

cuando llegamos a las instalaciones del parque eólico. Aquí, un camino de bajada hacia el norte, desciende por un portillo en la roca hacia nuestro camino de inicio. Los cables eléctricos están provistos de señuelos visibles para que las aves no colisionen con ellos.

Bajamos por este camino hasta el cruce que dejamos al principio de nuestra excursión (3), para enlazar con el, pasar por la ermita de San Roque y regresar al pueblo. Al llegar casco urbano, atravesamos las calles por la parte superior, cerca de las rocas, hasta llegar a la carretera y nuestro punto de salida.



aves de matorrales



tarabilla
común



curruca
cabecinegra



perdiz roja



zarcero común



pardillo común



alcaudón
dorsirrojo



curruca
rabilarga



escribano montesino



Itinerario nº 9: De Añón a Morana y Horcajuelo.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
10,1 km	773 m.s.n.m.	983 m.s.n.m.	210 m

El Huecha, o “la Huecha”, es el otro río de la comarca. Hasta Vera de Moncayo lleva dirección sur-norte, pero en este pueblo gira hacia el este y recibe aguas que le puedan aportar los barrancos que bajan del Moncayo hacia La Valluenga. La Diezma separa su cuenca de la del Queiles.

La Casa Rural “Miguel Embid”, de Vera de Moncayo, se encuentra en la misma calle del Moncayo, dando vista, desde el extremo sur de esta población, a la montaña y al Parque Natural. Acogedora, con capacidad para seis personas, su fachada color teja invita al descanso antes o después de un paseo por la naturaleza.

Aguas arriba de Añón de Moncayo, el pueblo que está situado a mayor altitud de todos los que componen la comarca, el río se llama Morana y recoge aguas de los barrancos de Valdealonso, Horcajuelo y Morana, que trae sus aguas desde su nacimiento en el “Hoyo del Agua”.

Para nuestra excursión tomamos la carretera que sale de Vera de Moncayo en dirección a Veruela y, nada más pasar el Monasterio, tomamos el desvío de Alcalá y Añón. En este pueblo, ocupando los bajos del Ayuntamiento, un Centro de Interpretación muestra aspectos sobre el aprovechamiento de la montaña y de sus recursos naturales por parte del hombre (1).

Desde el Centro de Interpretación nos dirigimos, por la calle de Las Cuevas, hacia el oeste. Una puerta en la muralla da salida hacia el valle de Morana o de la Huecha. La calle se continúa, fuera ya del pueblo, por una pista encementada que pasa bajo la formación caliza que sirve de asiento al núcleo urbano y que desciende hasta el río.





Barranco de Morana, encajado en la roca. (Foto MMF).

Al llegar a la altura del puente sobre el Huecha (2), nos dirigimos de frente, sin cruzar el río, hasta la chopera que acoge el merendero del pueblo. Aquí la pista ya es de tierra. Al llegar al área de recreo, mirando a nuestra derecha, se localiza la Cueva de Añón, bajo las rocas calizas en las que se origina el manantial de La Cueva (3).



Las aguas del barranco de Morana, antes de llamarse río Huecha, fluyen bravas entre las rocas, frías y limpias, habitadas por la trucha común. (Foto MMF).

La importancia de esta cueva radica en las especies de murciélagos que la utilizan como refugio en diferentes momentos del año, por lo que se debe evitar cualquier molestia, incluso el acceso a la misma, si esto compromete la conservación de los quirópteros aquí presentes.

Retrocedemos hasta el puente para cruzar el río y coger la pista que lleva, aguas arriba, en dirección al barranco de Morana. Esta pista atraviesa todo el fondo del valle, entre chopos y huertas, dejando algún camino de entrada a los campos y siguiendo el camino principal, hasta el “escorial”, llamado así por quedar amontonados los restos de escoria de una antigua fundición de hierro que utilizó como combustible el carbón vegetal que se obtenía de los encinares del Moncayo.

En este punto, un cruce de camino marca un ramal que vuelve hacia Alcalá de Moncayo, a la izquierda, y otro que sigue camino aguas arriba del valle, a la derecha (4).

Gana algo de altura, pasa el camino al lado de una construcción con sistemas de aprovechamiento de energía solar y recorre un tramo en el que hace de límite entre el encinar y la huerta.

A lo largo de casi dos kilómetros, varios ramales secundarios descienden hacia las huertas, pero nuestro camino, el principal, continúa hasta llegar a las parideras de Morana.



El alcaudón real es, de los tres alcaudones que crían en la comarca, el que permanece todo el año, presente en terrenos de cultivo, eriales y matorrales con algún arbusto espinoso en el que construir su nido, almacenar sus presas y otear. (Foto FVP).



El mirlo acuático se alimenta de insectos que captura bajo las piedras del río, andando bajo el agua o usando sus alas para bucear.

Nada más pasar estas instalaciones agropecuarias, el camino pasa al lado de la fuente de la Tana, gira a la derecha y llega a un cruce y una zona de aparcamiento (5).

El camino principal cruza el río por un vado encementado y se dirige a la antigua central hidroeléctrica de Morana, pero nuestro itinerario sigue a nuestra izquierda, para iniciar el ascenso por el río.

En un primer tramo, el camino es ancho, algo más pedregoso y casi sin desnivel. Ya has desaparecido las huertas y el río, ahora con el nombre de Morana, ocupa el fondo de un barranco cada vez más estrecho.

Subimos aguas arriba por su margen derecha hasta que el camino cruza al otro lado y se estrecha. Varias veces deberemos cruzar el cauce sobre algunas piedras para seguir ascendiendo su curso.



Será desde una rama a modo de oteadero desde donde el martín pescador se lance a las aguas frías de alguna de las pozas del río para pescar sus presas.



El chochín, uno de los pájaros más pequeños de la comarca, también es conocido como “caracolico”. Aun con todo, es uno de los pájaros de canto más potente y variado, sobre todo en la época de celo.

Estamos ahora dentro del Parque Natural del Moncayo. La vegetación de matorral alto llega hasta la misma orilla, mezclándose los sauces del fondo del barranco con retamas, encinas, acebos y otros arbustos.

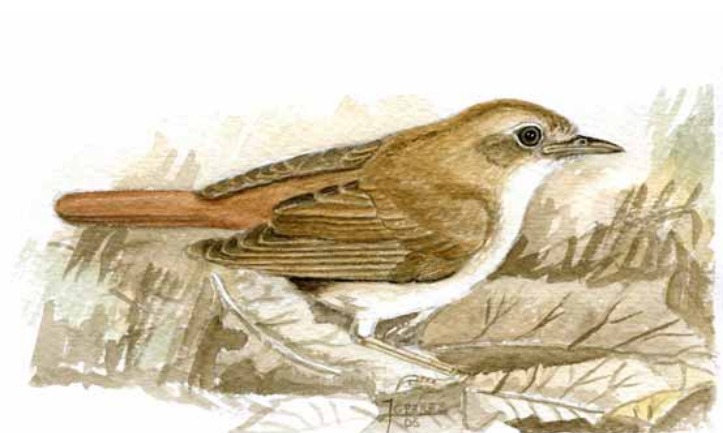
Tras un corto recorrido, llegamos a la confluencia del barranco de Morana, frente a nosotros, con el de Horcajuelo (6), a nuestra izquierda, subsidiario del de Morana por su margen derecha.



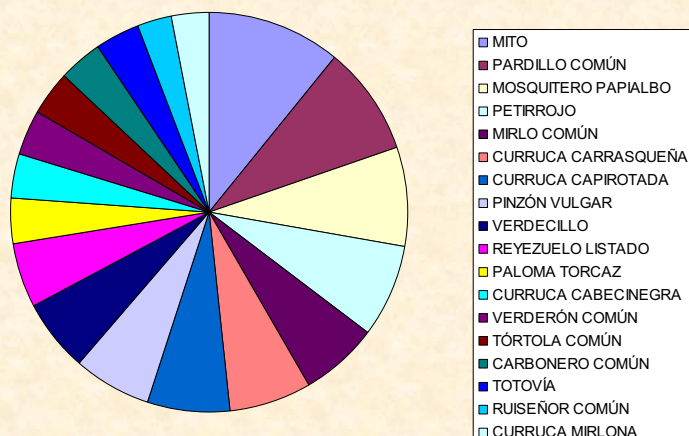
Matorral alto de encinas y de retamas en plena floración. (Foto MMF).

En este punto, el camino se divide para ascender, a mano derecha, por el barranco de Morana, y perderse en la vegetación, o, a mano izquierda, por el barranco de Horcajuelo, hasta la Torre de Horcajuelo, Picabrero y la falda del Morrón.

Si no deseamos proseguir, es un buen enclave desde el que disfrutar de la comunidad de ave del barranco y de matorrales altos y regresar por el mismo camino hasta el pueblo de Añón.



Comunidad de aves nidificantes del Matorral Alto



Los tupidos y variados matorrales altos del Moncayo ofrecen a la fauna unas condiciones de habitabilidad y de refugio que hacen que sea su comunidad ornítica una de las más ricas y densas de todas las estudiadas.

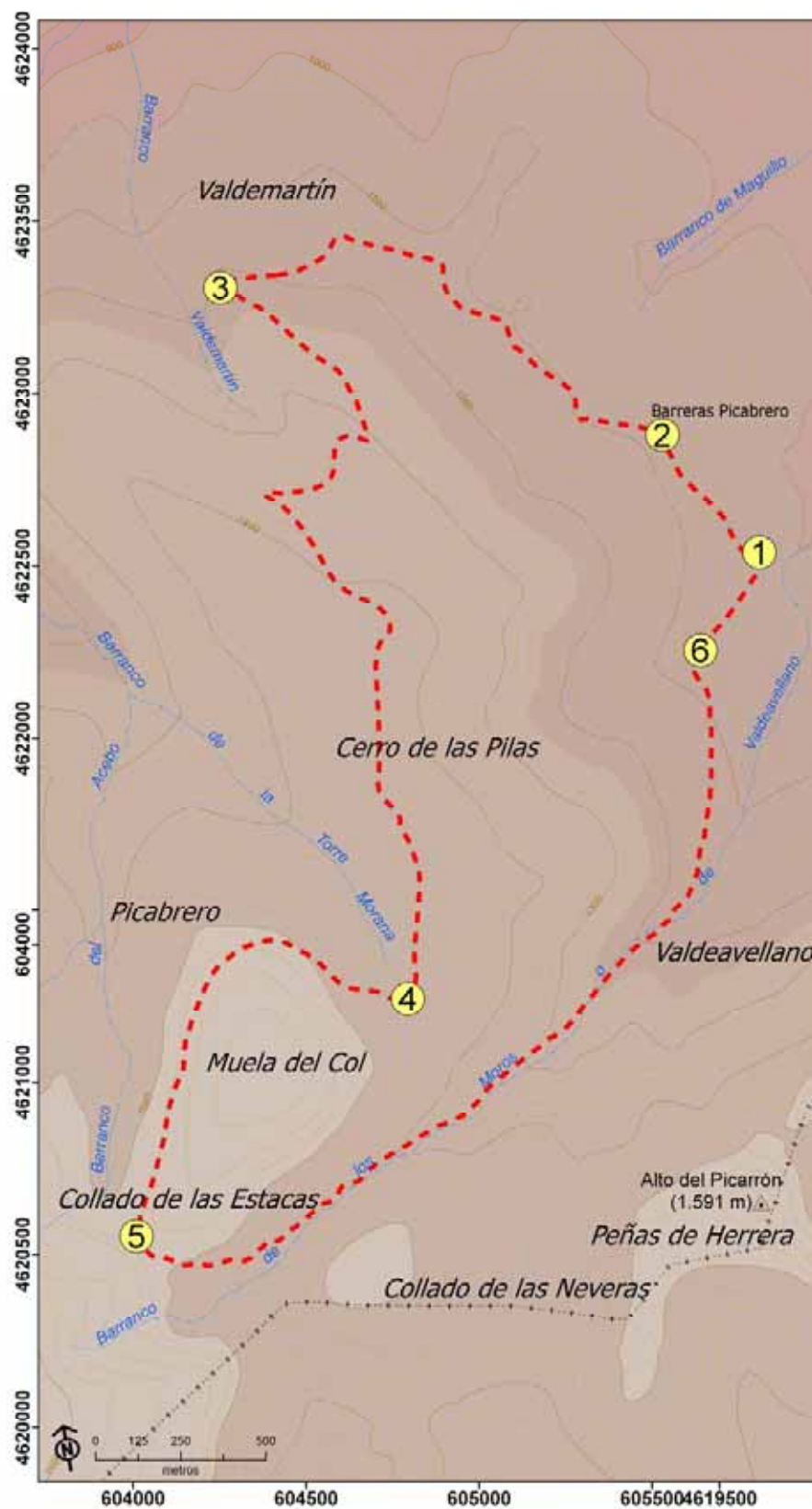
En la zona estudiada se presenta una densidad de 101,6 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 106,6 aves/km durante la época de nidificación. Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de ocho, y la suma de dominantes más influyentes es de 18 especies, con un total de especies de 36.

Las aves más características son el mito y el pardillo, con abundancias de 9,4 y 7,5 aves/km, el mosquitero papialbo, el petirrojo, el mirlo, la curruca carrasqueña, la curruca capirotada y el pinzón. Son las especies dominantes.

Como especies influyentes, además del verdecillo destacan el reyezuelo listado, la curruca cabecinegra, el verderón común, la paloma torcaz, la tórtola común, la totoavía, el carbonero común, el ruiseñor común y la curruca mirlona.

Además están presentes en este itinerario, con menor abundancia, cuco común, chochín, curruca rabilarga, escribano montesino, tarabilla común, zarcero común, chotacabras europeo, acentor común, perdiz roja, pico picapinos, gorrión chillón, triguero, abubilla, pito real, bisbita campestre, bisbita arbóreo, arrendajo común y escribano soteño.

En el invierno se reduce el número de especies presentes, con una dominancia alta por parte de pinzón vulgar y petirrojo, con abundancias de 13,8 y 10,0 aves/km respectivamente, muy por encima de las otras especies presentes, y que acumulan el 50% de los contactos.



Itinerario nº 10: Bosques de acebos y rocas calizas.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
9,4 km	1.030 m.s.n.m.	1.530 m.s.n.m.	500 m

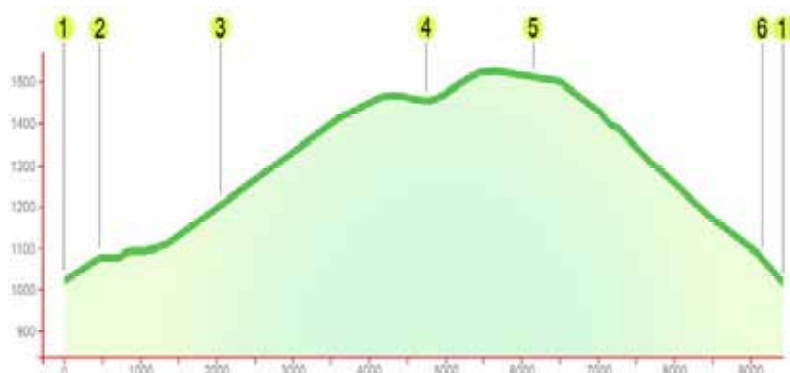
En Alcalá de Moncayo hay una Casa Rural llamada “Elma” por el nombre de sus dueños, Elena y Miguel Ángel. Ofrecen un trato familiar, desayunos y cenas caseras que invitan al descanso después de una jornada de montaña. La excursión a realizar supone algo más de esfuerzo debido al desnivel que salvamos, más si decidimos ampliarla una vez que hemos alcanzado el Collado de la Estaca, a pie del Morrón, y queremos ascenderlo.

Nos aproximamos en vehículo por la pista que ya conocimos en el recorrido del encinar de Valdeabeja, pasando por la paridera de Letosa, para, tras cruzar el Barranco de los Moros o de Valdeavellano, llegar al punto de partida de nuestra excursión, en una curva del camino (1).

Ya desde el inicio el camino se nos hace pendiente. Estamos ascendiendo el cerro de las Pilas. Una cadena impide el paso de vehículos no autorizados: estamos dentro del Parque Natural. Tras los primeros quinientos metros alcanzamos un pequeño collado con unos corrales derruidos a mano derecha (2).

La vegetación arbustiva presenta un matorral alto que servirá de refugio a una comunidad numerosa de passeriformes y otras aves. Desde la ladera de este cerro, la Cañada de la Mata desciende bruscamente entre la cabecera de los encinares para alcanzar, ya en el llano, el encinar de Valdeabeja. Más allá, los pueblos de Añón y Alcalá de Moncayo.

Enseguida cambia la vegetación y entramos en al acebar de la Moratilla, una masa continua y aclarada de acebos que, castigados por el ganado, crecen con formas caprichosas y hojas puntiagudas. La visibilidad es muy alta en este tipo de vegetación, que nos permite detectar fácilmente las especies que la habitan.





Cerro de las Pilas y Peñas de Herrera en invierno. (Foto MMF).

Cuando llevamos dos kilómetros de nuestro recorrido, en pleno acebar, llegamos a una marcada curva del camino (3), que nos da vista sobre el estrecho barranco de Morana. Ya ha recibido las aguas del de Horcajuelo y pronto se abrirá en un valle más ancho, a partir de la central eléctrica, visible desde este punto, en el fondo del valle.



El denso follaje perenne del acebo y sus rojizos frutos proporcionan a la fauna refugio y alimento en los meses fríos del año. (Foto MMF).

Con la misma pendiente nuestro camino gira para seguir ascendiendo hasta la parte superior del cerro de las Pilas. Es entonces cuando la montaña nos ofrece un tramo llano, descendente hasta una vaguada herbosa, en la que encontramos las ruinas casi desaparecidas de una vieja paridera (4).

A nuestra izquierda, el cerro desciende bruscamente hasta el fondo del barranco de Valdeavellano. Al otro lado se levantan las calizas Peñas de Herrera. Volarán buitres toda esta zona, así como el águila real, quizá el alimoche, cernícalos y otras rapaces. Con su característico vuelo ondulante, suenan las chovas piquirrojas.

Reanudamos nuestro camino. Tan solo nos queda rodear el cerro de la Estaca, en un recorrido de kilómetro y medio, para llegar al collado del mismo nombre (5).

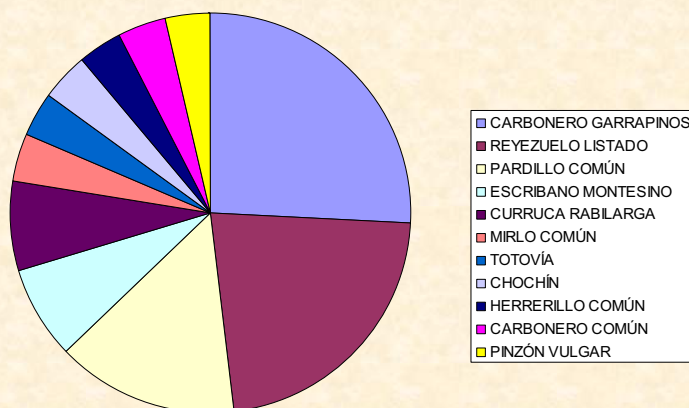
Los caminos que cruzan el Parque Natural del Moncayo se unen en este punto. Hacia el Oeste, la pista se dirige a Beratón y hacia la mitad norte del Parque. Al sur, otra pista abre camino hacia Purujosa y Calcena. Al este, la pista pasa por las Peñas de Herrera y llega, bajando la Tonda, hasta el pueblo de Talamantes.

Desde aquí también se contemplan las amplias zonas de pastos para el ganado, el corral y el manantial de Picabrero, en el fondo, la espectacular mole caliza del Morrón, padre de numerosos manantiales, la Muela de Horcajuelo y, más allá, Peña Lobera y el Moncayo.



Barranco de Valdeavellano o de los Moros. (Foto MMF).

Comunidad de aves invernantes del Acebar de la Moratilla



El acebar experimenta una gran variación en sus índices de abundancia del verano al invierno, pasando de una densidad de 63,6 aves/10 ha y 77,1 aves/km en verano a 34,7 aves/10 ha y 27,0 aves/km en invierno, prácticamente la mitad.

Esta gran variación se evidencia en el número de aves presentes, que pasa de alrededor de treinta especies nidificantes a apenas una docena de especies invernantes.

Así, en verano, se pueden observar como dominantes pardillo común, petirrojo, mirlo común, escribano montesino, acentor común, curruca cabecinegra y totovía.

Como especies influyentes, curruca carrasqueña, curruca mirlona, curruca rabilarga y curruca capirotada, reyezuelo sencillo, chochín, pinzón vulgar, bisbita campestre, mosquitero papialbo, verdecillo, alondra común, ruiseñor común y zarcero común, todas ellas con densidades similares que determinan índices de diversidad altos.

Están presentes, aunque con menor densidad, el cuco común, la paloma torcaz, el pito real, y pequeños pájaros como jilgueros, colirrojos tizones, verderones comunes, mosquiteros comunes y trigueros.

Esta comunidad rica en especies se empobrece durante la invernada, reduciendo el número de especies a unas pocas, como son carbonero garrapinos, reyezuelo listado, pardillo común, escribano montesino, curruca rabilarga y mirlo común como las más abundantes, con grandes diferencias en cuanto a la proporción de cada especie en la comunidad.

Menos abundantes, también están presentes totovía, chochín, carbonero común, herrerillo común y pinzón vulgar.



La totovía es el aláudido más forestal de todos y habita por igual bosques claros de pinos, rebollos o carrascas, matorrales de aliagas, brezos o erizones y pastizales de montaña.

Estamos en el collado de la Estaca, cruce de caminos, y éste es el punto de referencia para iniciar el regreso. A nuestra izquierda sale un camino descendente que busca el fondo del barranco de Valdeavellano. Tomamos la senda para descender por el fondo del barranco, con la pendiente que le marca el terreno, hasta un punto en el que el valle se abre y el camino gira a la izquierda para pasar por el manantial de Valdeavellano (6).



Un ejemplar de chova piquirroja posado en una roca. Se trata de un córvido típico de los roquedos de la montaña, donde aprovecha los agujeros para ubicar su nido. (Foto JMG).



Pájaro típico del matorral de montaña, el escribano montesino cría en laderas rocosas, instalando su nido en cavidades de las rocas o bajo un pequeño arbusto.

En los campos cercanos, la humedad generada por el manantial recrea una vegetación de juncuales y praderas y sus aguas alimentan las charcas y balsas situadas más abajo, que constituyen un oasis para la fauna que habita la zona próxima. A una corta distancia, descendiendo ya por una suave pendiente que traza la senda, entre carrascas, llegamos a nuestro punto de partida.



El pardillo común es una de las especies menos selectivas, ocupando todo tipo de hábitats, eriales, cultivos, matorrales, claros de bosque, a diferentes altitudes, desde el llano hasta los 2.000 metros de altitud.

aves del encinar



alcaudón
común



escribano
soteño



curruca
carrasqueña



cuco
común



curruca mirlona



chotacabras gris

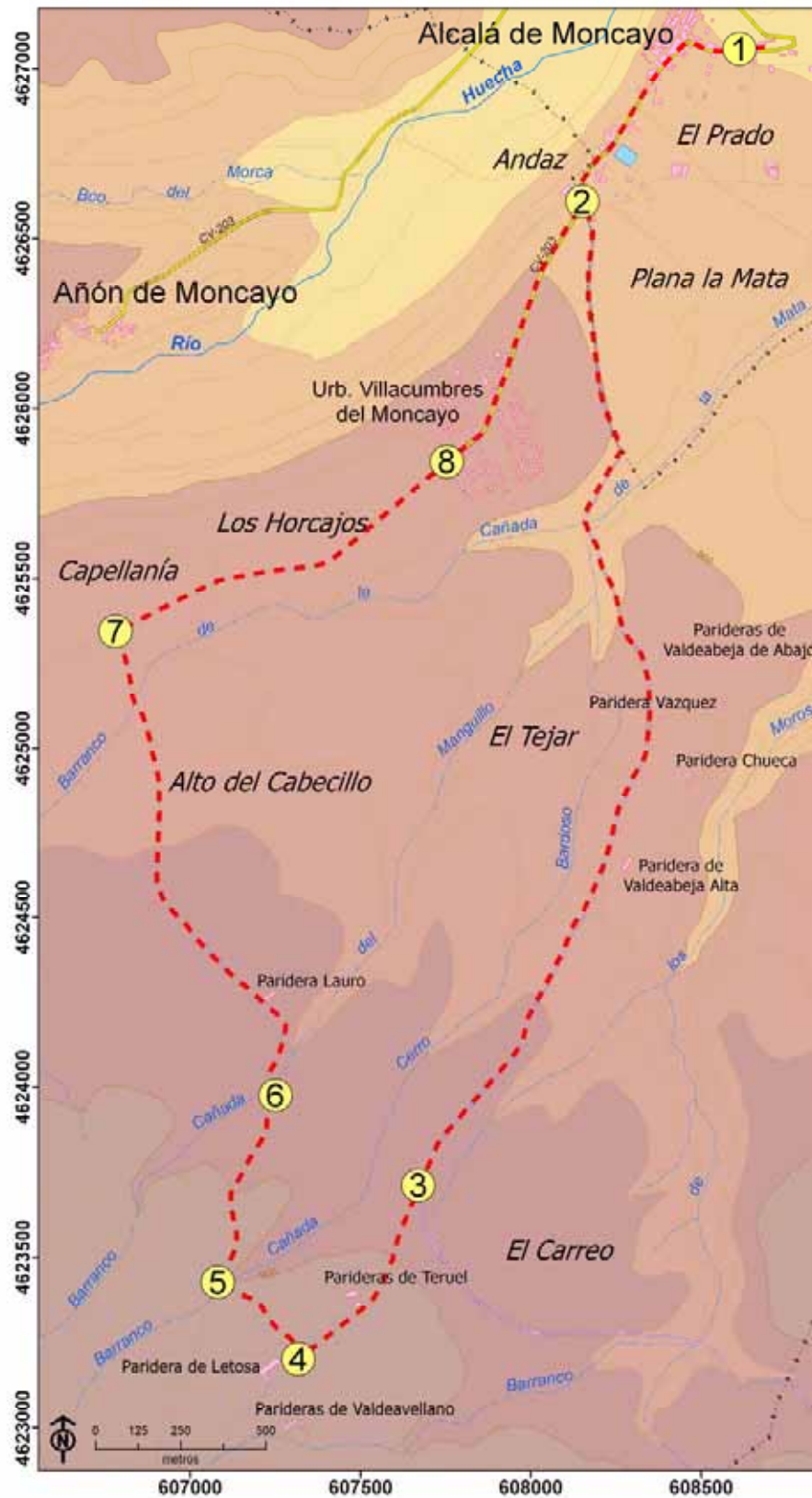


ruiseñor común



tórtola común





Itinerario nº 11: El encinar de Valdeabeja.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
9,8 km	695 m.s.n.m.	925 m.s.n.m.	230 m

Prácticamente todos los pueblos de la comarca son pequeños, tranquilos y acogedores, como lo son sus casas rurales. Hay para todos los gustos, incluso dentro de una misma vivienda. La Casa Rural Marcelino, en Alcalá de Moncayo, con tres plantas bien diferenciadas y capacidad hasta para diez personas, cuenta incluso con un salón de reuniones para grupos, y será nuestro punto de partida para conocer el entorno cercano.

Desde la entrada del pueblo (1), cruzamos su casco urbano por la calle principal en dirección sur, con casas de piedra a ambos lados y un antiguo lavadero al final de la calle. Un recorrido por Alcalá nos permitirá ver su arquitectura, sus fachadas, y adivinar los restos de su castillo. Entre sus muros de roca se refugian los colirrojos tizones y sobre sus piedras, con suerte, veremos la silueta de algún roquero.

Al final del pueblo, ya a las afueras, pasados 150 metros de un gran aljibe vallado y una pista a la izquierda, llegamos a un cruce triple (2): una pista de tierra sale a la derecha hacia el valle el Huecha, el camino asfaltado sirve de acceso a la Urbanización Villacumbres del Moncayo y otra pista de tierra, a mano izquierda, es la que tomamos para recorrer el encinar de Valdeabeja.

La pista bordea una masa de encinas y desciende en una pronunciada pendiente hasta el fondo de un barranco confluencia de varias cañadas, para ascender un tramo pendiente encementado, atravesando en este punto una de las zonas del encinar más húmeda y frondosa, incluso con algunos robles.

De nuevo salimos del encinar para recorrer una zona de campos de cultivo y espacios abiertos. Pasamos al lado de la balsa de Valdeabeja Baja y, al poco, junto a una paridera, por la balsa de Valdeabeja Alta.





Campos de cultivo intercalados en el encinar. (Foto MMF).

Son puntos de abrevada que usarán los pájaros del encinar, especialmente cuando los barrancos secos no conserven ningún charco de agua desde las últimas lluvias. Los pardillos se aproximan hasta la orilla, mientras algunas golondrinas sobrevuelan la lámina de agua.

En el barranco se oyen oropéndolas en verano, mientras que la proximidad de la Urbanización nos trae el sonido de la tórtola turca. También el balsete tiene un inquilino desconocido hace unos años, un pez, el carpín, aunque en este caso introducido directamente por el hombre.



La tórtola turca, especie habituada al medio humano, se ve en pueblos, parques, ciudades y urbanizaciones. (Foto JRMR).



Balsa baja de Valdeabeja, al igual que otras cercanas al encinar, un oasis para la avifauna de la zona. (Foto MMF).

Continúa nuestro camino por el borde del encinar, con campos abandonados, fajas de cultivos y fajas de encinas, castigadas en otro tiempo por la mano del hombre, con orla de arbustos espinosos que usarán los alcaudones para fijar allí su despensa.

Un cruce de caminos (3) nos indica que la pista de la izquierda nos conduce a Talamantes y de frente, al final de las encinas, a un amplio prado con vacas y una construcción agrícola. Junto al camino, atravesada por el vallado, una pequeña balsa cubierta por las aneas dará de beber al ganado y a la fauna de los alrededores.



Pareja de abejarucos en las proximidades del nido. (Foto MMF).



Especie estival en la zona, el menor de los alcaudones es el dorsirrojo, que tiene en esta zona uno de los límites más al sur de toda Europa. Realiza una migración en lazo, marchando al sur de África por diferente camino que el de vuelta.

Pasada esa primera edificación y una nueva masa de encinas a nuestra derecha, nos dirigimos hacia una gran edificación, la paridera de Letosa, y, 50 metros antes de llegar a la misma, un camino que parte a la derecha (4) nos conduce al interior del encinar.

Tras poco más de 300 metros un nuevo cruce en el barranco (5) nos hace girar a la derecha para tomar la dirección norte y atravesar el bosque.

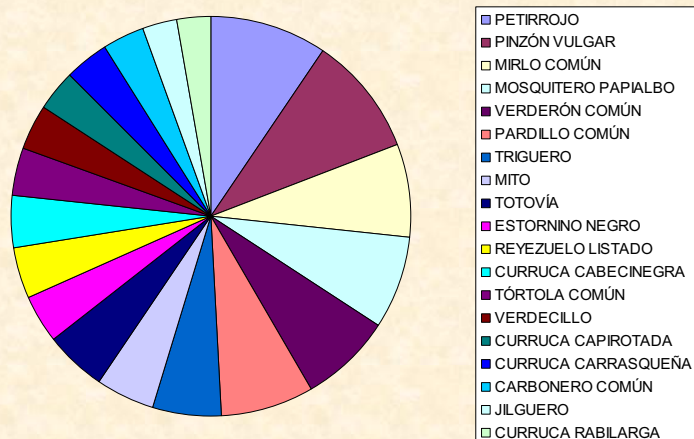
Caminamos entre encinas hasta que la vista se abre a una amplia cañada con campos de cultivo. Una nueva bifurcación (6) nos conduce por el ramal de la izquierda al fondo del barranco para ascender de nuevo junto a una nave y encaminar nuestros pasos ahora hacia el noroeste.

Sin dejar el camino, entre campos de cultivo y retazos de carrascal, llegamos a la pista principal de regreso al pueblo (7), que discurre, amplia y recta, hasta la urbanización de chalés (8). Cruzamos por las calles asfaltadas y atravesamos el conjunto para regresar al pueblo de Alcalá de Moncayo y a nuestro punto de partida.



Como su nombre indica, la curruca carrasqueña es la más característica de los encinares y carrascales, aunque también se puede ver esta especie en pinares de carrasco con matorral.

Comunidad de aves nidificantes del Encinar de Valdeabeja



En los estudios realizados, el encinar de Valdeabeja presenta una densidad de 84,9 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 92,9 aves/km durante la época de nidificación. Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de seis, y la suma de dominantes más influyentes es de 19 especies.

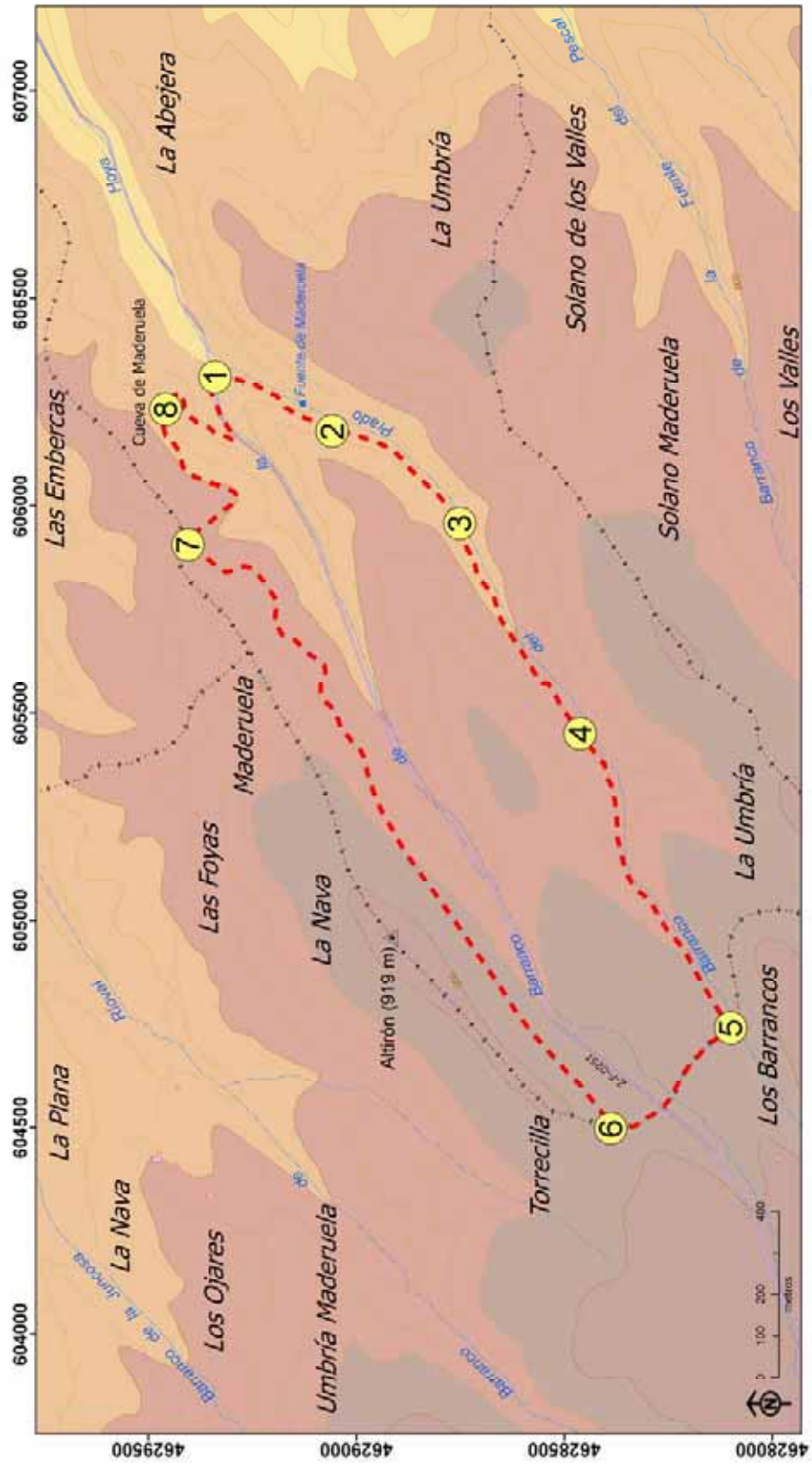
Las aves más abundantes, representadas en el gráfico, son petirrojo con una abundancia de 7,4 aves/km, pinzón vulgar, mirlo, mosquitero papialbo, verderón común, pardillo común, triguero, mito, totovía, reyezuelo listado, curruca cabecinegra, tórtola común y verdecillo.

Destaca la presencia de trigueros, pardillos, totovías y jilgueros, propias de espacios abiertos, que delatan una peor conservación del estrato arbustivo que en otros encinares de la zona, con menos espesura y amplias zonas abiertas, así como de estorninos, vencejos y golondrinas, que pueden tener sus nidos en la Urbanización o en el pueblo.

El carbonero común y el herrerillo se encuentran muy poco representados en este encinar, tal vez por carecer de agujeros y espesura suficientes para nidificar.

También se han visto, aunque con menor abundancia, ruiseñor común, cuco, curruca mirlona, chotacabras gris, paloma torcaz, tórtola común, arrendajo común, zorzal común, zorzal charlo, alondra común, oropéndola, escribano montesino y alcaudón dorsirrojo.

Los índices de abundancia obtenidos son mayores para la época de reproducción que en el caso del encinar de Maderuela, tal vez por las condiciones de mayor visibilidad o por la presencia de aves propias de espacios más abiertos, con una menor abundancia relativa de aves propias de ambientes forestales.



Itinerario nº 12: El encinar de Maderuela.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
5,2 km	730 m.s.n.m.	985 m.s.n.m.	255 m

Las tierras del Moncayo están llenas de topónimos preciosos. Uno de ellos es Maderuela, un encinar, y otro Oruña, un antiguo poblado celtibero. La Casa Rural Oruña, en Vera de Moncayo, será nuestro punto de partida para el siguiente recorrido.

Nos dirigimos al encinar de Maderuela, declarado Lugar de Interés Comunitario (LIC) por sus valores naturales, su estado de conservación y la fauna que alberga.

Al final del pueblo de Vera de Moncayo la carretera conduce hasta el Monasterio de Veruela y, pasado éste, la carretera se desvía en el cruce en dirección a Agramonte. A la izquierda, otra carretera conduce a Alcalá y Añón. A nuestra derecha, camino de Trasmoz, sobresale el cabezo de la Oruña, asomado a la Valluenga.

A dos kilómetros y medio del cruce, ya en pleno encinar, un ensanchamiento a la izquierda, junto a unos pinos silvestres, nos permite dejar el vehículo para comenzar el itinerario a pie por la pista que arranca en este punto (1).

Entramos en el barranco del Prado, con algunas masas de chopos, hasta llegar a la fuente de Maderuela y, un poco más adelante, a una edificación y unas grandes encinas (2).

El camino, amplio en el primer tramo, discurre por un espeso encinar de sotobosque bien conservado. Las aves encuentran aquí multitud de refugios y escondites, huecos en los árboles y maraña de arbustos donde esconder sus nidos. Se escuchan petirrojos, pinzones, mirlos y currucas de varias especies.





Vista general del tupido encinar de Maderuela. (Foto MMF).

Unos 400 metros más adelante del refugio llegamos a una bifurcación en el camino (3). El ramal de la izquierda cruza el barranco para ascender por la otra orilla, adentrarse en la espesura y perderse al cabo de un trecho, mientras que el ramal de la derecha nos conduce, de frente, por un sendero algo más pedregoso que el ya recorrido. El en fondo se esconden los corzos.



El busardo ratonero es la rapaz que ocupa una mayor variedad de ambientes, fácil de ver, tanto posado en los postes de tendidos eléctricos en áreas de cultivo y espacios abiertos como volando sobre áreas boscosas. (Foto JRMR).

En algunos rodales las encinas conservan un porte algo mayor, aunque, como muchos encinares, fue castigado desde siglos para la extracción de leña y carbón vegetal. 600 metros más y llegamos a otra bifurcación similar a la anterior y en la que también tomamos el ramal de la derecha (4).

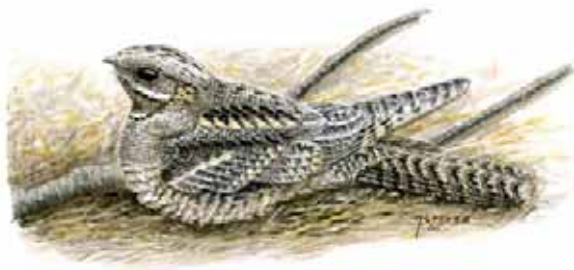
El ambiente es fresco en el fondo del barranco, con majuelos, serbales y madreselvas, y, entre las encinas, aparecen algunos quejigos. En la zona nidifican diferentes especies de rapaces, como el águila culebrera o el gavián común, que aprovechan los árboles más grandes o las zonas de mayor espesura.

El buen estado de conservación de esta masa vegetal hace que nidifiquen en ella muchas especies de espesura, y podemos observar petirrojos, mítos, herrerillos, carboneros, chochines, ruiñes, zorzales comunes, mirlos, zarcos, mosquiteros comunes y papialbos, reyezuelos sencillos, agateadores y currucas capirotadas, carrasqueñas, cabecinegras y mosquiteras en época de nidificación. Permite este bosque mejor conservado que también habite el pico picapinos o el arrendajo y se refugia en él el chotacabras europeo, relativamente fácil de observar.

El camino continúa, más cerrado y herboso, hasta el final del bosque (5). Aquí se cruza con un camino perpendicular que, tomándolo a la derecha, nos conduce a la carretera. Cruzándola, a una corta distancia, un camino a mano derecha se introduce de nuevo en el encinar (6).



En buen estado de conservación, este bosque de encinas ha sido declarado Lugar de Importancia Comunitaria (LIC) y da cobijo a una comunidad de aves bien estructurada. (Foto MMF).



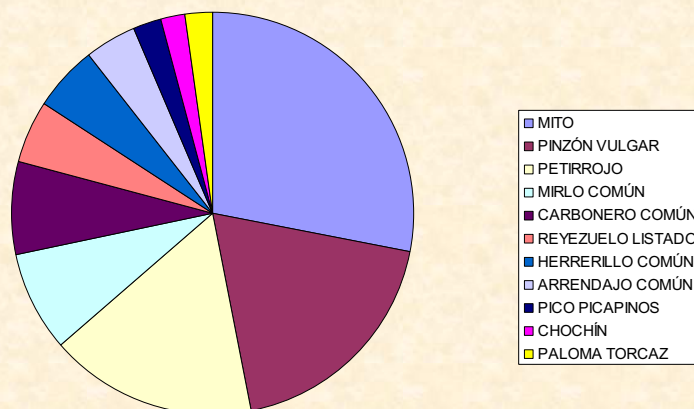
El chotacabras europeo ocupa hábitats más frescos que el pardo, quedando restringido a los bosques de pinos, hayas y rebollos de la propia sierra del Moncayo y a los carrascales de su somontano.

Tomamos ahora el sentido de regreso a nuestro punto de partida, por una ladera en solana que nos revela un ambiente más seco que el barranco recorrido. A lo largo de este tramo se observa toda la extensión y la espesura de este encinar. En una pronunciada curva del camino nos cruzamos con un cortafuegos que baja del monte y desciende hacia la carretera (7).



El Cuco común parasita a diferentes especies de pájaros insectívoros. Los huevos de cada hembra se mimetizan con los de la especie elegida y una misma hembra de cuco parece especializarse en parasitar a la misma especie de pájaro. El huésped puede reconocer el huevo extraño y abandonarlo o incubarlo hasta la eclosión y alimentar al pollo.

Comunidad de aves invernantes del Encinar de Maderuela



A partir de los recorridos realizados en el encinar de Maderuela, éste presenta una densidad de 80,8 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 83,4 aves/km durante la época de nidificación, valores similares a otros encinares, como el de Valdeabeja. Sin embargo, en invierno, con la desaparición de especies estivales, estos valores bajan a una densidad de 70,7 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 51,5 aves/km respectivamente. Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de cinco, y la suma de dominantes más influyentes es tan solo de 11 especies.

Las aves invernantes más abundantes, representadas en el gráfico, son mito con una abundancia de 13,6 aves/km, pinzón vulgar con 9,1 aves/km y el petirrojo, con 8,1 aves/km, que, en general, han incrementado sus densidades al descender sus poblaciones de altitudes más elevadas al llegar los primeros fríos.

También son comunes mirlo, carbonero común y reyezuelo listado como especies dominantes, y herrerillo común, arrendajo común, pico picapinos, chichín o curruca cabecinegra. El zorzal charlo y la paloma torcaz aumentan sus poblaciones en el invierno. Aparecen algunas especies que crían, generalmente, a mayor altitud, como el acentor común o el trepador azul.

Ha quedado, por tanto, vacío el bosque de algunas aves que lo caracterizaban durante el verano, como el mosquitero papialbo, especie dominante en la época estival, así como otras especies que ya han realizado su vuelo migratorio a tierras africanas, como la tórtola común, el cuco común, el chotacabras europeo, el zarcero común, la curruca carrasqueña, la curruca mosquitera o el ruiseñor común.



La paloma torcaz, nidificante en diferentes bosques, en encinares y pinares sobre todo, aumenta su población durante el invierno con los ejemplares que llegan del norte.

Se adapta nuestro andar a las curvas que marca la orografía para llegar, tras una gran curva, a la Cueva de Maderuela (8), junto a una parcela privada con una pequeña construcción, de la que parte la pista que desciende a la carretera y nos devuelve al punto de salida.



En cambio, la tórtola europea, ave de presencia estival, emigra a África durante el invierno, y vuelve, ya tarde, para criar en la zona.

aves del robledal



mosquitero
papialbo



mirlo
común



mito



herrerillo
común



paloma
torcaz



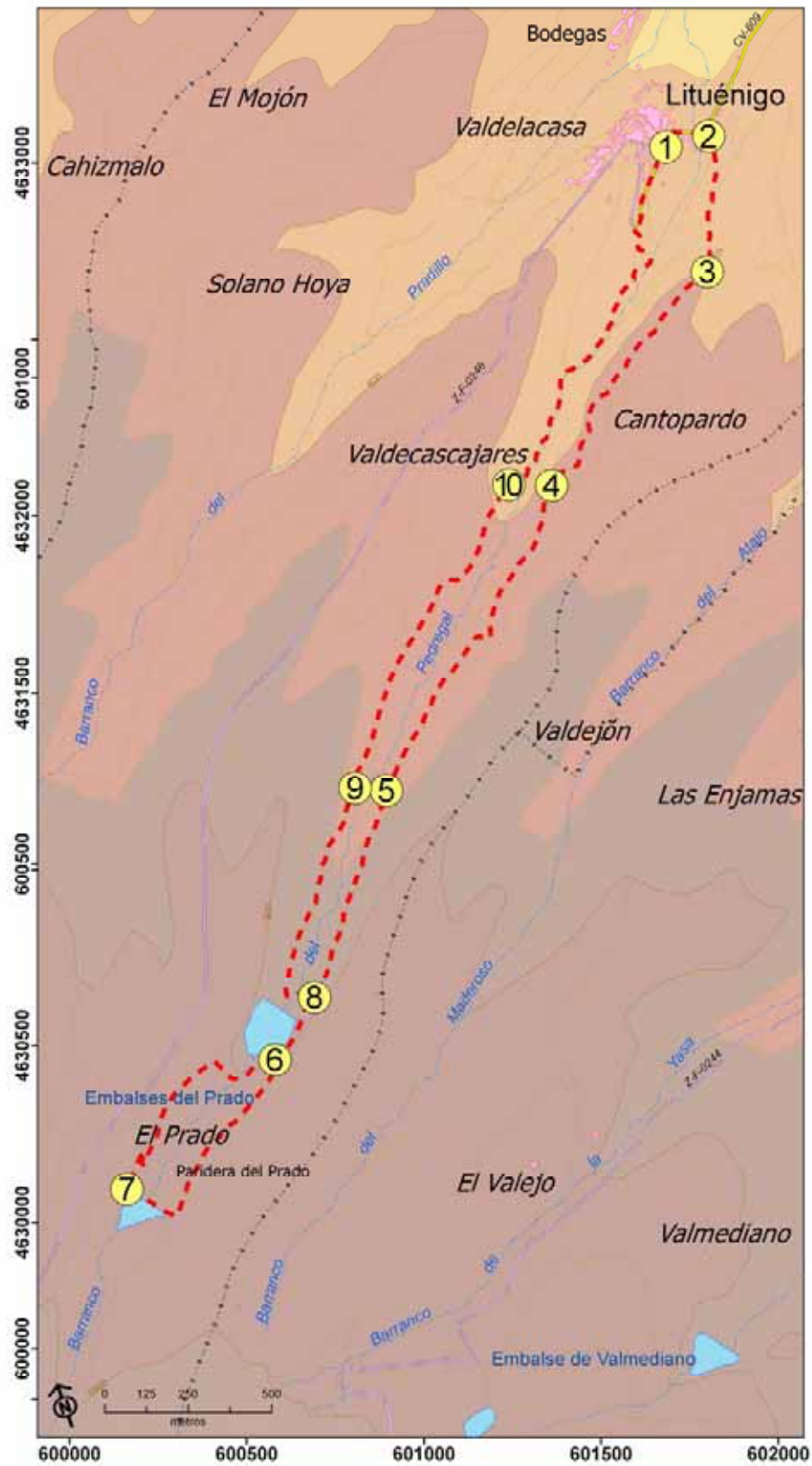
curruca
mosquitera



chochín



arrendajo
común



Itinerario nº 13: Lituénigo: huertas, encinas y robles.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
8,2 km	750 m.s.n.m.	950 m.s.n.m.	200 m

En Aragón, a la encina se le llama carrasca. La carrasca ha sido el sufrido árbol que ha proporcionado al hombre madera para sus aperos y leña para sus hogares, carbón vegetal, bellotas y sombra bajo la que protegerse, agestar el ganado o reunirse con los demás.

Hay en Lituénigo una carrasca monumental a las afueras del pueblo que da nombre a la Casa Rural “La Carrasca”. Distribuida en dos plantas, se alquila la casa completa y acoge grupos de hasta seis personas. Será nuestro lugar de descanso y nuestro punto de partida (1).

Saliendo de la Casa Rural en dirección noreste, la carretera gira para cruzar el barranco y acercarse a unas pocas casas del pueblo que quedan en la margen derecha del mismo. Desde aquí, junto a unos carteles informativos, en una calle encementada que se dirige a lo alto de la loma, una señal numerada indica a “las planillas” (2).

Pasamos debajo de una línea eléctrica con sus cables llenos de estorninos. La vegetación de zarzas, aliagas y lastón va a dar paso a una masa de encinas que rodearemos durante parte de nuestro recorrido. Caminamos por una pista de tierra hasta llegar, al cabo de 400 metros, a un cruce señalado con el rótulo de “las planillas” (3). El camino que sale a nuestra izquierda da acceso a una zona de campos de cultivo, mientras que el que sigue de frente nos permite proseguir rodeando un encinar tupido y bien conservado.

Caminamos con el encinar a nuestra derecha y los campos de cultivo a nuestra izquierda, hasta llegar a una zona de matorral en la que el bosque se aclara. Muy cerca, una bifurcación está señalada con un poste que indica “la huecha”, para descender al barranco, y “los embalses” para continuar nuestro camino barranco arriba (4).





Embalse de Lituénigo, rodeado de bosque y al pie del Moncayo. (Foto MMF).

El camino prosigue ahora dentro del bosque, entre carrascas y jaras, ganando altura paulatinamente. Al cabo de un trecho, tras andar una curva muy marcada, desciende hacia el fondo del valle y alcanza una zona de campos yermos. El cauce del barranco está ocupado por una orla de arbustos, sauces, chopos, encinas y pinos que ofrecen posadero a los pájaros del valle. Más adelante, en una amplia curva, un cruce de caminos permite cruzar al otro lado del barranco para regresar hacia el pueblo o, como marca nuestro itinerario, seguir hacia la parte alta del valle (5). El encinar muestra, a partir de ahora, un sotobosque de gayuba y brezo.



Adaptado a vivir al lado del hombre, el estornino negro ocupa tejados y construcciones en las que hacer su nido con relleno de hierbas finas en el que pondrá 5 ó 6 huevos de color azul pálido. (Foto JRMR).

A algo más de medio kilómetro se encuentra el embalse bajo de Lituénigo o embalse del Prado. Un ramal baja a la base de la presa, mientras que la pista principal continúa, por su orilla derecha (8).

Hemos ganado en altitud y cambia la vegetación de la zona, apareciendo ahora robles marojos o melojos. Un cruce une una pista nueva que baja del monte con nuestro camino, que seguimos, a mano derecha, hacia la cola del embalse (6).

Cruzan ahora nuestros pasos al otro lado del barranco, en su margen izquierda, para ascender hasta el embalse alto. Esta ladera, solana, es más seca que la opuesta, por su orientación sur. Al llegar a la base de la presa, el camino traza un zigzag muy cerrado, dejando a la derecha una pista que sale a la carretera, para alcanzar, en pocos metros, el embalse (7).

La presa de tierra, marcada por un camino que conduce al sobrado, nos permite cruzar al otro lado, a la vez que vemos la lámina de agua y el paisaje montañoso al fondo. Cruzando con cuidado, al otro lado del sobrado, nuestros pasos alcanzan, entre zarzas y jaras, una pista de nuevo trazado que, a la izquierda, comienza el descenso y la vuelta hacia Lituénigo.



*Encina o carrasca mostrando el contraste entre hojas viejas y nuevas.
(Foto MMF).*

Entre pinos silvestres jóvenes, marojos, encinas, brezos y jaras, esta pista pedregosa recibe un ramal a su derecha y desciende, rápidamente, hasta el cruce de pistas en el embalse bajo y, hasta su presa (8). Aquí, un camino secundario baja a la base del muro e inicia, por una trocha poco marcada y cerrada por la vegetación natural, el regreso por el fondo del valle.

En pocos minutos, el camino nos lleva a una gruesa encina junto a una curva del camino (9). Unas piedras, colocadas unas sobre otras, ofrecen asiento por unos minutos. La pista que desciende el valle por su margen izquierda.



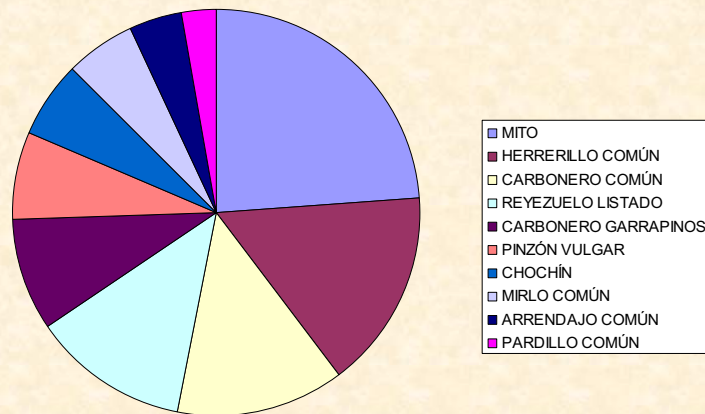
El arrendajo común, de la familia de los córvidos, busca bellotas entre las hojas y la nieve y las oculta en el suelo y en los árboles para poder disponer de reservas de alimento en la época invernal.

En un cruce situado más abajo, un camino se pierde a nuestra izquierda, ascendiendo hacia el monte. Seguiremos a partir de ahora el camino que regresa al pueblo por el fondo del valle, entre campos de cultivo y huertas, dejando siempre los caminos que salen hacia el monte. Ya cerca de Lituénigo, la pista pasa por una cancha de deporte y se acerca al área de recreo de la fuente de "los ancebillos". Una curva dirige nuestros pasos, al lado de una nave agrícola, hasta una curva de la carretera. Unos metros nos separan de nuestro punto de partida, en la casa rural "La Carrasca".



Los petirrojos realizan en la estación invernal desplazamientos de zonas frescas de montaña, donde han criado, a valles a una menor altitud, quedando los bosques de hayas y robles más vacíos de pájaros que en el verano.

Comunidad de aves invernantes del Robledal



El robledal de la Mata presenta una comunidad invernante compuesta por 14 especies de aves, con una densidad de 63,4 aves/10 ha y un IKA de 44,1 aves/km.

Se trata de valores netamente inferiores a los que se obtienen en este mismo robledal durante la época estival y algunas de las especies nidificantes, de presencia estival, han desaparecido.

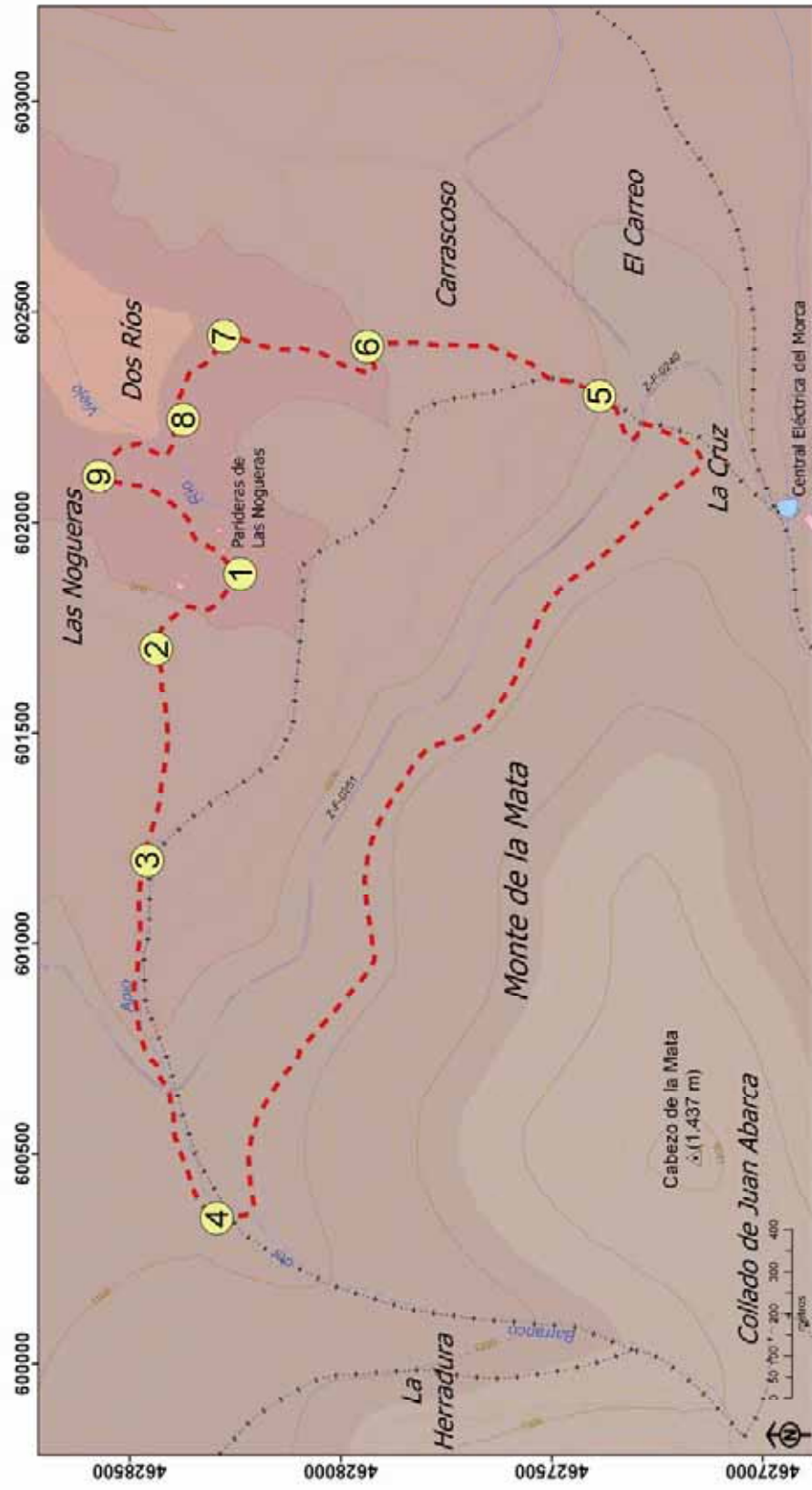
Otras especies, de carácter residente, realizan movimientos nomádicos, descendiendo en altitud y buscando refugio en bosque de hoja perenne que les ofrecen unas mejores condiciones de refugio y una mayor facilidad de obtención de alimento.

En el caso del itinerario de censo, la comunidad ornítica está compuesta por 19 especies de aves, con 7 especies dominantes: el mito con una abundancia de 9,5 aves/km, y el herrerillo común, con una abundancia de 6,3 aves/km, que suman el 36% de todos los contactos en el caso del itinerario de censo y el 43% en el caso del taxiado.

Son también especies dominantes del robledal el carbonero común, el reyezuelo listado, el carbonero garrapinos, el pinzón vulgar y el chochín.

Las especies influyentes son el mirlo, el arrendajo y el pardillo común. También se han visto, aunque con menor abundancia, petirrojo, trepador azul, mosquitero común, agateador común, jilguero, lavandera blanca, zorzal charlo, curruca capirotada y perdiz roja.

Se pueden ver algunas rapaces con mayor o menor carácter forestal, como el busardo ratonero y el gavilán común.



Itinerario nº 14: Por el robledal de la Mata.

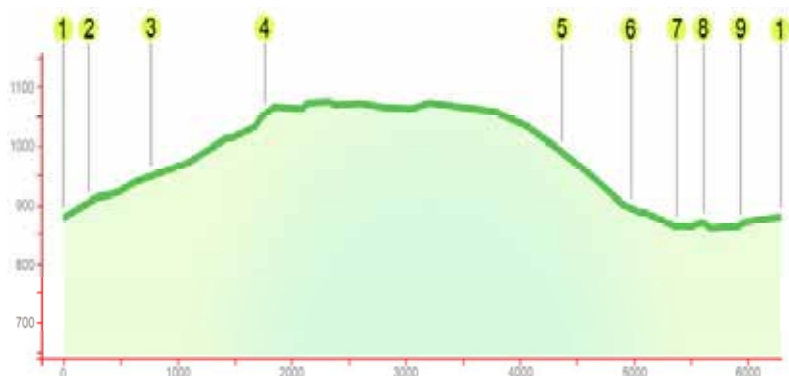
Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
6,3 km	855 m.s.n.m.	1.075 m.s.n.m.	220 m

La Casa Rural Alicia está situada en el centro del pueblo de Litago. Tiene aire natural. Sus habitaciones gozan de nombre sugerente, como espliego, tomillo, romero o acebo, plantas que vamos a observar en nuestras excursiones a la Naturaleza. Salimos de Litago por la calle del Tiro de Bola, paralela a una hilera de chopos y a las huertas del pueblo, para tomar el llamado Camino de la Mata, en dirección suroeste.

A 200 metros de las últimas casas, un ramal a la izquierda cruza el barranco. Lo dejamos y seguimos de frente unos metros para dejar, en una nueva bifurcación, la pista de la derecha, que conduce al embalse de Litago, y tomar la de la izquierda, que, tras una bifurcación a la derecha y en menos de dos kilómetros, nos conduce a los corrales de las Nogueras, en la cabecera del barranco de Río Viejo.

Iniciamos junto a estos corrales nuestro recorrido a pie (1), para tomar la pista ascendente, en dirección norte, que discurre paralela al límite del bosque. Tras un tramo de 300 metros, nos cruzamos con la pista principal (2), punto en el que, a mano izquierda, nos adentramos en un bosque de quejigos, pinos y jaras. Atrás quedan los campos de cultivo, barbechos y yermos, y las zonas de matorral bajo.

Ascendemos paulatinamente por la pista principal dejando algún ramal secundario de caminos que se adentran en el bosque. El pinar se hace más tupido y, al poco, da paso al robledal. Hay enebro, gayuba y brezo, que forman un sotobosque rico y tupido. Pasamos al lado de un pequeño embalse de paredes de tierra y, más adelante, en una bifurcación muy marcada (3), tomamos el carril derecho, recto y ascendente, hasta llegar, junto a unos fresnos, a salir a la carretera.





Cabezo de la Mata, cubierto por un espeso bosque de robles. (Foto MMF).

El camino continúa inmediatamente al otro lado de la carretera, adentrándose en el bosque de robles, por un camino empinado, a la sombra de los árboles, que, pasados 300 metros, presenta una bifurcación a la izquierda que hay que tomar (4). Describe entonces una curva y, tras cruzar las aguas del barranco y a poco más de cien metros, tomamos de nuevo el camino de la izquierda.

A partir de este punto, y en los siguientes dos kilómetros y medio, el camino mantiene la misma altitud, discurriendo primero por un tramo de robledal fresco y tupido, en el que se diferencian los pies de roble albar de los que son de marojo con tan solo observar sus hojas, y aparecen helechos, y pies entremezclados de abedules y hayas.



Hojas de roble albar, con el margen hendido en lóbulos, que caerán cuando llegue el otoño, dejando desnudo el árbol. (Foto MMF).



Macho adulto de escribano hortelano. (Foto FVP).

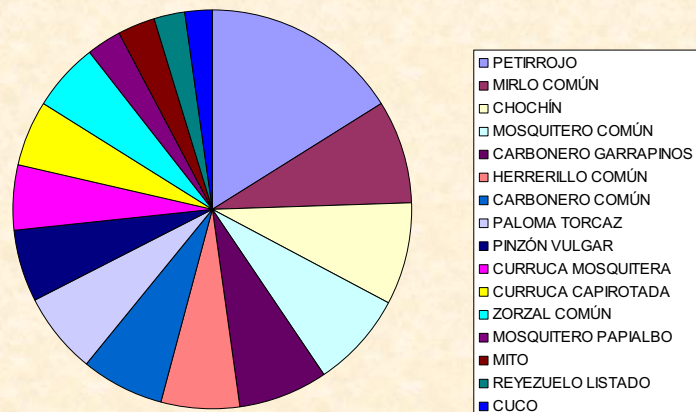
A mitad de este tramo llano aparecen fajas de podas a matarrasa, el ambiente cambia, se hace más seco y luminoso y el paisaje se abre hacia los valles que, a la izquierda, quedan a nuestros pies. Una marcada curva a la izquierda nos devuelve a la carretera.

Cruzando al otro lado encaminamos nuestros pasos por una pista pedregosa y con notable pendiente. Aquí, en los primeros metros, salen varios ramales a nuestra izquierda que se adentran en el bosque, pero tomamos, en todos los casos, el camino recto, descendente que nos conduce, de nuevo, al fondo del valle (5).



El tronco de estos robles, de corteza grisácea, se resquebraja en los ejemplares más viejos. (Foto MMF).

Comunidad de aves nidificantes del Robledal



El robledal alberga durante el verano una comunidad de aves nidificantes que presenta una densidad de 81,8 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 65,9 aves/km. Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de nueve, y la suma de dominantes más influyentes es de 16 especies.

El ave más abundante es el petirrojo, con una abundancia de 9,5 aves/km, muy por encima de otras aves dominantes como son mirlo, chochín, mosquitero común, carbonero garrapinos, herrerillo común, carbonero común, pinzón vulgar o paloma torcaz.

Son comunes otras especies como las curruca capiotada y mosquitera, el zorzal común, el mosquitero papialbo, el mito, el reyezuelo sencillo, y, a cierta altura, empieza a aparecer, con cierta frecuencia, el acentor común o el cuco común.

También están presentes otras aves, aunque con una menor presencia, como pito real, pico picapinos, oropéndola, arrendajo, agateador común, curruca carrasqueña y picogordo.

La presencia de algunas especies forestales como el herrerillo, el carbonero, el mirlo, los mosquiteros, el pinzón o la paloma torcaz, detectadas durante los itinerarios de censo, parece apuntar a una mejor conservación de este robledal que otros de la comarca.

En este robledal, se pueden observar algunas rapaces forestales características, como el gavián común, el halcón abejero, el busardo ratonero o la aguililla calzada.



De plumaje muy poco llamativo, la curruca mosquitera, migrante transahariana es la que sube a mayor altitud y ocupa ambientes más frescos, tanto en bosques de ribera como en hayedos y en robledales.

Hemos bajado un tramo pronunciado de unos 750 metros en el que la vegetación pasa del bosque al matorral alto, y de éste al matorral bajo, para llegar a un cruce con una pista (6) que, tomando el desvío a la izquierda y tras una marcada curva a la derecha, nos lleva por los primeros campos, cabecera de este barranco, al fondo del valle.

A nuestra izquierda queda un cabezo de perfil suave y con matorral bajo que hemos de rodear por su base. Para ello, y antes de llegar a los primeros chopos, tomamos un camino (7) que atraviesa los campos y la base de este monte hasta llegar al barranco de la Nevera o de Río Viejo.



También estival y migrador transahariano, el mosquitero papialbo está presente en bosques de encinas, robles y pinos por encima de los 600 metros.

Nada más cruzar estos campos (8), a nuestro lado discurre una acequia y se adivina el muro de tierra de un pequeño embalse que retiene agua de la cercana fuente del Espino. En su fondo crecen las aneas, allí donde siempre hay agua. Atravesamos el barranco para situarnos en su margen izquierda y, desde aquí, subir a la pista principal que nos regresará al pueblo (9), o cruzar hasta los corrales de las Nogueras, punto inicial de partida.



aves del hayedo



mosquitero
común



trepador
azul



pinzón
vulgar



reyezuelo
listado



petirrojo



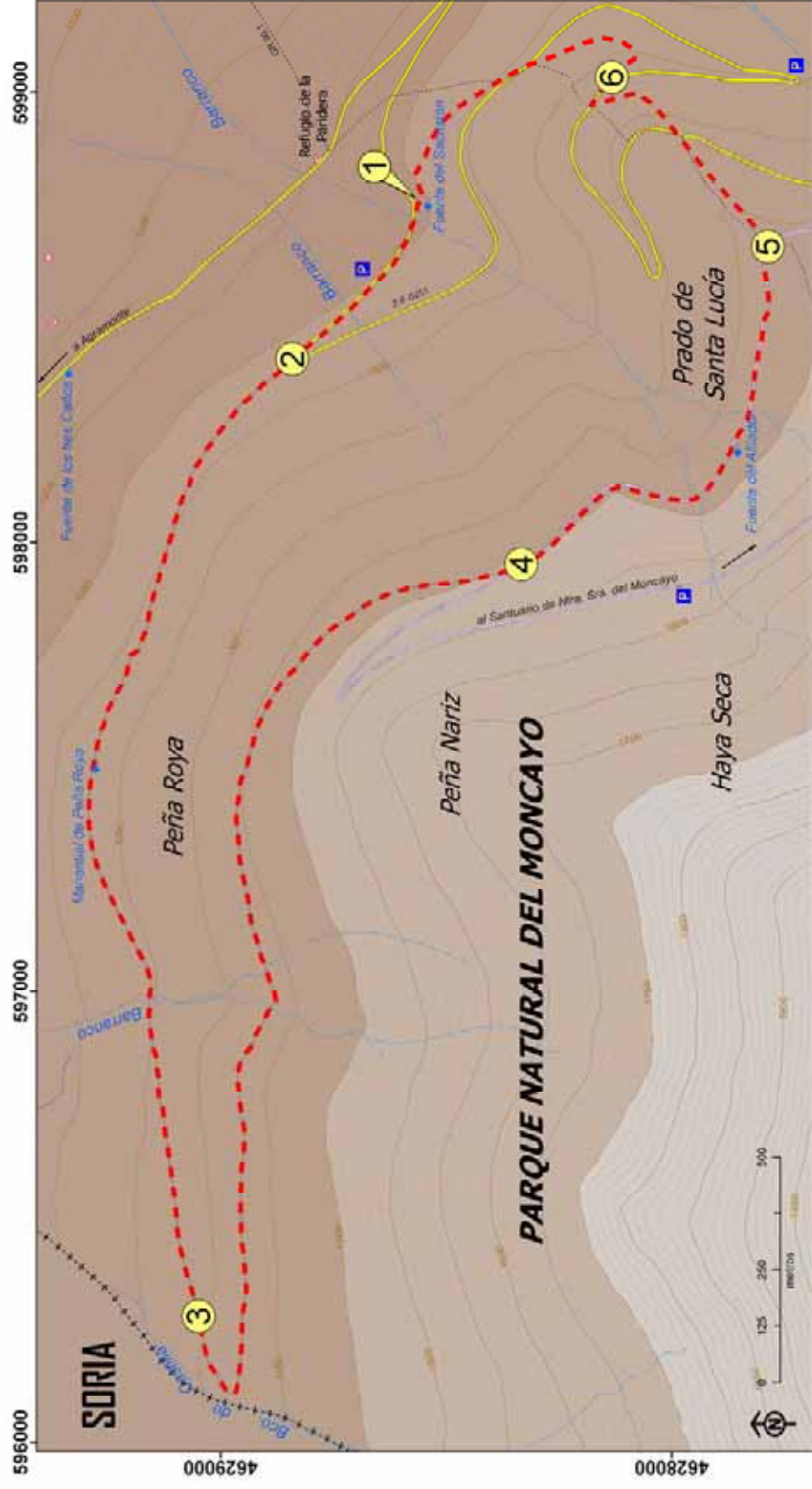
becada



cáрабо
común



abejero
europeo



Itinerario nº 15: El hayedo de Peña Roya.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
7,9 km	1.250 m.s.n.m.	1.500 m.s.n.m.	250 m

San Martín de la Virgen del Moncayo es el pueblo más cercano a Agramonte, tradicional entrada al Parque Natural y especial ubicación del Centro de Interpretación de Naturaleza. En San Martín, la Casa Rural Alforís, en la parte alta del pueblo, nos ofrece una cercana vista de la cara norte del Moncayo, de sus diferentes bosques, sus circos y la cumbre. En el otoño, el color cambiante de las hojas dibuja un mosaico de bosques entre los que destaca, sobre todo, el hayedo.

Salimos de nuestro lugar de descanso para llegar al Parque Natural y, desde Agramonte, ascender por la pista asfaltada que sube la falda del Moncayo. Al poco, aparece a nuestra derecha el área de la Fuente de la Teja, en pleno hayedo, y, en otro tramo de ascenso, también rodeada de hayas, a nuestra izquierda, la Fuente del Sacristán, que será nuestro punto de partida (1).

Iniciamos nuestro recorrido a pie por la pista asfaltada en dirección noroeste. Tras andar unos 400 metros, la pista gira para seguir ascendiendo. En esta curva, una pista forestal cerrada a vehículos se adentra en el bosque (2). Es el hayedo de Peña Roya, que ocupa toda una ladera orientada al norte desde este punto hasta el barranco de Castilla.

La pista, ancha y de poca pendiente, cómoda de caminar, discurre entre árboles, ofreciéndonos durante un largo trecho, una continua sombra. Las aves del bosque, más que ver, se oyen. Tan sólo algunos claros en medio de nuestro sendero permiten que llegue la luz hasta el suelo. El ambiente es sombrío y húmedo y la excursión tranquila. En esta zona los brezos acompañan a las hayas y los musgos ocupan parte del suelo.

Cuando llevamos dos kilómetros de pista, la presencia de agua, encharcando un tramo del camino, nos anuncia la presencia de la fuente de Peña Roya.





Imagen otoñal del hayedo de Peña Roya. (Foto MMF).

A los lados, el suelo del bosque, bajos las tupidas ramas de las hayas, nos muestra toda la hojarasca marrón. Este suelo rico en humus será el hábitat preferido de la becada. En los troncos de las hayas, subiendo o bajando por ellos, el trepador azul dejará tímidamente ver sus colores. Hay que agudizar la vista entre las sombras.

Un poco más adelante el bosque se aclara, la pista cruza con el sendero de subida al Collado de Castilla (3). Las hayas son de menor porte y el ambiente más soleado. Llegamos al barranco de Castilla y nuestro camino describe una pronunciada curva, cambia de sentido y asciende para recorrer un tramo elevado que permite, por encima de las copas de las hayas, observar el paisaje. Vemos San Martín, Lituénigo, Litago y otros pueblos de la zona.



Hojas de haya, con agallas y hayucos, aún verdes. (Foto MMF).



Fuente de alimento para algunos pájaros, un hormiguero en medio del bosque. (Foto MMF)

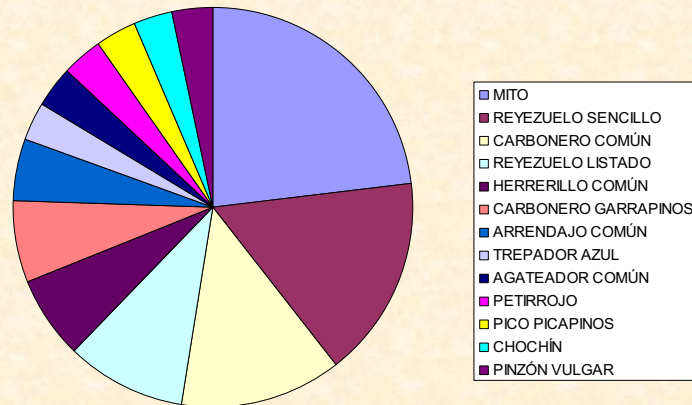
También nos permite este recorrido observar las aves que se posan en ramas más altas. Mitos y pinzones sobrevuelan las copas, mientras que carboneros y herrerillos se mueven por la espesura. Los dos reyezuelos comparten el bosque a esta altitud.

La pista vuelve a recorrer el hayedo, ahora a más altitud y hacia el este, hasta llegar a la pista principal de subida al Santuario en un cruce en el que nuestro camino también está cerrado a vehículos (4). Desde aquí, iniciamos el descenso hasta una zona de aparcamiento junto al Prado de Santa Lucía.



Los gruesos y tortuosos troncos de las hayas viejas ofrecen gran número de agujeros que aprovechan los pájaros del bosque para hacer sus nidos. (Foto MMF).

Comunidad de aves invernantes del Hayedo de Peña Roya



El Hayedo de Peña Roya muestra un buen grado de conservación que permite que la comunidad de aves sea también rica. Ofrece suficientes recursos tróficos para que se presente abundancia de aves en la época de nidificación. Sin embargo, el invierno, con las hayas desprovistas de sus hojas y un ambiente más inhóspito para los pájaros, cambia totalmente estos valores. Así, pasamos de una densidad de 87,1 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 76,3 aves/km durante la época de nidificación a una densidad de 33,5 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 24,8 aves/km durante el invierno.

Durante la época de reproducción eran el petirrojo y el pinzón las dos especies de aves más abundantes, pero durante el invierno, muchos ejemplares de estas especies descienden en altitud, dando paso a otras especies como dominantes. Es ahora cuando destacan, por encima de los demás, el mito, los dos reyezuelos, sencillo y listado, y tres páridos, el carbonero común, el carbonero garrapinos y el herrerillo común. Son éstas las seis especies dominantes en la comunidad invernante.

También relativamente abundantes serán las demás aves características de este bosque: arrendajo, trepador azul, agateador común, petirrojo, pico picapinos, chochín, pinzón vulgar y mirlo.

No veremos en invierno los mosquiteros ni las currucas propias de la época estival. Por otra parte, casi invisible, las becadas residentes pueden ver incrementada su población por las que puedan venir del norte a pasar la época fría.

Habrán marchado también el halcón abejero a su área de invernada en tierras africanas, pero rapaces como el ratonero, el gavilán, el azor, la aguililla calzada o, incluso, el águila real, podrán verse, con suerte, en este recorrido.



Camino llano y cómodo en el hayedo de Peña Roya. (Foto MMF).

El bosque ha cambiado. Hemos salido del hayedo para entrar en el pinar. El claro del bosque que forma este prado nos permite observar su comunidad de aves. Ahora llamarán nuestra atención carboneros garrapinos y piquituertos.

A pocos metros de esta prado, junto a la pista principal y descendiendo desde el Santuario, cruza un camino que tomamos, en sentido descendente, a nuestra izquierda (5). Enseguida pasamos al lado de un gran nevero.



En medio del bosque, una nevera o pozo de nieve. (Foto MMF).



El cárabo común es la rapaz nocturna más característica del Parque Natural del Moncayo. De carácter netamente forestal, está presente en bosques de frondosas, sobre todo en el hayedo, entre los 1.000 y los 1.500 metros de altitud, donde captura su dieta de ratones, topillos y otras presas.

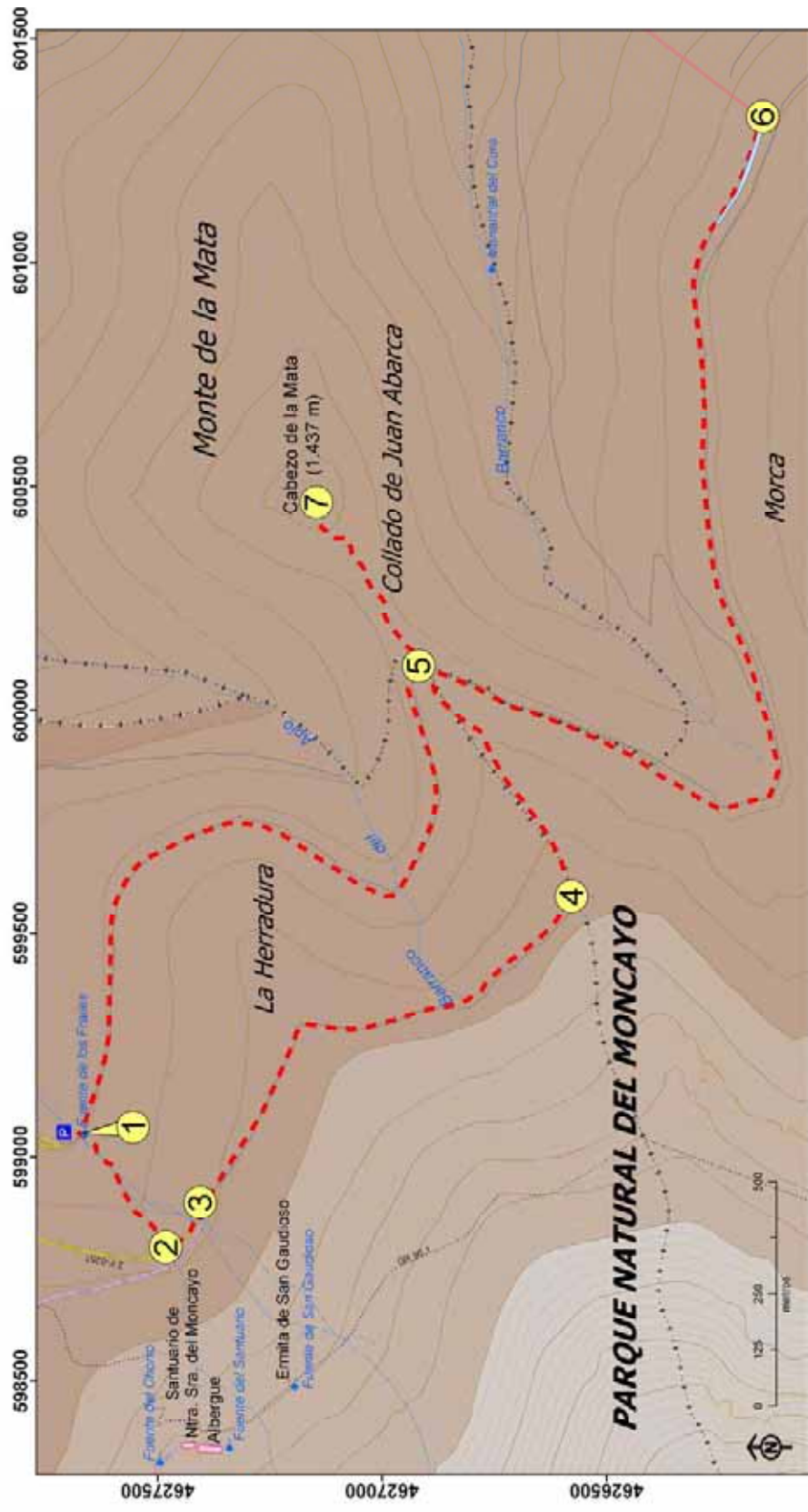
Esta nevera o pozo de nieve del Prado de Santa Lucía almacenaba la nieve caída durante el invierno apelmazada y dispuesta en capas con paja intercalada. Cuando la nieve ya estaba preparada, se transportaba a las neverías para su venta. En el Moncayo hay numerosas neveras que atestiguan la importancia que tuvo esta montaña como abastecedora de hielo.



Otro de los habitantes característicos del hayedo, con una pequeña población reproductora, es la chocha perdiz o becada, que incuba tres o cuatro huevos ocre moteados en un nido recubierto de hojas secas y escondido entre la maleza del suelo.

Esta senda se interna en el bosque de pinos con acebos y robles, por tramos pendientes y de mucha sombra, para atravesar la pista, en tres ocasiones. Pasamos muy cerca de la fuente de los Frailes (6). Tras un rápido descenso, llegamos, ya entre gruesas hayas, hasta la fuente del Sacristán, donde terminamos nuestro recorrido.





Itinerario nº 16: En el Cabezo de la Mata.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
9,3 km	1.330 m.s.n.m.	1.500 m.s.n.m.	170 m

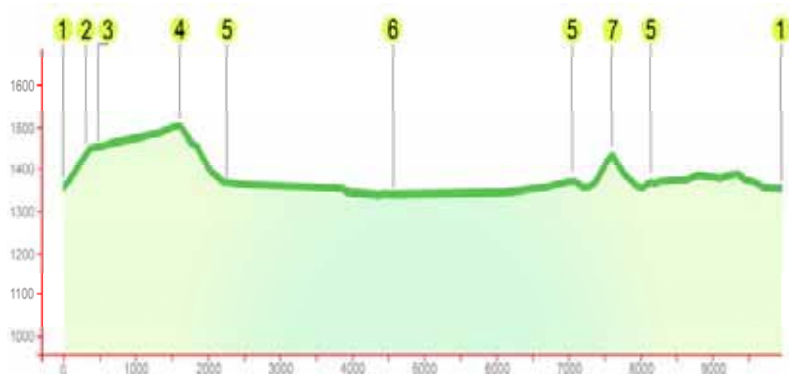
En los bosques más frescos del Moncayo, a la sombra de robles, hayas y pinos, tapizando el suelo, crecen pequeños arbustos que dan sabrosos frutos: arándanos, grosellas, fresas y frambuesas, o, como aquí llaman, “chordones”, aprovechados por la fauna de la montaña.

La Casa Rural “El Chordón” en Litago, con capacidad de alojamiento para seis personas y servicio de comidas, será nuestro lugar de descanso. Ofrece productos locales y alimentos ecológicos que completarán nuestra apreciación de lo natural en la comarca.

La cabecera del río Viejo, así llamado cuando pasa por Litago, es el barranco del Apio o de la Nevera, que desciende por la ladera norte del Cabezo de La Mata. Para conocer ese rincón, nos desplazamos al área de la Fuente de los Frailes, punto donde se inicia nuestro itinerario (1).

Unas escaleras de piedra junto a un panel informativo nos interna en el hayedo, ascendiendo por un estrecho sendero, lleno de hojarasca y a la sombra de hayas, acebos y pinos, hasta llegar a la pista forestal que conduce al Santuario de la Virgen del Moncayo (2). Se aprecia el contraste entre las zonas más tupidas del bosque con aquellas que han sido aclaradas y proporcionan un área en la que se puede observar el vuelo de pájaros forestales.

A poco más de cien metros de distancia, a nuestra izquierda, esta pista gira en la curva más cerrada de su ascenso, llamada curva de La Herradura (3). En este punto, una pista forestal poco transitada, cerrada por una cadena, se adentra en el bosque. Caminamos ahora, manteniendo la altitud, entre masas de hayas y pinos bien diferenciadas, a cuyos pies crecen arbustos de sotobosque con frutos comestibles.





Vista del Moncayo desde el Cabezo de la Mata. (Foto MMF).

Un claro del bosque nos deja ver el paisaje por un momento, hasta llegar, en algo más de un kilómetro de esta pista, a un cortafuegos entre pinos silvestres. Hay aquí una señal indicadora que señala el camino a seguir (4).

El cortafuegos desciende rápidamente, por un camino cómodo y fácil de andar, hasta el collado de Juan Abarca (5), punto en el que se cruza con una pista forestal más marcada y de uso más frecuente. Hemos descendido cien metros y tenemos enfrente el Cabezo de la Mata, uno de los montes de silueta más característica de todo el macizo.



Hembra de curruca capirotada. (Foto MMF).



Nido de mirlo común, oculto entre la maleza. (Foto MMF).

A nuestra derecha, la pista desciende en altitud hasta llegar al cruce con el barranco de Morca. Las hayas que vemos ahora delatan una mayor frescura. Aquí, las aguas del Moncayo, nacidas en el circo de Morca, descienden desde la fuente del Morroncillo hasta este rincón, para proseguir naturalmente por el barranco o para encauzar su curso por una acequia que discurre paralela a la pista forestal, que, poco a poco, nos acompaña en nuestro itinerario por una fresca umbría poblada de hayas. Es el hayadal de Añón.



Los rojizos fustes del pino silvestre dan una nota más de color a los bosques del Moncayo. (Foto MMF).



El Halcón abejero, habitante de los bosques de pinos, hayas y robles del Moncayo, aporta a su dieta de insectos algún vertebrado como el lución.

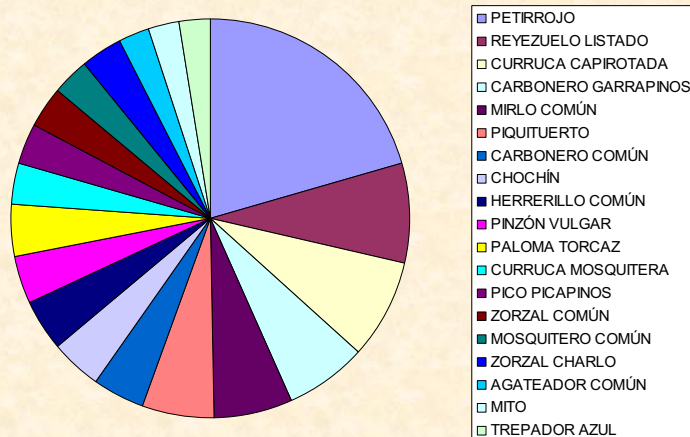
Nuestros pasos nos llevan hasta el embalse de Morca, hoy muy deteriorado por las condiciones de la montaña y prácticamente en desuso (6). Desde su muro se puede observar el collado y el cabezo de la Mata, el barranco de Morca y la central eléctrica, y, algo más alejados, Litago, Trasmoz y, hacia Vera, el encinar de Maderuela.

Hemos de regresar sobre nuestros pasos hasta llegar de nuevo al Collado de Juan Abarca. Desde aquí, y mirando hacia el cabezo, queda, a nuestra derecha, el barranco de Morca y, a nuestra izquierda, el barranco del Apio. Una senda estrecha nos conduce hacia la cima del Cabezo de la Mata, al principio muy suave, entre praderas de hierba, y más adelante empinada, ascendiendo entre rocas, hasta llegar a la cumbre (7).



La aguillilla calzada sí basa su dieta en los vertebrados que pueda capturar: aves de pequeño tamaño, saurios, mamíferos y, a veces, insectos.

Comunidad de aves nidificantes del Hayadal de Añón



Son veintiocho las especies de aves que caracterizan la comunidad ornítica del Hayadal de Añón. En este hayedo se presenta una densidad de 77,3 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 70,4 aves/km durante la época de nidificación.

Estos índices son menores que los de otras masas forestales mejor estructuradas y más viejas, al tratarse ésta de una masa boscosa más castigada por las antiguas talas y estar constituida por pies generalmente jóvenes.

Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de seis, y la suma de dominantes más influyentes es de 19 especies. Las aves dominantes según el itinerario de censo son el petirrojo, con 13,2 aves/km, el reyezuelo listado, la curruca capirotada, el carbonero garrafinos, el mirlo y el piquituerto.

Son especies influyentes el carbonero común, el chichín, el herrerillo común, el pinzón vulgar, la paloma torcaz, la curruca mosquitera, el pico picapinos, el zorzal común, el mosquitero común, el zorzal charlo, el agateador común, el mito y el trepador azul.

Llama la atención la baja proporción de trepador azul en este hayedo frente a la presencia dominante de esta especie en el hayedo del barranco de Castilla.

Pueden verse también, aunque con menor abundancia, bisbita arbóreo, cuco común, curruca cabecinegra, mosquitero papialbo, acentor común, arrendajo común, pardillo común y escribano montesino.

Ahora la vista es espectacular, se contempla todo el somontano, se adivinan todos los pueblos, cada uno ocupando con sus huertas un barranco del Moncayo. Tan solo la Diezma interrumpe ligeramente el paisaje, ocultando la mitad norte de la comarca.

El descenso de esta cima nos devuelve a la pista principal, que ahora tomamos, en el mismo collado, en dirección oeste, entre masas de grandes pinos silvestres. Cruzamos el barranco del Apio y el camino gira hacia el norte para trazar una gran curva dentro del bosque. La pista es llana, casi sin desnivel y alcanza una masa de hayas, dejando atrás el pinar. En pocos minutos llegamos a la Fuente de los Frailes, final de nuestro recorrido.



aves de los pinares



piquituerto
común



Pico
picapinos



águila calzada



verderón
serrano



búho chico



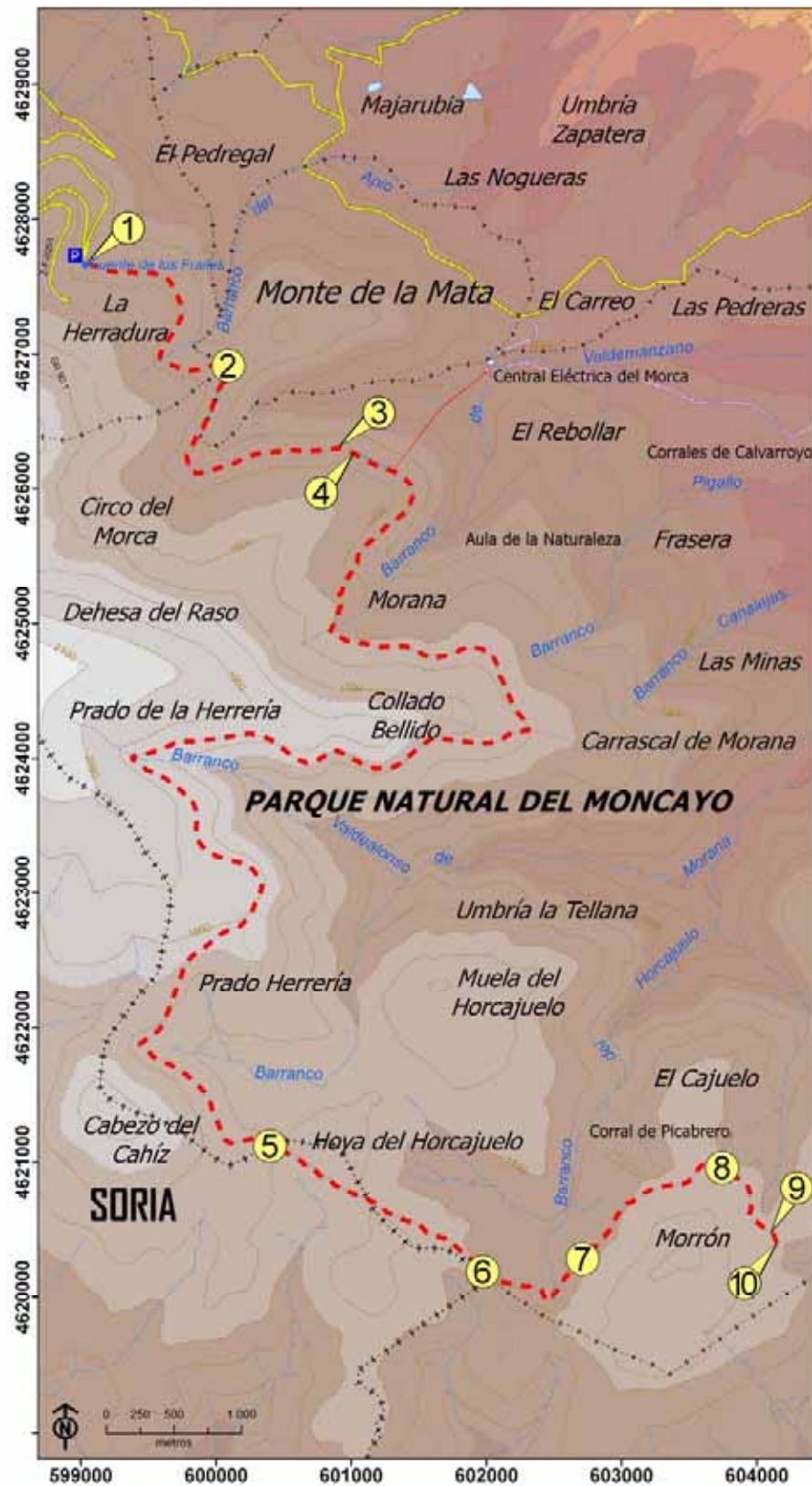
azor



carbonero garrapinos



reyezuelo sencillo



Itinerario nº 17: En bicicleta por el Moncayo.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
20,2 km (ida)	1.330 m.s.n.m.	1.855 m.s.n.m.	525 m

El Parque Natural del Moncayo fue declarado como tal en el año 1998, con una superficie de 9.848 ha de las que 5.881 ha pertenecen a la comarca. Un recorrido largo, realizado en bicicleta por sus pistas forestales, nos permite, en una jornada, contemplar la mayoría de los diferentes ambientes que en él concurren.

La Casa Rural “El Pintor”, pequeña y acogedora casa para seis personas, está situada en una tranquila y estrecha calle de Vera de Moncayo, y nos ofrece la posibilidad de hacer una completa excursión a los rincones más tranquilos del Moncayo.

Para iniciar el itinerario nos desplazamos en vehículo hasta nuestro punto de salida, en la Fuente de los Frailes (1). Del amplio aparcamiento que ocupa la explanada sale una pista forestal, cerrada al tránsito de vehículos de motor, en dirección este-sureste, hacia el Cabezo de la Mata

Atravesamos una masa boscosa, primero de hayas, después de pinos silvestres, y, tras cruzar el barranco del Apio en una amplia curva, cuando llevamos casi dos kilómetros, llegamos al Collado de Juan Abarca (2). Queda a nuestra izquierda el Cabezo de la Mata.

Nuestro camino continúa ahora en un tramo descendente hasta el barranco de Morca. De nuevo aparecen las hayas, que nos acompañarán en un tramo. Llanea la pista hasta un cruce que, a la izquierda, lleva al embalse de Morca, y, a la derecha, sigue avanzando hacia nuestra meta (3).

A poco más de cien metros, en un nuevo cruce de pistas, un ramal a la derecha parece descender. Se dirige hacia la falda de la montaña y da salida al Parque hasta llegar a Añón de Moncayo. Seguimos el ramal de la izquierda, que, paulatinamente, inicia el ascenso y va ganando altura (4).





Collado del Muerto y cabecera del Morana en el Hoyo del Agua. (Foto MMF).

Avanzamos entre masas de pinos hasta el siguiente barranco, de Valdemanzano, prácticamente en su cabecera. Desde Peña Lobera desciende el Moncayo y crea una ladera pedregosa, que, en el centro del barranco, abre una zona de canchal, desprovista de vegetación. Nuestro camino es algo más pedregoso, pero cómodo de transitar.

Volvemos a entrar en el bosque. En esta ladera norte son las hayas las que vuelven a aparecer, aprovechando una orientación más satisfactoria. El camino gira hacia el sur, rodeando la montaña, y son de nuevo los pinos los que sustituyen a las hayas.



Ejemplar de zorzal común. (Foto MMF).

Una doble curva zigzaguea para ganar altura y dirige su rumbo hacia el oeste. Estamos en Collado Bellido. El paisaje, ya sin bosque, da vista al profundo barranco de Morana y a la Muela de Horcajuelo. Más allá, el Morrón y las Peñas de Herrera cierran el horizonte y la comarca.

El camino continúa hacia el oeste, penetrando de nuevo en el bosque de pinos, hasta una pronunciada curva en la que cruza el barranco de Valdealonso. Un poco más adelante, en un claro que da vista a la mitad sur de la comarca, se levanta un refugio de montaña de reciente construcción.

La pista continúa hacia el sur y entra en una masa de pino negro a la altura del Collado del Muerto. El barranco que atravesamos ahora es la cabecera del río Morana. Un poco más abajo, entre pinares y praderas, queda la Fuente del Hoyo y el Rincón del Agua.

Para descender a ese paisaje, fuera de nuestra ruta, hemos de detenernos en el cruce de pistas siguiente, pasada la cadena que cierra el Parque Natural (5). Ya en territorio soriano, una pista a la derecha conduce al pueblo de Beratón, mientras que nuestro camino continúa de frente, pero un ramal antiguo, muy deteriorado, desciende entre pinares hasta el valle en el que nace Morana.



*Hayas jóvenes
de tronco gris,
aprovechando
la cara norte
de la montaña.
(Foto MMF).*



El pequeño verderón serrano solamente se encuentra en los pinares de pino silvestre y negro por encima de 1.500 metros.

La pista vuelve a entrar en el Parque Natural y continúa de frente hacia el Morrón. Hemos entrado en una zona de pastos y pasamos junto a la fuente de Echenique y el cruce que desvía una pista en dirección sur, a la derecha, hacia la mitad sur del Parque y que conduce hasta Purujosa (6).

Buscamos, tomando la pista principal de la izquierda, la cara norte del Morrón. Después de dar un brusco giro en una curva muy cerrada, aparecen nuevos cruces con ramales secundarios, a la izquierda, primero a los corrales de Horcajuelo (7) y, más adelante, al corral de Picabrero (8).



En los mismos hábitats y a la misma altitud, el reyezuelo sencillo habita los bosques más altos del Moncayo.



La alondra común es el aláudido que asciende a mayor altitud, donde ocupa praderas de media y alta montaña

En esta zona de matorral bajo y pastos es donde se han avistado las últimas perdices pardillas del Moncayo, pocos ejemplares de una población relictica de la que no se han obtenido resultados en los últimos censos. Sería una grata sorpresa volver a encontrar unas pocas pardillas en la zona.

Seguimos por el camino principal hasta llegar al Collado de la Estaca (9). En este punto podemos elegir el camino de regreso, por nuestro mismo itinerario, o, si nos espera un vehículo, elegir una pista a la izquierda que conduce a través del cerro de las Pilas hasta Alcalá de Moncayo.



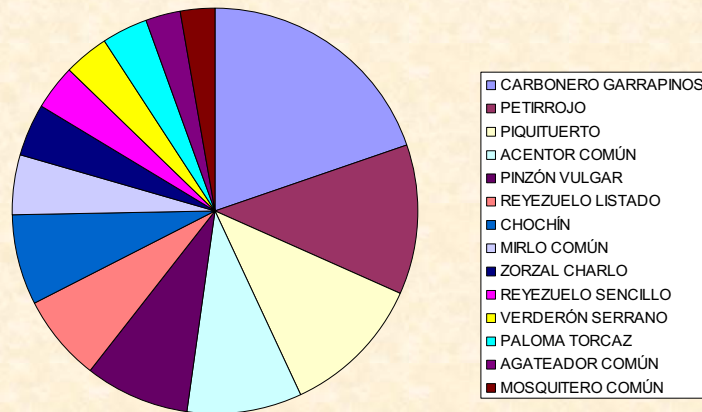
Tal vez ya desaparecidas las últimas perdices pardillas, esta especie quede en el recuerdo de los que las vieron en el Moncayo.

Otra opción, con un coche que nos recoja, sería avanzar hasta el cruce de caminos (10) que nos lleva, por la pista de la izquierda, en dirección sur, a atravesar el Parque Natural hasta Purujosa y Calcena, o seguir por las Peñas de Herrera hasta el collado del Campo y bajar la Tonda o el barranco de Valdetreviño hasta Talamantes.



Collado de la Estaca y Peñas de Herrera. (Foto MMF).

Comunidad de aves nidificantes del Pinar de Pino negro



Los pinares de pino negro del Moncayo son los bosques que alcanzan mayor altitud en el Parque Natural. A una altitud en torno a los 1.700 metros, presentan una comunidad de aves nidificantes rica y variada, con una densidad de 109,9 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 81,2 aves/km, mayores que los de otras masas forestales.

Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de siete, y la suma de dominantes más influyentes es de catorce especies. Son 22 las especies características presentes.

Las especies más abundantes son el carbonero garrapinos, con 14,4 aves/km, y el petirrojo, con 8,7 aves/km. Son también especies dominantes en el pinar el piquituerto, el acentor común, el pinzón vulgar, el reyezuelo listado y el chochín.

Aparecen como especies influyentes en esta comunidad el mirlo común, el zorzal charlo, el reyezuelo sencillo, el verderón serrano, la paloma torcaz, el agateador común y el mosquitero común.

Otras especies que se pueden ver asociadas a este bosque, con abundancias menores, son el arrendajo común, el mosquitero papialbo, el mito, la curruca capirotada, el bisbita arbóreo, el carbonero común, el cuco común y la totovía.

En invierno serán el carbonero garrapinos, los dos reyezuelos, el pinzón vulgar, el jilguero, el pardillo común, el pinzón real, el piquituerto común, el agateador común y el zorzal charlo las especies más características, desapareciendo de la zona o reduciendo mucho su población algunos pájaros como el petirrojo, el acentor común o el chochín, que descienden a altitudes menores.



Itinerario nº 18: Al Circo de Morca.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
4,8 km	1.620 m.s.n.m.	1.730 m.s.n.m.	110 m

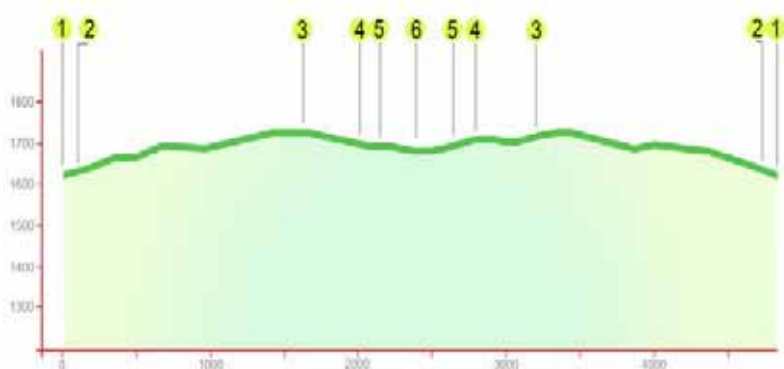
La Casa Rural “El Carpintero”, de Vera de Moncayo, está en la misma calle del Moncayo, mirando a la montaña, queriendo acercarse a ella. Amplia, con seis habitaciones, salón y cocina, tiene capacidad para doce personas. Desde aquí, mirando a la montaña, iniciamos una de las excursiones más moncayinas, a los ambientes más característicos del Moncayo.

Hemos de hacer, para esta y otras excursiones, la recomendación de utilizar botas de montaña y ropa de abrigo durante el periodo invernal y de crampones y piolet en el periodo de nieve.

El Santuario de la Virgen del Moncayo está situado a 1.620 metros de altitud, siendo la edificación habitada situada a mayor altitud en toda la comarca. Actualmente se ubica en este edificio una hospedería con restaurante abierta los meses de verano. A las plazas de aparcamiento que hay en la explanada ante el Santuario, se suma un segundo aparcamiento al que se accede tomando el camino de la fuente de San Gaudioso, para girar, inmediatamente, a la izquierda.

Desde la explanada situada ante el edificio principal iniciamos el paseo en dirección sur-sureste, partiendo por el camino que se dirige al vecino bosque y que marca el punto de salida hacia las excursiones más elevadas de este macizo (1). A pocos metros, la fuente del Santuario, con sus dos caños, invita a proveernos de agua para el camino.

Un cartel que indica hacia Collado Bellido y cumbre del Moncayo nos indica la dirección. Además, un panel general informa sobre la GR90 y otro, de las pistas del Moncayo, nos orienta sobre el itinerario a seguir. Otro Cartel, de la AG1, itinerario a los restos del reino glaciario, indica la senda al Collado Bellido, que es el que tomaremos para ir hasta el circo de Morca.





Vista aérea del Circo de Morca. (Foto MMF).

Iniciamos el ascenso por un camino de piedra que, a los cincuenta metros, nos lleva a la primera bifurcación, bien señalada, con un letrero indicador hacia la cumbre, a la derecha y hacia Collado Bellido por la izquierda (2).

Este sendero está señalizado con marcas rojas y blancas de la GR90. Tras atravesar una pequeña glera nos adentramos en el bosque de pino silvestre, enebros, brezos y suelo lleno de musgos. La senda es estrecha. Un tronco caído en forma de arco nos hace pasar debajo de él.



Detalle del pino silvestre, con sus acículas y sus piñas en primer plano. (Foto MMF).



Sendero atravesando un canchal de roca. (Foto MMF).

Tras un breve trayecto a la sombra de los pinos, la senda llega a un amplio canchal de piedras con algunos enebros, piornos y pinos colonizando el claro del bosque. Desciende para formar el barranco del Apio, que formará el límite del cabezo de La Mata, visible durante el recorrido. Cruzando la glera llegamos a otra masa boscosa de pino silvestre y algún pino negro, y alguna picea o abeto rojo.

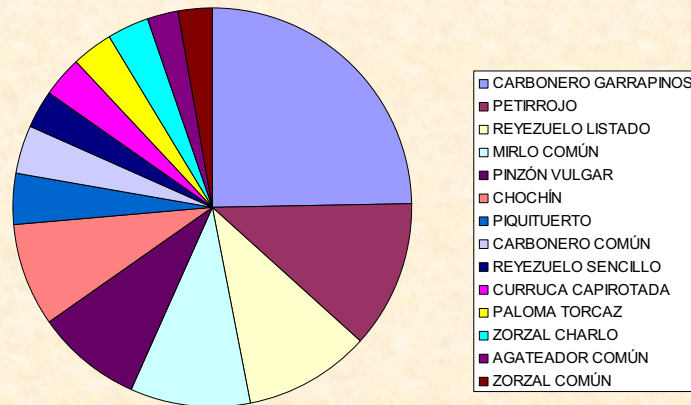
Se observan a lo largo del camino acentores comunes, de arbusto en arbusto, reyezuelos sencillos, verderones serranos, páridos, zorzales y pardillos

El camino es suave y el pinar es aclarado, de manera que permite la visión de las aves Mucho zorzal volando. La senda es estrecha y poco empinada, de manera que el recorrido discurre llaneando por el bosque prácticamente a la misma altitud. Algunos acebos aparecen entre los pinos.



Ejemplar de zorzal charlo. (Foto JRMR).

Comunidad de aves nidificantes del Pinar de Morca



En el pinar de pino silvestre de Morca se presenta una comunidad ornítica compuesta por 24 especies de aves, con una densidad de 104,2 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 88,9 aves/km. En el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de 6, y la suma de dominantes más influyentes de 14 especies.

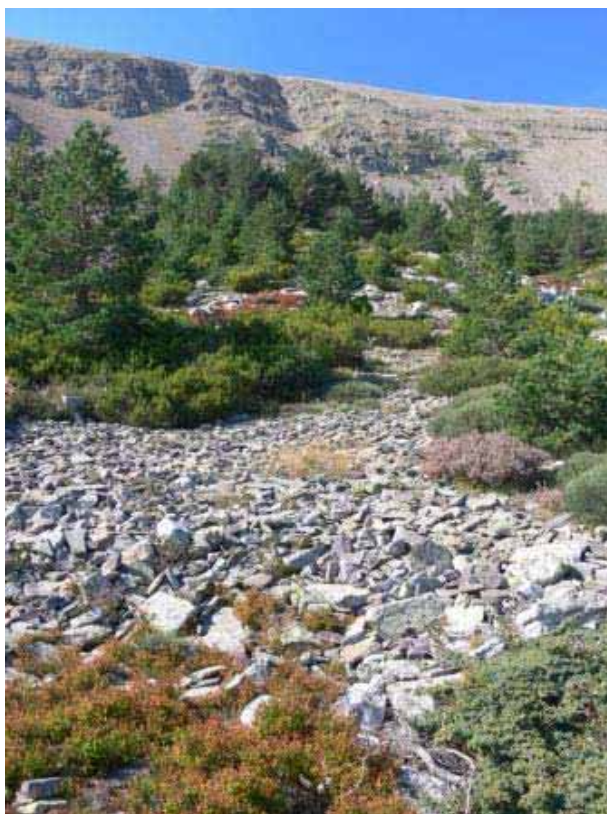
El ave más característica de esta unidad es el carbonero garrapinos, que presenta un IKA de 19,6 aves/km, seguida del petirrojo, el reyezuelo listado, el mirlo, el pinzón vulgar y el chochín, todas ellas especies dominantes en la comunidad.

Como especies influyentes destacan el piquituerto común, el carbonero común y el reyezuelo sencillo, seguidas de la curruca capirotada, la paloma torcaz, el zorzal charlo, el agateador común y el zorzal común.

Además se pueden ver en este pinar, aunque con menores abundancias, acenator común, mosquitero común, arrendajo, mosquitero papialbo, mito, curruca mosquitera, cuco común, trepador azul y verderón serrano.

En cambio, durante el invierno, serán únicamente los dos reyezuelos, listado y sencillo, y el carbonero garrapinos, las especies dominantes en la comunidad, y con el piquituerto común, con una densidad para toda la comunidad de 100,4 aves/10 ha y un índice kilométrico de abundancia de 58,5 aves/km, relativamente elevadas dado el menor número de especies.

También están presentes durante el invierno, con densidades bajas, mito, carbonero común, herrerillo común, mirlo común, agateador, pinzón vulgar, petirrojo, mosquitero común y arrendajo. A más altitud, el acenator alpino aparece como influyente en esta comunidad ornítica, junto a los carboneros garrapinos y común y los dos reyezuelos como más abundantes.



Entre las rocas, enebros, piornos, arándanos, pinos y gramíneas, en un mosaico de diversidad. (Foto MMF.)

El camino empieza a ganar algo de altura. Se ven las marcas blancas y negras indicadoras del antiguo sendero, hoy sustituidas por los postes nuevos de la GR. Hasta entrado el otoño todavía hay insectos si el tiempo no es demasiado frío, y las aves permanecerán en estas altitudes hasta que deban descender de la montaña por falta de alimento.

El trayecto es agradable, sombreado, destacando el color rojo de los troncos de los pinos silvestres con el gris de las piceas.

Algunas hayas, a esta altitud, casi en su límite, rebrotan entre el pinar, y los acebos, en octubre, ya van mostrando su color amarillo, cambiando al rojo.

Termina esta zona de pinos silvestres con fustes más altos, y llegamos a una glera. Se ofrece una amplia vista hacia el este, con el llamativo Cabezo de la Mata bajo nuestros ojos. La senda gira, como manda la orografía, en dirección hacia el circo de Morca. El bosque se aclara.

Tras este trecho de subida, el camino, muy levemente, inicia un descenso, adentrándose entre pinos, para dar vista al circo de Morca y a las laderas, llenas de pinos, que forman el barranco.



Exclusivo de los bosques de pinos, el piquituerto común habita desde pinares de carrasco, a baja altitud, hasta los pinares de pino silvestre y de pino negro a mayores altitudes.

Hemos atravesado una masa de pinos más aclarada y una glera que desciende desde el Moncayo hacia el barranco. Es la lucha entre el reino de la roca y el reino del bosque, en el límite del bosque y el principio de las zonas abiertas, una zona de encuentro, una zona de límite también para las aves, donde encontrarán cantidad de plantas, diferentes semillas, refugio en los troncos y arbustos, pero también frío, dificultades propias de la montaña.



El azor común nidifica tanto en bosques de coníferas como de frondosas y es una de las rapaces más ligadas al medio forestal.



El reyezuelo listado habita a menor altitud que su congénere, el reyezuelo sencillo, y ocupa una mayor variedad de hábitats, tanto en carrascales, rebollares y hayedos, como en diversos pinares del Moncayo.

Ahora atravesamos una masa de pinos de cierto tamaño, con fustes más rectos, con troncos rojos. El camino desciende entre pinos hacia el llano que forma el circo de Morca. Se aprecian alrededor del barranco, entre los claros, todas aquellas matas que buscan la luz y que crecen en praderas, en pequeños rodales allí donde los pinos no les dan sombra ni tapizan el suelo con sus agujas.

El camino atraviesa un regato que proporciona humedad como para que crezcan algunas matas de juncos (3).

Seguimos avanzando, atravesando masas de pinos, para salir al circo de Morca. A mano derecha se aprecian las imponentes rocas que cierran el circo en su límite superior. Atravesamos entonces una amplia glera para adentrarnos de nuevo en una masa boscosa con mucho sotobosque de enebro, piornos y brezos y brecina.



El carbonero garrapinos es la especie de párido más característica de los pinares, al igual que el herrerillo común lo es de los robledales.

Otro nuevo canchal desciende hacia el fondo del valle. Se adivina la forma de la lengua del glaciar, sinuosa, con masas de pinos flanqueándola, a las que el movimiento de las rocas no ha dejado colonizar el centro. Otra masa boscosa de nuevo, con arándanos, brezos.

Hemos llegado a un pequeño claro de bosque, con unos muros, una edificación, como de un antiguo corral, rodeado de pinos y mucha frambuesa en el claro (4).

Alcanzamos una pradera de hierba, fondo del circo de Morca, donde las aguas cruzan el barranco y, a pocos metros se precipitan hacia abajo (5). Es una zona llana en la que cómodamente se puede ascender hacia el límite del bosque, por el fondo del propio circo. Los pinos son en esta zona de menor porte, con muchos brezos, enebros y arándanos y allí donde los arbustos no cubren el suelo, los líquenes tapizan las piedras. Unos metros más adelante surgen las aguas en la fuente del Morroncillo.

El camino continúa internándose en otra masa de pinos en la que podemos iniciar el regreso (6). De continuar por el sendero, nuestros pasos nos llevarían hasta Collado Bellido, desde donde se puede ascender hasta la cima del Moncayo tras una larga excursión.

Volvemos a la edificación en ruinas que avistamos en medio del bosque (4), para regresar por el camino de venida.



aves de piornal y prados alpinos



acentor
alpino



colirrojo
tizón



bisbita
alpino



alondra
común



totovía



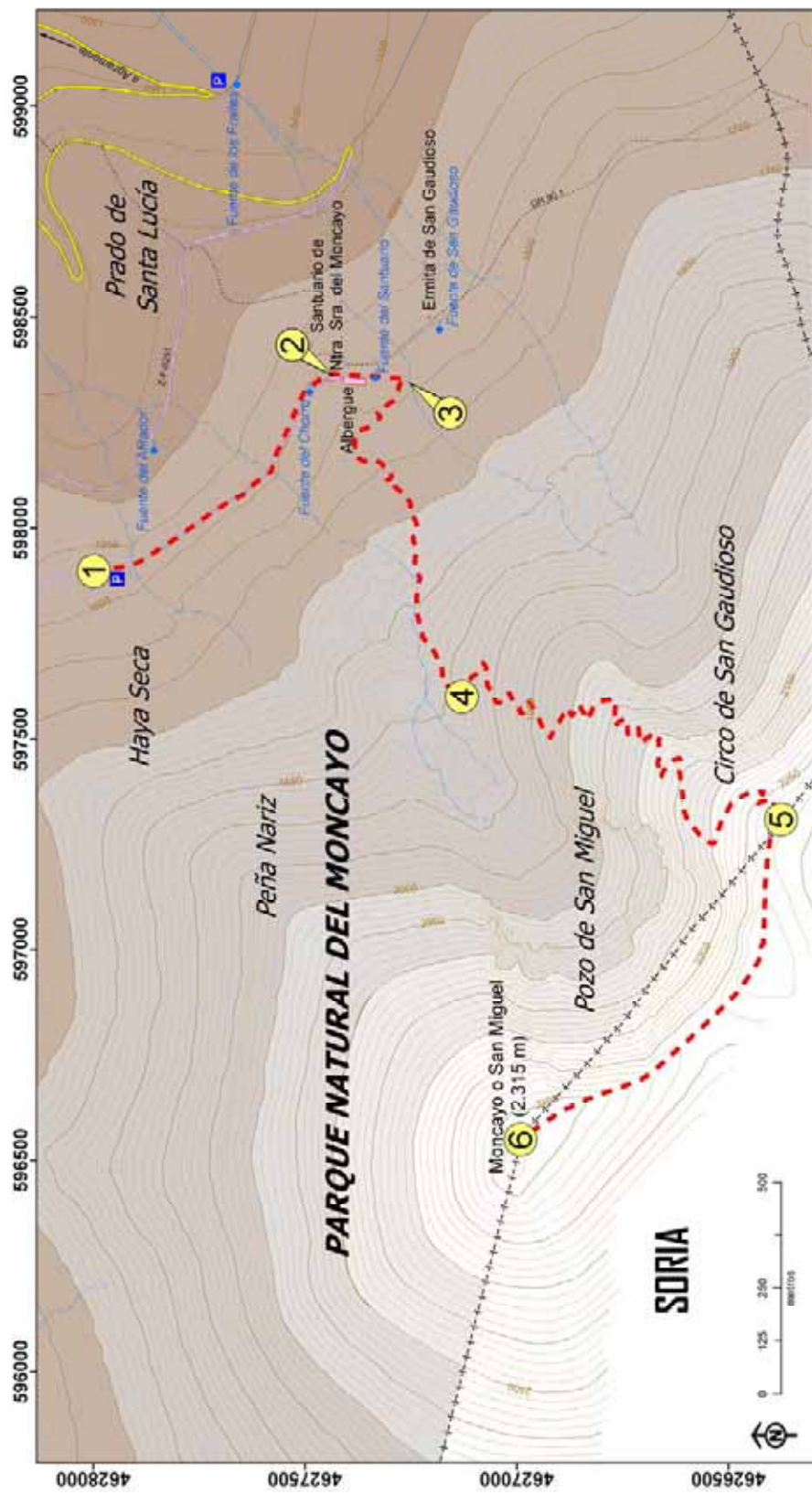
perdiz
pardilla



collalba
gris



cuervo



Itinerario nº 19: Ascensión al Moncayo.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
9,7 km	1.585 m.s.n.m.	2.315 m.s.n.m.	730 m

Otra Casa Rural en el pueblo de San Martín de Moncayo es La Milagrosa, de nueva construcción, pero con el aspecto de una casa antigua, de fachada de piedra y detalles de una casa de montaña. Desde ella va a hacer una excursión de montaña, la ascensión al Moncayo, para lo cual nos desplazamos a nuestro punto de partida, en el área de aparcamiento de Haya Seca (1), 800 metros antes del Santuario de la Virgen del Moncayo.

Desde este punto llegamos en pocos minutos al Santuario por un tramo de pista que nos permite divisar, entre masas de árboles y canchales de roca, la zona más forestada de toda esta montaña. Pasamos al lado de la fuente del Chorro, bajo la roca del Cucharón. Se pueden observar buitres comunes, algún cuervo y diversas especies de pájaros de bosques de montaña, verderón serrano o reyezuelo sencillo entre otros.

En la fuente del Santuario (2), el cartel nos indica la senda a seguir. Tendremos la precaución de proveernos de agua en la fuente y de hacer esta excursión con un buen calzado, especialmente en la época invernal. En la primera bifurcación, bien señalada, un letrero nos indica el camino hacia la cumbre, a la derecha, dejando el desvío a Collado Bellido, a la izquierda (3).

Enseguida entramos en el bosque, un viejo pinar de repoblación con grandes árboles, acompañados de sotobosque de enebros rastreros y otros arbustos que servirán de posaderos a los pájaros que bajen al suelo buscando comida. El camino, arreglado hasta la cumbre hace muy pocos años por un campamento juvenil, zigzaguea por el bosque hasta llegar al límite forestal. Sin salirnos de la senda para no estropear el trazado, observamos las aves más características del pinar a esta altitud, con rodales de pinos más tupidos y claros en el bosque, hasta llegar, ya fuera de él, a la base del circo glaciar de San Miguel.





Vista general del Moncayo. (Foto MMF).

Una segunda bifurcación señalada con un poste (4) nos invita a recorrer, a la derecha, el fondo del circo glaciar, hasta llegar a un antiguo nevero abandonado, o a tomar la senda que sale a nuestra izquierda y asciende por el resalte que separa el circo de San Gaudioso del circo de San Miguel. La senda es empinada, pero nuestro andar pausado para prestar atención a las aves que salen a nuestro paso nos permite ascender sin demasiado esfuerzo.



El Santuario de la Virgen del Moncayo, bajo la roca del Cucharón. (Foto MMF).



Bajo la cumbre del Moncayo, el circo glaciar del Cucharón. (Foto MMF).

Así, se pueden observar pardillos, volando en pequeños bandos, colirrojos tizones, reclamando sobre las rocas, o acentores comunes, de canto discreto, semiocultos entre los piornos y enebros.

Es este reino rocoso morada del roquero rojo, y característico de las cotas más elevadas, el bisbita alpino también está presente. Siempre en el aire, algún vencejo real.

Al final de este tramo empinado llegamos a un collado (5) desde el que se divisan las tierras de Ágreda. Estamos en el límite entre Aragón y Castilla. Un mojón nos indica el camino por el que se va a Peña Lobera y Collado Bellido, a la izquierda, y otro, a la derecha, por el que llegaremos hasta la cumbre (6). El regreso lo realizaremos por el mismo camino de subida.



Una vez que sale del bosque, la empinada senda de ascenso al Moncayo zigzaguea para ir ganando altura entre rocas y matorral bajo. (Foto MMF).



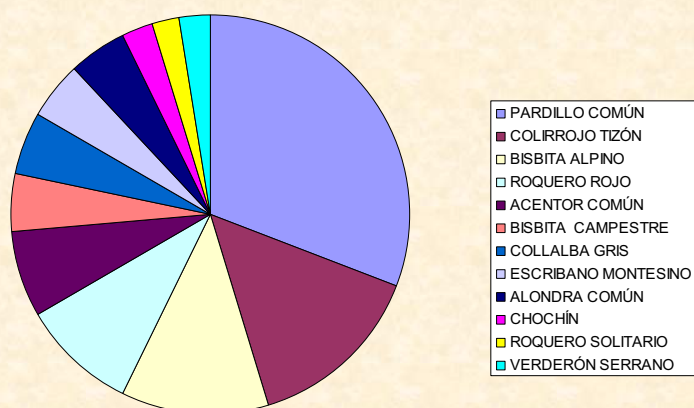
Sólo presente en las cotas más elevadas, el bisbita alpino es la especie más característica del matorral y el prado de alta montaña.

Se recomienda hacer esta excursión en la época estival mejor que durante el invierno, no tanto por la dificultad que supone hacerla en la época fría, en la que hay que ir provistos de botas de montaña, crampones y ropa de abrigo, sino porque la mayor parte de los pájaros habrán descendido en estas fechas invernales y los avistamientos serán menores. En ese caso no es necesario completar la excursión hasta la cima. El invierno, sin embargo, nos puede deparar alguna sorpresa con el avistamiento de aves que no se presentan en verano, como el acentor alpino o el mirlo capiblanco.



En invierno, otra especie típica de la alta montaña hace su aparición en las áreas abiertas de la cumbre moncayina: el acentor alpino.

Comunidad de aves nidificantes del Piornal



El piornal presenta una comunidad de aves menos rica que las que se encuentran en ambientes forestales a menor altitud. Los rigores del clima y la altitud determinan unas condiciones más duras para las aves.

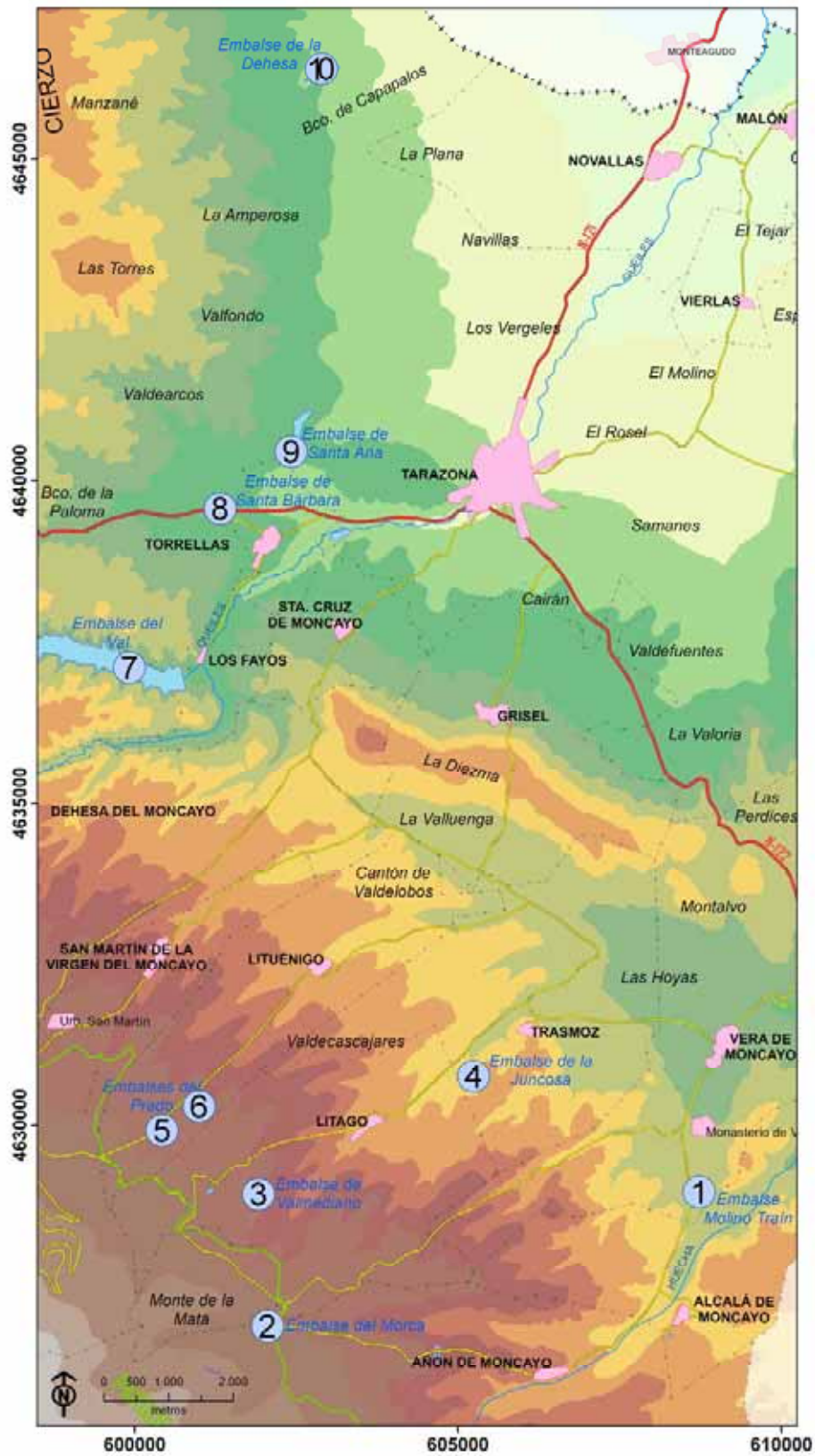
Así, la densidad es tan sólo de 32,6 aves/10 ha y el índice kilométrico de abundancia de 29,7 aves/km durante la época de nidificación. Para el itinerario de censo, el número de especies dominantes en la comunidad es de seis, y la suma de dominantes más influyentes es de doce especies. Todos estos valores son inferiores comparados con los obtenidos en otros ambientes, especialmente forestales y matorrales a baja altitud.

Las especies más abundantes son el pardillo común, fácil de ver, con una densidad superior a la de los demás, el colirrojo tizón y el bisbita alpino, bien representados también, siendo ésta última la especie más característica de la alta montaña presente en el Moncayo en la época de nidificación. Como especies dominantes en este medio les acompañan también el roquero rojo y el acentor común.

También están presentes otras especies características, como el bisbita campestre, la collalba gris, el escribano montesino, la alondra, el chuchín, el roquero solitario y el verderón serrano.

Algunas de estas especies tienen un carácter más forestal y se les puede observar en el piornal por la cercanía del bosque de pinos a estos espacios más abiertos.

Ya en altitud, en las zonas más abiertas, venteadas y casi desprovistas de vegetación, serán la collalba gris, la alondra común y, especialmente, el bisbita alpino los reyes de la alta montaña, ocupando ya una zona que corresponde a prados alpinos.



Itinerario nº 20: Las zonas húmedas de la comarca.

Si Tarazona, capital de la comarca, es la puerta de entrada noroccidental, desde Castilla, La Rioja y Navarra, Vera de Moncayo es su puerta de entrada desde el oriente, llegando desde Zaragoza y la vecina comarca de Borja. Aquí recibe el río Huecha las aguas que vierten otros barrancos a la Valluenga para abandonar, enseguida, tierras moncayinas.

La primera casa a la entrada de Vera, como puerta de entrada de la comarca, es la Casa Rural "La Portaza", atractiva tanto en el interior como en el exterior, con dos plantas que permiten alojar seis personas. La planta baja dispone de un amplio salón con chimenea, refugio los días fríos de invierno.

Salimos de la casa rural, en esta ocasión en coche, para recorrer las zonas húmedas que hay en este territorio. En una comarca marcada por la presencia de una montaña como el Moncayo, más padre de barrancos que de caudalosos ríos, no son las zonas húmedas lo más característico de su naturaleza, y, en general, las existentes se deben a la mano del hombre, pequeñas balsas o grandes embalses para la regulación y aprovechamiento de las aguas de los ríos.

Sin embargo, sobre todo en alguno de los enclaves, sí constituyen lugares especiales para la fauna acuática, que encuentra, en la montaña o en el desierto, oasis en los que habitar, refugiarse y sacar adelante a sus crías.

La carretera que sale de Vera de Moncayo en dirección a Añón de Moncayo pasa por el Monasterio de Veruela y, a un kilómetro de éste, llega al Embalse de Vera o del Molino Traín (1).

Como muchos de la comarca, se trata de un pequeño embalse construido para la captación de las aguas del barranco y que ocupa, en el fondo del mismo, una pequeña superficie. Carece de un cinturón de vegetación acuática, por lo que las aves no encuentran lugar para proteger sus nidos y son sólo algunas especies de anátidas, especialmente ánade azulón, o algún grupo de cormoranes grandes los que se pueden ver.



Vista aérea de la Balsa de las Landas. Como muchas de las balsas de la zona, sus reducidas dimensiones y sus aguas temporales limitan su ocupación por parte de las aves acuáticas. (Foto MMF).



Embalse de “El Val” aguas arriba del pueblo de Los Fayos. (Foto MMF).

Nuestro itinerario continúa hasta Añón, pueblo en el que la carretera se transforma en una pista asfaltada que rodea el casco urbano y continúa hacia el Parque Natural del Moncayo, pasando por la Balsa del Cerrillo, hasta llegar al Embalse de la Central eléctrica de Morca (2).

En este tranquilo paraje el embalse, de obra y vallado, no permite establecerse a las aves acuáticas, aunque sí es un rincón atractivo para pájaros forestales, y acuden numerosos piquituertos, pinzones, pardillos, carboneros o picogordos a las cercanías del mismo.



El Embalse de La Juncosa. (Foto MMF).



Garza real ocultándose entre la vegetación (Foto JRMR).

La pista regresa a la carretera de acceso al Parque Natural. Nada más recorrer la falda del Cabezo de la Mata, una estrecha carretera desciende hacia Litago y Trasmoz. En este trayecto podemos acceder, por una pista de tierra, al Embalse de Valmediano (3) en término municipal de Litago. Con variaciones importantes en su nivel y especies piscícolas introducidas, el aprovechamiento más destacable es el deportivo.

El barranco de Valmediano se une aguas abajo con el río Viejo, que desciende por el barranco de los Huertos hasta Trasmoz.

Poco antes de llegar a Trasmoz, el río llega a la salida del barranco de la Juncosa, donde se encuentra el Embalse de La Juncosa (4). Enclavado en un barranco tranquilo, apenas transitado, en este embalse encuentran refugio, uno al lado del otro, la garza real y el cormorán grande, mientras que en el pequeño y tupido soto que se forma en su cola habitan numerosos pájaros de bosque de ribera. En un barranco cercano queda el Embalse de Rioval, generalmente seco.

Si descendemos, en cambio, por la carretera de Lituénigo, una pista nos lleva al Embalse alto (5) y al Embalse bajo del Prado o de Lituénigo (6). El primero posee una vegetación más tupida a su alrededor, hasta la misma orilla, que gusta más a las acuáticas, aunque serán, sobre todo, aves forestales las que frecuenten sus orillas.



La presencia de carrizo, aneas y otras plantas ofrecen un hábitat tranquilo y protegido a las aves en algunos embalses. (Foto MMF).



De la familia de las polluelas, del rascón y de las fochas, la gallineta común o polla de agua se encuentra allí donde hay algo de vegetación enmarañada donde ocultar su nido, en el que podrán seis u ocho huevos marrones con pintas y de los que saldrán, en eclosión sincrónica, pollos capaces de nadar sobre el agua desde el primer día.

Hay otras muchas pequeñas balsas de regulación en la zona, como las de El Espinillo, El Frontón, el Embalse de Santa Cruz de Moncayo, o el Embalse de Zuzones, impermeabilizado y vallado, pero en el que se refugian anátidas y algunas limícolas como el andarrios chico o el chorlitejo chico.

Cerca queda la masa de agua más importante de la comarca, el Embalse del Val (7), al que se accede desde el pueblo de Los Fayos por una pista, asfaltada primero, hasta un poco más allá de la presa, y de tierra después.



También el zampullín común ha colonizado las masas de aguas aún limpias en las que la vegetación palustre ofrece un refugio escondido y donde puede encontrar invertebrados acuáticos y pececillos con los que completar su dieta. Se le ha podido observar en el embalse de la Dehesa y en la cola del embalse del Val.

A lo largo de sus orillas y, especialmente en la cola del embalse, se han observado, como aves acuáticas o ligadas a estos medios, garza real, garza imperial, garcilla bueyera, cormorán grande, zampullín común, somormujo lavanco, ánade azulón, pato colorado, pato cuchara, porrón moñudo, focha común, gallineta común, andarríos chico, chorlitejo chico, águila pescadora y, posadas en sus prados, grullas.

Completa el atractivo de este paraje la avifauna característica del bosque de ribera y las huertas abandonadas, la que es propia de los pinares de repoblación cercanos y, especialmente, las rapaces que nidifican en los cortados rocosos cercanos, protegidos en un Espacio Natural bajo la figura de Refugio de Fauna Silvestre de “El Val”.



Con pocas zonas acuáticas adecuadas, son pocas las especies de aves limícolas que se observan en la zona, entre las que destacan, por su presencia todo el año, el andarríos chico.

Todavía nos quedan, en la mitad norte de la comarca, algunas masas acuáticas interesantes. Desde Los Fayos, la carretera que atraviesa el pueblo continúa hasta Torrellas. Allí, una de las salidas se dirige a la carretera de Soria y, en una entrada bien marcada, junto al inicio de la pista, un parque con arbolado rodea el pequeño Embalse de Santa Bárbara (8). De reducidas dimensiones, además de pequeños pájaros que acuden a abreviar, algún andarríos recorre el muro de cemento y la rampa de acceso al embalse buscando algo que atrapar.

Esta misma pista nos llevará, primero a un cruce en el que se toma el camino de la derecha y, en dirección hacia Tarazona, a los Embalses de Santa Ana (9). Las aves aprovechan las islas interiores de estos embalses, ya que la orilla es frecuentada por los turiasonenses aficionados a la pesca. La profundidad de las aguas y la presencia de peces atraen a los cormoranes grandes, que son los más característicos habitantes del lugar.

Queda, por fin, el Embalse de La Dehesa, al norte de la comarca, en una zona de campos y matorral bajo en medio de la cual constituye un auténtico oasis. Para acceder hasta este embalse el acceso más sencillo se toma en Tórtoles, barrio de Tarazona situado, muy cerca, en la carretera que va a Tudela.

La pista, ancha y bien marcada, nos lleva en dirección norte-noroeste, al lado de un monumental álamo blanco, hasta este embalse (10). Hay otro más pequeño, lleno de carrizo y muy interesante para muchas aves, justo al norte del embalse de mayor tamaño.

Se pueden observar o escuchar zampullín chico, somormujo lavanco, ánade real, rascón europeo, gallineta común, focha común, chorlitejo chico, andarríos chico.

Nuestro recorrido vuelve, pasando por Tarazona, a través del puerto de Lanzas Agudas, punto en el que cambiamos de la vertiente norte, que da aguas a la cuenca del Queiles, a la vertiente sur, que se las da al Huecha, hasta llegar a Vera de Moncayo y a nuestro lugar de descanso.



Casas Rurales de la Comarca.

A continuación se ofrece la información de contacto de los diez y siete alojamientos de turismo rural de la comarca de Tarazona y el Moncayo pertenecientes a la Asociación de Casas Rurales del Moncayo. Para más información se puede contactar con la Oficina Municipal de Turismo, en la Plaza San Francisco, 1, 50500 Tarazona (Zaragoza), Teléfono: 976 640074, Fax: 976199075, www.tarazona.org, turismo@tarazona.org.

Casa Rural "Elma"
C/ Mayor, 13
976 198 802 – 606 132 301
www.zaragoza-ciudad/elma/index.htm
Alcalá de Moncayo



Casa Rural "Marcelino Gracia"
C/ La Plaza, s/n
976 646 463 – 675 653 713
www.crmarcelino.com
Alcalá de Moncayo



Casa Rural "Los girasoles"
C/ San Antón, 2
976 644 814 – 654 699 736
www.casarurallosgirasoles.com
Grisel



Casa Rural "Alicia"
C/ Moral, 13
976 649 133 – 669 812 603
www.casaruralalicia.com
Litago



Casa Rural "El Chordón"
C/ Trébedes, 8
976 646 430 – 651 198 633
www.casaelchordon.com
Litago



Casa Rural "Peña"
C/ Costanilla, s/n
976 649 251
www.vtrpena.com
Litago



Casa Rural "La Carrasca"
Avda. de Moncayo, 1
976 646 581 – 630 037 663
www.la-carrasca.com
Lituénigo



Casa Rural "El Cantón"
C/ Felipe IV, 1
976 640 923 – 620 087 577
www.casaruralelcanton.com www.toprural.com
Los Fayos



Casa Rural "Alforis"
C/ Santa Catalina, 45
976 192 052 – 625 411 459
www.alforis.com
San Martín de Moncayo



Casa Rural "La Milagrosa"
C/ La Solana, s/n
976 192 023 – 625 232 470
www.casarurallamilagrosa.com
San Martín de Moncayo



Casa Rural "El Mirador"
C/ Alta, 21
976 643 138 – 639 059 494
www.elmiradordelmoncayo.com
Santa Cruz de Moncayo



Casa Rural "Villahermosa"
C/ Cinto, s/n
976 640 434 – 676 228 407
www.turispain.com/zaragoza/villahermosa
Torrellas



Casa Rural "El Carpintero"
C/ Moncayo, 6
976 649 154 – 657 836 522
www.casaruralelcarpintero.com
Vera de Moncayo



Casa Rural "Miguel Embid"
C/ Moncayo, 5
976 649 098

Vera de Moncayo



Casa Rural "Oruña"
C/ Gil Aznar, 25
976 649 130 – 651 993 310
www.casaruraloruna.com
Vera de Moncayo



Casa Rural "El Pintor"
C/ Muro, 13
976 646 526
www.casaelpintor.com
Vera de Moncayo



Casa Rural "La Portaza"
C/ Esparras, 77
976 646 584 – 639 362 677
www.casarurallaportaza.com
Vera de Moncayo



Bibliografía recomendada.

Aragües, A. y Lucientes, J. (1980). Fauna de Aragón: Las aves. Guara Editorial. Zaragoza.

Ballarín, I. y Hernández, F. (1985). Guía de las aves del Moncayo. Diputación General de Aragón. Zaragoza.

Beaman, M. y Madge, S. (1998). Guía de identificación. Aves de Europa, Norte de África y Próximo Oriente. Omega, Barcelona.

Bona, J. (coord.). (2003). Tarazona, Veruela y el Moncayo. Gobierno de Aragón. CAI. Prames. Zaragoza.

De Juana, E. (coord.). (1994). Dónde ver aves en España Peninsular. Sociedad Española de Ornitología y Lynx Edicions, Barcelona.

De Juana, E. y Varela J. M. (2000). Aves de España. Sociedad Española de Ornitología y Lynx Edicions, Barcelona.

Génsbol, B. (1993). Guía de las aves rapaces de Europa, Norte de África y Próximo Oriente. Omega, Barcelona.

Jonsson, L. (1994). Aves de Europa, con el Norte de África y el Próximo Oriente. Omega, Barcelona.

Jutglar, F. y Masó, A. (1999). Aves de la Península Ibérica. Planeta, Barcelona.

Mercadal, M. y Ebronatura S. L. (2004). Análisis Estructural de las Comunidades Nidificantes e Invernantes de Aves del Parque Natural del Moncayo. Informe inédito. Gobierno de Aragón.

Pellicer, F. (coord.). (1988). El Moncayo. Colección Mariano de Pano y Ruata. CAI. Zaragoza.

Pelayo, E. (1991). Aves nidificantes de la comarca del Moncayo y Campo de Borja. Centro de Estudios Borjanos. Institución Fernando el Católico. DPZ. Zaragoza.

Porter, R., Willis, I., Christensen, S. y Nielsen, B. P. (1994). Rapaces europeas, guía para identificarlas en vuelo. Perfils, Lleida.

Svensson, L., Grant, P. J., Mullarney, K. y Zetterström, D. (2001). Guía de Aves. Omega, Barcelona.

Uribe, P. (2002). Vegetación e itinerarios botánicos en el Parque Natural del Moncayo. Consejo de Protección de la Naturaleza en Aragón. Zaragoza.

Viñuales, E. (coord.). (2006). Tarazona y el Moncayo. Gobierno de Aragón. CAI. Prames. Zaragoza.

VVAA. I Encuentro Nacional de Estudios sobre el Moncayo: Ciencias de la Naturaleza. (1988). Centro de Estudios Turiasonenses. Institución Fernando el Católico. DPZ. Zaragoza.



